

Vivir La Santa Misa

Mons. Javier Echevarría

Índice

| | |
|---|----|
| Presentación | 4 |
| I. Filiación divina y Eucaristía | 7 |
| El don de la filiación divina y la familiaridad con Dios | 7 |
| Libertad y humildad para acoger este don | 8 |
| "Aquí tenéis a nuestro Dios" | 10 |
| Fe en la Eucaristía y contemporaneidad con Cristo | 11 |
| Cercanía sensible de quien es Maestro, Médico, Amigo, Pastor | 12 |
| El Pan de los hijos | 14 |
| Para que no desfallezcan en el camino y lleguen a Casa | 15 |
| Para que se identifiquen plenamente con el Hijo | 16 |
| El progreso en el camino a través de la Eucaristía | 17 |
| Aprender de María a recibir a Jesús | 20 |
| II. Eucaristía, servicio, sacrificio, sacerdocio | 23 |
| Mediadores entre Dios y los hombres | 23 |
| Beber el cáliz del Hijo | 25 |
| "Haced esto en conmemoración mía": el mismo y único sacerdocio | 26 |
| No olvidar el amor: "sacerdote eucarístico, pueblo eucarístico" | 28 |
| Preparación para cada Misa: "no presentarse con las manos vacías" | 30 |
| "Debéis lavaros los pies los unos a los otros": servidores de todos | 31 |
| El lavatorio de los pies y la limpieza de alma | 32 |
| "Que os améis los unos a los otros como Yo os he amado" | 34 |
| Aprender a amar | 35 |
| Tres "mandamientos" y una misma realidad | 37 |
| III. Eucaristía y apostolado | 40 |
| "Tengo compasión de esta gente": buscar la propia santidad y la de los demás .. | 40 |
| Filiación divina y anuncio de Cristo: "estar en las cosas del Padre" | 41 |
| "Yo iré y le curaré": iniciativa para dar a conocer a Cristo | 43 |
| El motivo y la condición para anunciar a Cristo: tratarlo | 44 |
| "Mi Padre os da el verdadero Pan del cielo": | 45 |
| Buscar en la Eucaristía la fuerza para hablar y obrar "en el nombre de Jesús" | 47 |
| "El que a vosotros oye, a mí me oye": la razón de la eficacia apostólica | 49 |
| Buscar el trato con el Espíritu Santo por medio de la Comunión frecuente | 51 |
| Perseverar en el amor hasta decir como Cristo: "Esto es mi cuerpo" | 53 |
| Lucha interior, trabajo y acción apostólica: madurar el alma eucarística | 55 |
| IV. La Eucaristía y la familia cristiana | 59 |
| El misterio de la alianza de Dios con los hombres | 60 |
| La alianza matrimonial, expresión de fe y de amor | 61 |
| Entrar en el misterio de fe y amor de Cristo y de la Iglesia: la Iglesia doméstica .. | 62 |
| La triste tentación de convertir el vino en agua | 63 |
| Alimentar la vida limpia del cónyuge y de los hijos | 65 |
| Centrar el matrimonio y la familia en el misterio de fe y amor de la Eucaristía .. | 66 |
| Nazaret y Belén: con Cristo en el propio hogar | 68 |
| El apostolado de la mesa | 69 |
| Transmitir la vida y la fe | 70 |

| | |
|---|-----|
| Enseñar a honrar a Dios y a luchar por agradarle..... | 72 |
| Mostrar el amor paterno de Dios: educar en la libertad y responsabilidad de los hijos de Dios | 73 |
| El primer mandamiento de la Iglesia | 75 |
| V. La Eucaristía y el trabajo de los hijos de Dios | 77 |
| Dar proyección divina al trabajo humano | 77 |
| Trabajar pensando en el Pan que viene del Cielo..... | 78 |
| Prolongar la Misa en el trabajo..... | 80 |
| "No ofreceréis nada defectuoso": trabajar bien | 81 |
| Trabajo y amor..... | 82 |
| Imitar el trabajo del Hijo de Dios, desde Nazaret hasta su culminación en la Cruz ⁸³ | |
| Unidad de vida: una Misa de 24 horas | 85 |
| Dar culto a Dios en todos los ambientes: Cristo en la cumbre | 87 |
| Impregnar de espíritu cristiano la cultura y la sociedad..... | 89 |
| Valor salvífico del trabajo realizado con sentido eucarístico..... | 90 |
| VI. La Eucaristía y el descanso de los hijos de Dios | 92 |
| Descansar en Dios: abandonar en Él nuestras preocupaciones..... | 93 |
| Descanso y filiación divina: la enseñanza de Jesús | 94 |
| Descansar en Dios: pedirle perdón como Zaqueo y perdonar | 95 |
| Descansar con Dios: entrar en su lógica de amor, y comprensión..... | 97 |
| La paz, perfección del descanso, fruto del trabajo | 98 |
| La paz, don de Dios | 99 |
| Hijos del Dios de la paz..... | 100 |
| Descansar junto al Sagrario como Jesús en Betania | 101 |
| Descansar con Cristo en la Misa, como los discípulos de Emaús | 103 |
| Vivir las fiestas y los domingos con Dios | 105 |
| VII. La Eucaristía y el dolor de los hijos de Dios | 108 |
| Vida y sufrimiento | 109 |
| No hay amor verdadero sin sacrificio ni sentido del sacrificio sin amor..... | 109 |
| "Me has preparado un cuerpo..." | 111 |
| Lecciones de Jesús en la Eucaristía: grandeza del holocausto | 112 |
| En la hora del dolor: "tome su cruz y sígame" | 113 |
| Cuando el día va de caída: "tomad y comed" | 114 |
| Sentido filial del sufrimiento | 115 |
| El consuelo y la ayuda de la Madre de dolores | 116 |
| Caná: la premura de la Madre..... | 117 |
| Con María al pie del altar | 119 |
| Epílogo..... | 121 |
| Notas | 124 |

Presentación

Hace cinco años, con ocasión del Gran Jubileo promulgado por Juan Pablo II, reuní algunas consideraciones sobre diversos aspectos del ser y del quehacer de los cristianos, de la vida espiritual y apostólica que el Maestro vino a traer a la tierra.

Los itinerarios de vida cristiana, que entonces trazaba, ponían de relieve –no podía ser de otro modo– que cabe resumir el cristianismo en el encuentro de cada uno con Jesús, que culmina en la plena adhesión al Hijo de Dios consubstancial al Padre. Es un encuentro personal, singularmente profundo y totalizante, que implica acogerle y saberse acogido por Él; creer en Él y sentir a la vez toda la confianza que el Señor deposita en cada uno de sus discípulos; amarle de manera absoluta, sin condición alguna, porque así es el amor de Quien ha dado su vida en la Cruz por todos y por cada uno de nosotros. Bien se comprende que se trata de una realidad por encima de las dimensiones habituales de nuestra existencia, única por su trascendencia y radicalidad; una realidad que la reflexión humana no conseguirá nunca entender en toda su riqueza de sentido y belleza. Es, propiamente hablando, un misterio.

La noción de misterio nos resulta familiar a los humanos, porque son muchas las cosas que no sabemos, que no acertamos a desentrañar. El progreso científico ha desvelado tantas y tantas incógnitas sobre las dinámicas presentes en el mundo que observamos; sin embargo, los interrogantes, paradójicamente, no han disminuido; han aumentado. No me refiero a las crisis de certeza palpitantes en muchos ambientes intelectuales, que –décadas atrás– se creyeron capaces de hacerse con la llave infalible de la verdad. Pienso más bien en situaciones patentes a todos, porque exponen distintos reflejos del gran misterio que es el hombre. En definitiva, si hemos de afrontar sinceramente nuestra situación, debemos concluir que nuestra vida se nos muestra como un camino a la luz de un día que está envuelto en misterios.

Uno de esos arcanos, especialmente luminoso, se concreta en nuestra condición de hijos de Dios en Cristo y en consecuencia, en el misterio de la Eucaristía. Misterios estrechamente ligados, que atraen la atención de los fieles cristianos en este Año que el amadísimo Juan Pablo II quiso declarar eucarístico. Toda esta atractiva realidad me induce ahora a detenerme en la consideración del augusto sacramento, que es Sacrificio, Comunión y Presencia, para intentar adentrarnos con mayor hondura en la actualidad de la Encarnación, en ese pasar de Jesús por la tierra para conversar con los hombres. También es una invitación a profundizar con agradecimiento en la maravillosa realidad de nuestro ser hijos de Dios.

Hay, en efecto, un vínculo muy estrecho entre el sentido de la filiación divina y el sentido de la presencia eucarística del Señor. En último análisis, se podría explicar ese

íntimo enlace porque las dos realidades constituyen expresiones inequívocas del *sensus fidei*, de la fe viva. Pero revelan también razones más específicas que los entrelazan, en particular ésta: la devoción eucarística robustece y acrecienta en el cristiano el sentido de su filiación divina. La Iglesia nos lo propone de modo diáfano en el primer Prefacio de Cuaresma, cuando pide a Dios que "por la celebración de los misterios que nos dieron nueva vida, lleguemos a la plenitud de hijos de Dios" {1}.

Necesitamos contemplar a Jesús sacramentado, acompañarle, "comerle", para aprender dócilmente a ser hijos y también para crecer como hijos y conducirnos como hijos fieles. "Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros", la vida nueva, la vida de los hijos de Dios; en cambio, "el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y Yo le resucitaré en el último día" (Jn 6, 53-54): tiene la Vida de Dios y no morirá para siempre

Estas consideraciones versarán especialmente sobre el trato con Jesús eucarístico, que edifica y da firmeza a nuestro ser y a nuestro sabernos hijos de Dios en Cristo. En las páginas que siguen, se tratarán algunos aspectos de la vida de los hijos de Dios que aman y trabajan en este mundo; que se relacionan con los demás y construyen con ellos la sociedad en la que se desenvuelven; que sufren y gozan codo a codo con sus vecinos, colegas y parientes. Procuraré ver cómo en la Sagrada Eucaristía –Sacrificio, Comunión, Presencia– Jesucristo es, para todos ellos y siempre, el Maestro que sale al encuentro, que explica, que comprende, que anima y sostiene, que devuelve la salud. No pretendo recoger de modo sistemático los variados aspectos –tan ricos– de la doctrina de la Iglesia sobre el Misterio eucarístico, que el Catecismo de Iglesia Católica ha expuesto con autoridad {2}. Mi propósito consiste sencillamente en ayudar a los lectores a trasladar a la existencia cotidiana, a la vida práctica, algunas de las consecuencias que dimanarían de la Sagrada Eucaristía. Sólo consideraré unos aspectos de esa maravillosa cercanía que Dios desea tener con las mujeres y los hombres en ese misterio inefable

Parece aquí conveniente una observación previa: la distinción de varios niveles u órdenes en este Sacramento. Primero, el de las especies o apariencias –los "accidentes"- del pan y del vino, que caen inmediatamente bajo nuestra percepción sensible: después, el de la realidad substancial que esconden, no perceptible por los sentidos ni por la razón, accesible sólo con la fe: el cuerpo y sangre de Cristo en su actual condición gloriosa, unidos al alma humana de Jesús y la divinidad de su Persona; a continuación, el de la realidad sacramental, que presenta separados, bajo las especies distintas del pan y del vino, el cuerpo y la sangre de Jesús, que es signo de su pasión y muerte; en fin, el de su efecto en los fieles, que lleva a la participación en la vida de Cristo y a la identificación con Él, a la participación en su sacrificio, la implantación del reino de Dios y a la edificación de la Iglesia, etc. Estos diversos niveles se entrelazan y a la vez explican por qué la Santa Misa es el centro y la raíz de la vida cristiana, como insistentemente enseñó el Fundador del *Opus Dei* {3}.

Hoy, como hace dos mil años, Jesús sale al encuentro de cada hombre y de cada mujer; se le revela al partir el Pan, como aquella tarde a los dos que iban camino de Emaús (cfr. Lc 24, 13-35). Quiera Dios que estas consideraciones contribuyan a reafirmarnos en la convicción de que podemos seguir a Cristo –como gráficamente enseñaba también san Josemaría– "tan de cerca como Santa María, su Madre, como los primeros doce, como las santas mujeres, como aquellas muchedumbres que se agolpaban a su alrededor"; y que, "si obramos así, si no ponemos obstáculos, sus palabras entrarán hasta el fondo del alma y nos transformarán" {4}.

Estas páginas recogen reflexiones nacidas de la fe, y dirigidas ante todo al creyente. Sin embargo, podrán resultar útiles también a quien no posea la fe cristiana: le ayudarán a comprender algo del porqué de la vida y de la esperanza de los cristianos; de nuestros esfuerzos por ser mejores y por ayudar a los demás a alcanzar esa meta; de nuestra ilusión y alegría para recomenzar después de los errores –pequeños o no tan pequeños–, que jalonan la existencia humana. Ese porqué se encuentra justamente en la Eucaristía.

No escondo que me invade una alegría especial, al presentar estas consideraciones, pues se cumple el 50° aniversario de mi ordenación sacerdotal, que recibí con otros que me acompañaban –a quienes recuerdo con gran afecto– el 7 de agosto de 1955. Con el alma llena de agradecimiento, y con contrición por mis deficiencias, renuevo el afán de aprender a amar más a la Trinidad Santísima, que me ha concedido el don inmerecido de ser ministro del Señor, para hacer presente en el altar el Sacrificio del Calvario, ya que, como escribió Juan Pablo II, la celebración de la Eucaristía es para el sacerdote "no sólo el deber más sagrado, sino sobre todo la necesidad más profunda del alma" {5}: una necesidad vital, me atrevo a apostillar.

I. Filiación divina y Eucaristía

"Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y, puesto que sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: ¡Abba, Padre! De manera que ya no eres siervo, sino hijo; y como eres hijo, también heredero por gracia de Dios" (Ga 4, 4-7).

Los cristianos creemos que el fondo último de nuestra condición y de nuestro destino nos ha sido revelado por Dios en Cristo; que "el misterio del hombre sólo se descifra en el misterio del Verbo encarnado"; y que su vida y su enseñanza responde a "los deseos más profundos del corazón humano", precisamente porque "reivindican la dignidad de la vocación del hombre, devolviendo la esperanza a quienes desesperan ya de sus destinos más altos". De este modo "su mensaje, lejos de empequeñecer al hombre, difunde luz, vida y libertad para el progreso humano". Con razón, el Concilio Vaticano II ha podido concluir esas consideraciones afirmando: "Éste es el gran misterio del hombre que la Revelación cristiana esclarece a los fieles. Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta oscuridad. Cristo resucitó; con su muerte destruyó la muerte y nos dio la vida, para que, hijos en el Hijo, clamemos en el Espíritu: Abba!, ¡Padre!" {1}.

El don de la filiación divina y la familiaridad con Dios

La fe en Cristo no cambia la situación histórica del hombre. El cristiano, considerado en sí mismo, en sus condiciones humanas de talento y condición social, no es más ni menos que los demás. La Iglesia, a propósito de las consecuencias del pecado original y de los efectos del bautismo, ha enseñado siempre que en la situación histórica del bautizado no desaparecen las dificultades para el trabajo, la salud, el estudio, la constitución de una familia, la organización de la sociedad, etc. El don de Dios al cristiano se desarrolla en la dirección de la amistad del Creador con la criatura, y cabría resumirlo en la clara afirmación de que Cristo ha traído a la tierra el tesoro de la filiación divina: ahora el hombre puede llamar Padre a Dios; está en condiciones de dirigirse a Él incluso con el modo ingenuo y confiado con que los niños pequeños llaman a su padre "papá"; con la misma espléndida sencillez, cargada de verdad, con que tantas culturas indígenas de América, tras la evangelización, se dirigen al Señor con la palabra "Taita", la misma que emplean en el lenguaje coloquial familiar para referirse al tratar con el padre de familia.

Es una enseñanza clara del Evangelio: "A todos los que la recibieron (la Palabra, el Verbo hecho carne), les dio poder de llegar a ser hijos de Dios" (Jn 1, 12). Al cristiano no se le concede sólo un modo de hablar, de autodenominarse. La conciencia de la filiación divina responde a la radicalidad del don divino, que transforma al hombre verdaderamente desde dentro, desde su misma raíz, como dice san Juan: "Mirad qué amor nos ha tenido el Padre, que nos llamemos hijos de Dios: ¡y lo somos! (...). Ya ahora somos hijos de Dios" (1Jn 3, 1-2). Por eso, afirmaba san Josemaría: "El que no se sabe hijo de Dios, desconoce su verdad más íntima" {2}, no ha descubierto aún ni la razón profunda de su ser, ni el sentido de su existencia sobre la tierra.

Lo narraba entusiasmado el Apóstol Pablo, contemplando en sí mismo y en sus hermanos en la fe la acción de Dios: "Los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. En efecto, no recibisteis un espíritu de esclavitud para estar de nuevo bajo el temor, sino que recibisteis un espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: ¡Abba, Padre! Pues el Espíritu mismo da testimonio junto con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, también herederos: herederos de Dios, coherederos de Cristo; con tal de que padezcamos con Él, para ser con él también glorificados" (Rm 8, 14-17).

Los Padres de la Iglesia no se cansaron de contemplar, y de inculcar en los fieles cristianos, esta verdad a la vez sencilla y extraordinaria: el Hijo de Dios "se hizo precisamente Hijo del hombre, para que nosotros pudiésemos llegar a ser hijos de Dios" {3}. Desde entonces, los discípulos del Señor han vivido de esta realidad, tratando de asimilarla, de descubrir su riqueza infinita, que se expresa en múltiples manifestaciones, como el mismo Cristo explicó a lo largo de su predicación: en la oración, con la que el cristiano empieza llamando Padre al Creador, le expone sencillamente la propia necesidad y acoge sinceramente como propias las intenciones divinas; en la penitencia para cumplir a fondo los designios del cielo, que lleva a cabo reciamente pero sin ostentación, de un modo amable que no molesta a los demás; en la caridad, que empuja a mirar siempre al otro como a hermano, porque es hijo del mismo Padre; en la prontitud para perdonar eventuales agravios y ofensas, signo y consecuencia de saberse perdonado antes y más profundamente por el Señor de todos; en el deseo sincero de reencaminarse hacia el Padre cuando se le ha abandonado por cualquier motivo.

Con el don de la filiación divina, Cristo ha destruido radicalmente las barreras que puedan separar a los hombres, porque ha superado la distancia fundamental, la que aleja la tierra del Cielo y de las mismas criaturas. Dios se ha acercado tanto al hombre que ha llegado a ser uno de nosotros. Al asumir nuestra naturaleza, el verbo ha unido en sí lo humano y lo divino; desde entonces, como repite san Pablo, "ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús" (Ga 3, 2 8). Dios ya no está lejos: es nuestro Padre. No lo están tampoco los demás: son nuestros hermanos en el Señor.

Libertad y humildad para acoger este don

Reconociendo que no cambia lo esencial del ser humano, hay que admitir a la vez que el don de la filiación divina ha cambiado completamente la historia de la humanidad, que desde hace dos mil años transcurre bajo el signo de una Alianza nueva y eterna entre

el hombre y Dios, un pacto que cobija a la persona bajo el amor providente de un Padre infinitamente sabio y todopoderoso. Ha cambiado la historia, respetando la libertad de todos. Dios no se impone: su don es infinitamente gratuito y no implica ninguna violencia, imprime sólo la dulce coacción del amor.

Me vienen ahora a la memoria unas consideraciones que san Josemaría propuso más de una vez. En cierta ocasión, "un amigo de buen corazón, pero que no tenía fe", le dijo, mientras señalaba un mapamundi: "Mire, de norte a sur, y de este a oeste: el fracaso de Cristo. Tantos siglos, procurando meter en la vida de los hombres su doctrina, y vea los resultados". San Josemaría describía así su reacción a ese comentario: "Me llené, en un primer momento de tristeza: es un gran dolor, en efecto, considerar que son muchos los que aún no conocen al Señor y que, entre los que le conocen, son muchos también los que viven como si no lo conocieran. Pero esa sensación duró sólo un instante, para dejar paso al amor y al agradecimiento, porque Jesús ha querido hacer a cada hombre cooperador libre de su obra redentora. No ha fracasado: su doctrina y su vida están fecundando continuamente el mundo. La redención, por Él realizada, es suficiente y sobreabundante. Dios no quiere esclavos, sino hijos, y respeta nuestra libertad" {4}.

El don divino no anula la libertad, que es ya de por sí una grandísima dádiva de Dios al hombre; en realidad, la exalta y le confiere su último y definitivo sentido, porque al aceptar la invitación de vivir en Cristo como hijo del Padre, gracias a la acción del Espíritu Santo, la criatura trasciende sus propios confines, todas las barreras de sus limitaciones, y vive a lo divino, endiosada. Ya no existe para sí misma, sino para Cristo, para los demás. La propia vida, aun dentro de la breve jornada histórica, se muestra llena de una calidad y de un alcance que antes ni siquiera estaba en condiciones de sospechar. El hombre descubre así que también él puede construir para los que vengan detrás, que no se pierde nada de lo que –según esa vida nueva– hace por ellos; y trabaja con mayor despego de lo que opera, porque se ha abandonado en las manos del Señor: se mueve en la fe y desde la fe.

El don de la fe y el de la filiación divina marchan al unísono, como enseña san Pablo: "Todos sois hijos de Dios por la fe" (Ga 3, 26). Uno y otro quedan al alcance de todos los hombres y mujeres, sin distinción ni acepción de personas, porque no proceden de una conquista de la inteligencia, ni del progreso técnico, ni del nivel cultural y científico de la sociedad; no surgen como fruto del talento político, de la habilidad comercial o de la energía de voluntad. Son pura gracia, que antecede cualquier mérito de cualquier orden. San Pablo tuvo que insistir sobre este punto para que los cristianos lo entendiesen bien: "Por gracia habéis sido salvados mediante la fe, y esto no procede de vosotros, puesto que es un don de Dios: es decir, no procede de las obras, para que ninguno se gloríe" (Ef 2, 8-9).

En cambio, resulta necesaria la disposición humilde para abrir el alma a una gracia tan extraordinaria y dejarse transformar radicalmente con el fin de llegar a ser "nueva criatura" (Ga 6, 15; 2Co 3, 17). La grandeza de este tesoro celestial lleva consigo, de modo paradójico, la realidad de que sólo un ánimo humilde, consciente de su bajeza y de su limitación, de su pequeñez, está en condiciones de aceptarlo. Así lo explicaba Cristo: "Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes, y las has revelado a los pequeños" (Mt 11, 25). Así lo reconocía su Madre, con agradecimiento sin par, en el canto del Magnificat: "Porque ha puesto sus ojos en la humildad de su esclava (...) ha hecho cosas grandes en mí el Todopoderoso" (Lc 1, 48-49). Y con estas palabras lo recordaba el Papa san León: "Toda la victoria del Salvador, que ha

subyugado al diablo y al mundo, ha comenzado por la humildad y ha sido consumada por la humildad (...). La práctica de la sabiduría cristiana no consiste en la abundancia de palabras, ni en la habilidad para discutir, ni en el apetito de alabanza y de gloria, sino en la sincera y voluntaria humildad, que el Señor Jesucristo ha escogido y enseñado como verdadera fuerza desde el seno de su Madre hasta el suplicio de la Cruz" {5}.

Aunque lo hayamos considerado muchas veces, no deja de impresionar esta verdad maravillosa: el Señor se aproxima a la humanidad a través de una muchacha desconocida, natural de un pequeño pueblecito de la Tierra Santa. Resulta indescriptible que el destino del mundo entero dependa del sí de una joven de dieciséis o diecisiete años. Si nos lo hubieran explicado antes, habríamos replicado: no..., esto es imposible. El Señor toma este camino porque María responde generosamente a la plenitud de la gracia que ha recibido; porque vive de fe, pensando en el futuro, pensando en los demás.

La grandeza verdadera del hombre se cimenta y se entrelaza con la humildad, entendida esta virtud como percepción diáfana de la propia indigencia y de la propia limitación. La humildad inclina a la persona a aceptar dones más altos de los que ya posee; a no cerrarse ni conformarse con lo que puede alcanzar por sí misma; a excluir la tendencia a pensar sólo en lo que individualmente le conviene, y a mirar lo que necesitan los otros. La grandeza de la criatura inicia con su humildad y se consume por la fe en Dios, que la levanta de la simple condición de hijo de hombre a la nueva de hijo de Dios en Cristo.

"Ahí tenéis a nuestro Dios"

El cristianismo es cercanía de Dios al hombre; entraña amistad, trato, intimidad del hombre con Dios; expresa la familiaridad de un hijo amadísimo, acogido con indecible alegría, con músicas, fiestas, y un gran banquete (cfr. Lc 15, 22-24). Esta realidad de contenido, sobre todo espiritual, tiene también una dimensión sensible, que encuentra su fulcro en la carne de Cristo. "El Verbo se ha hecho carne", escribe san Juan (Jn 1, 14) resumiendo todo el designio de salvación que el Padre ha fijado por medio de su Palabra. La cercanía de Dios no significa sólo que mueva y gobierne todo; la Alianza no se limita sólo a un pacto jurídico, del que se conservan algunos papeles como testimonios. Lleva consigo cercanía personal que se ha hecho sensible, tangible. El Hijo de Dios ha asumido nuestra naturaleza y desde entonces "la carne es quicio de la salvación", con palabras de Tertuliano {6}.

El camino hacia la intimidad divina es la humanidad asumida por el Verbo. Ahí se encierra la sustancia del plan salvífico. Dios ha dispuesto que el hombre llegue a lo invisible a través de las cosas visibles: esa percepción describe el proceso intelectual común y también, el recorrido sobrenatural hasta las cimas del endiosamiento: gracias al misterio de la Encarnación, el hombre conoce a Dios visiblemente y se ve arrebatado al amor de las realidades invisibles {7}. Éste ha sido el proyecto escogido por Dios, que el apóstol san Juan recuerda muchas veces, como queriendo convencerse y convencernos de lo que a nuestra razón podría parecer imposible: "Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de la vida –pues la Vida se manifestó y nosotros la hemos visto y damos testimonio ..." (1Jn 1, 1-2).

Sin embargo, no parece estar superada la distancia histórica y cultural que separa a los hombres de hoy de aquellos que vieron a Cristo cuando caminó sobre esta tierra. Se podrá afirmar, con razón, que se trata de diferencias que dejan intacta la sustancial igualdad de la criatura de todas las épocas; pero no quita que la figura de Jesús pueda resultar menos accesible a causa de esa distancia.

A esta dificultad han aludido, de un modo o de otro, muchos cristianos, histórica y culturalmente más cercanos a Cristo que nosotros; de alguna manera, la han sentido todos los que no recibieron el don de mirarle y de oírle hablar. Entonces, las gentes escuchaban sus palabras y contemplaban sus acciones, quedaban maravilladas ante sus milagros y podían acercarse a Él pidiendo que les curara de ésta o aquella otra enfermedad, que expulsara un demonio de una persona, que resolviera el problema de la falta de vino en unas bodas... Resulta lógico sentir el peso de esa distancia temporal, la ausencia de esa presencia inmediatamente salvadora. ¡Bastaba tocarle para encontrarse sanado! (cfr. Mc 6, 56). ¿Deberemos aceptar que la presencia sensible de Jesús sobre la tierra quedó completamente terminada con su Ascensión al Cielo?

En no pocos casos, ese alejamiento histórico ha sido utilizado como excusa del propio distanciamiento moral, cuando se ha querido sostener que la conducta habría sido otra si se hubiese tratado directamente a Jesús, como los Apóstoles y las santas mujeres. Santa Teresa de Jesús confiesa de sí misma que "tenía tanta devoción y tan viva fe, que cuando en algunas fiestas oía a personas que quisieran ser en el tiempo que andaba Cristo en el mundo, se reía entre sí, pareciéndole que teniéndole tan verdaderamente en el Santísimo Sacramento como entonces, que ¿qué más se les daba?" {8}. Muchos otros santos, a lo largo de la historia, han indicado también que Jesús en la Eucaristía se nos presenta como respuesta clara a ese problema de distancia. En nuestros días lo ha recordado con fuerza Juan Pablo II en su última Carta encíclica. Admite hipotéticamente en sus enseñanzas que algunos de nosotros podríamos lamentarnos de no haber asistido a los gestos salvíficos de Jesús y de modo especial a su Pasión y Muerte; y responde: "Este sacrificio es tan decisivo para la salvación del género humano, que Jesucristo lo ha realizado y ha vuelto al Padre sólo después de habernos dejado el medio para participar de él, como si hubiéramos estado presentes" {9}.

Verdaderamente, con el profeta, podemos decir indicando el Pan y el Vino eucarísticos: "Ahí tenéis a nuestro Dios" (Is 25, 9).

Fe en la Eucaristía y contemporaneidad con Cristo

Identificar en la Eucaristía al mismo Jesús que nació de María y murió en la Cruz, que predicó por Palestina y obró milagros, es cuestión de fe teológica. La respuesta que hemos apuntado en los párrafos anteriores procede de la fe y requiere a su vez fe para aceptarla. Da por seguro que la dimensión sensible de la comunicación divina no ha sido revocada: "Ayer como hoy Jesucristo es el mismo y lo será siempre" (Hb 13, 8). La lógica de la Encarnación define intrínsecamente el cristianismo, se identifica con todo su mensaje; por tanto, el acceso a Dios, a través de la carne de su Hijo, caracteriza siempre el tiempo de la Iglesia: también hoy podemos ver y tocar y oír a Jesús, aunque no exactamente como hace dos mil años. No le vemos según su propia figura, no tocamos inmediatamente su cuerpo, pero le "vemos" y "tocamos" realmente a través del velo

sacramental. El don de Dios a la humanidad en Cristo no queda circunscrito a una época de la historia, aunque en algunos de esos tiempos asuma formas específicas e irrepetibles.

La institución de la Eucaristía en la noche que precedía a la muerte de Jesús, obedece a esta intencionalidad: entregar a sus discípulos de todos los tiempos un modo real de acceder a su Persona, por medio de la fe, pero manteniéndose a la vez en el orden sensible. Así lo han entendido muchos Padres y Doctores de la Iglesia, que lo han explicado de diversas maneras. Santo Tomás de Aquino las resume así: "(la Eucaristía) contiene sacramentalmente al mismo Cristo. El Señor, cuando estaba a punto de desaparecer de la vista de sus discípulos según su propia forma, se quedó con ellos bajo el signo sacramental" {10}.

La Iglesia ha creído y proclamado desde los comienzos que después de las palabras del sacerdote en la Consagración, el pan y el vino dejan de ser lo que parecen, se convierten en el cuerpo y la sangre de Jesús. Ya en el siglo II, refiriéndose a este sacramento, San Justino explicaba: "Estas cosas no las tomamos como pan ordinario y bebida ordinaria", porque son "la carne y la sangre de aquel Jesús que se encarnó" {11}. La razón es clara. "Cristo Redentor nuestro dijo ser verdaderamente su cuerpo lo que ofrecía bajo la apariencia de pan (cfr. Mt 26, 26 ss; Mc 14, 22 ss; Lc 22, 19 ss; 1Co 11, 24 ss); de ahí que la Iglesia de Dios tuvo siempre la persuasión, y ahora nuevamente lo declara en este santo Concilio, que por la consagración del pan y del vino se realiza la conversión de toda la sustancia del pan en la sustancia del cuerpo de Cristo Señor nuestro, y de toda la sustancia del vino en la sustancia de su sangre. La cual conversión, propia y convenientemente, fue llamada transubstanciación por la Santa Iglesia Católica" {12}.

La Eucaristía ha sido justamente llamada Santísimo Sacramento, porque no nos trae sólo un efecto de Cristo; ni ofrece sólo una acción o fuerza suya. En este sacramento, Cristo se halla presente en persona, aunque oculto bajo las apariencias de pan y de vino. La llamamos el Sacramento por excelencia porque es el sacramento de la Presencia del Verbo Encarnado entre los hombres. En las especies consagradas, "están contenidos verdadera, real y sustancialmente el cuerpo y la sangre junto con el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, y por consiguiente, Cristo entero" {13}.

Cercanía sensible de quien es Maestro, Médico, Amigo, Pastor

El centro de la historia salvífica se encuentra en Cristo: sólo a través de Él, tiene el hombre acceso al Padre (cfr. Jn 14, 6; Mt 11, 27); y este plan no cambia después de la Ascensión de Jesús al Cielo. En el tiempo de la Iglesia, la dimensión sensible de la comunicación sobrenatural queda garantizada por los sacramentos, que se nos entregan – al decir los Santos Padres– como "huellas" del Verbo encarnado.

Lo que ha sucedido en la historia de la salvación ante unos pocos testigos, se repropone en el orden sacramental para beneficio de todos, sin exclusiones por razón del espacio o del tiempo; pero se dan algunas diferencias en la presentación de las realidades salvíficas.

El Verbo envuelto en el velo de la carne reveló el Padre a los hombres y los llevó a Él; ese mismo Verbo encarnado, envuelto en los velos eucarísticos, se ofrece hoy a los fieles y atrayéndolos a Sí, los conduce al Padre con la fuerza del Espíritu. En ambos casos, el velo es sensible y permite a la criatura, que conoce y ama a través de lo sensible, el

acceso a lo invisible e inmortal, a lo que nunca vio ni puede ver sobre esta tierra (cfr. Jn 1, 18; 1Tm 6, 16).

Antes, durante la vida terrena de Jesús, el Verbo se ocultaba tras un solo velo; ahora, con dos. Lo expresa el Doctor de Aquino en el Adoro te devote. en la Cruz estaba oculta la divinidad, en este sacramento tampoco se contempla la humanidad. Pero en los dos casos, permanece la misma posibilidad de acceder a lo invisible a través de lo visible: Dimas llegaba al Hijo de Dios a través de su carne crucificada; nosotros, a través de su carne "eucaristizada", presente bajo los accidentes de pan y de vino que lo encubren a nuestra vista sensible, pero no a nuestra fe. Tanto Dimas como nosotros llegamos al Verbo por medio de la fe, pues el Verbo se hace presente a través de velos sensibles y pide siempre –a quien le miró físicamente en la tierra de Palestina y a quien lo contempla hoy en el sacramento– la misma disposición confiada.

Resulta iluminante el comentario de San Gregorio Magno, cuando habla sobre el pasaje evangélico de la confesión del apóstol Tomás, que en un primer momento se había negado a admitir la resurrección de Cristo, si no tocaba con sus manos las llagas del Señor. "Resulta claro –afirma este Padre de la Iglesia– que la fe es la prueba decisiva de las cosas que no se ven, pues las que se ven, ya no son objeto de la fe, sino del conocimiento. Pero, ¿por qué, cuando Tomás vio y palpó, el Señor le dice: "porque me has visto has creído"? Porque él vio una cosa y creyó otra. El hombre mortal no puede ver la divinidad; por tanto, Tomás vio al hombre y confesó a Dios, diciendo: "¡Señor mío y Dios mío!": viendo al que conocía como verdadero hombre, creyó y aclamó a Dios, aunque como tal no podía verle" {14}.

Hoy, como hace veinte siglos, Jesús acude a curar nuestras parálisis, cegueras, sorderas, debilidades..., todo lo que nos impide seguirle y hablar con Él o de Él. Viene en la Eucaristía y nos trata también del mismo modo que entonces: como Maestro, como Médico, como Amigo, como Rey. Lo ilustra san Josemaría durante una homilía de Jueves Santo, sugiriendo algunas consideraciones para encauzar el agradecimiento a Jesús después de la Comunión.

"Es Rey -afirmaba– y ansía reinar en nuestros corazones de hijos de Dios (...).

"Es Médico y cura nuestro egoísmo, si dejamos que su gracia penetre hasta el fondo del alma. Jesús nos ha advertido que la peor enfermedad es la hipocresía, el orgullo que lleva a disimular los propios pecados (...). Señor, Tú, que has curado a tantas almas, haz que al tenerte en mi pecho o al contemplarte en el Sagrario, te reconozca como Médico divino.

"Es Maestro de una ciencia que sólo Él posee: la del amor sin límites a Dios y en Dios, a todos los hombres. En la escuela de Cristo se aprende que nuestra existencia no nos pertenece: Él entregó su vida por todos los hombres y si le seguimos, hemos de comprender que tampoco nosotros podemos apropiarnos de la nuestra de manera egoísta, sin compartir los dolores de los demás. Nuestra vida es de Dios y hemos de gastarla en su servicio, preocupándonos generosamente de las almas, demostrando, con la palabra y con el ejemplo, la hondura de las exigencias cristianas (...).

"Es Amigo, el Amigo: vos autem dixi amicos (Jn 15, 15) dice. Nos llama amigos y El fue quien dio el primer paso; nos amó primero (...). Era amigo de Lázaro y lloró por él, cuando lo vio muerto: y lo resucitó. Si nos ve fríos, desganados, quizá con la rigidez de una vida interior que se extingue, su llanto será para nosotros vida: "Yo te lo mando, amigo mío, levántate y anda" (cfr Jn 11, 43; Lc 5, 24), sal fuera de esa vida estrecha, que no es vida" {15}.

El Pan de los hijos

La Iglesia, en la liturgia de la solemnidad del Corpus Christi, llama a la Eucaristía "pan de los hijos" {16 }, aplicando el comentario del libro de la Sabiduría sobre el maná. "Alimentaste a tu pueblo con manjar de ángeles; le enviaste desde el cielo un pan ya preparado que podía brindar todas las delicias y satisfacer todos los gustos. El sustento que les dabas revelaba tu dulzura con tus hijos, pues adaptándose al deseo del que lo tomaba, se transformaba en lo que cada uno quería (...). De este modo enseñabas a tus hijos queridos que no son las diversas especies de frutos los que alimentan al hombre, sino que es tu Palabra la que mantiene a los que creen en ti" (Sb 16, 20-21.26).

Se llama pan de los hijos, porque es Pan que nos entrega el Padre nuestro que está en los cielos y Pan que los hijos le piden (cfr. Jn 6, 37). Explica san Pedro Crisólogo: "Quien se dio a nosotros como Padre, quien nos adoptó por hijos, quien nos hizo herederos; quien nos transmitió su nombre, su dignidad y su reino, nos manda pedir el alimento cotidiano (...). Como Padre celestial quiere que sus hijos busquen el pan del cielo. "Yo soy el pan vivo, que ha bajado del cielo" (Jn 6, 41). Él es el pan nacido de la Virgen, fermentado en la carne, confeccionado en la pasión y puesto en los altares para suministrar cada día a los fieles el alimento celestial" {17}.

Pan de los hijos, porque el mismo Hijo de Dios se nos ofrece como alimento para que los hombres permanezcan y crezcan en su vida nueva de hijos de Dios. Un Pan que alimenta durante la existencia terrena y deleita en la lucha por la subsistencia, que defiende y cura de los ataques y percances que la amenazan o estorban, que ilumina y enseña el camino para amar hasta el fin.

La Eucaristía se denomina "pan de los hijos" con toda justicia, porque desarrolla y robustece la participación del hombre en la Filiación eterna que es el Verbo. La Eucaristía se nos presenta como el sacramento que aumenta, perfecciona y lleva a plenitud esa participación del cristiano en la Filiación divina que Cristo posee personalmente en plenitud. "La Eucaristía se manifiesta como culminación de todos los Sacramentos, en cuanto lleva a perfección la comunión con Dios Padre, mediante la identificación con el Hijo Unigénito, por obra del Espíritu Santo" {18}.

Comenta el Doctor Angélico, que así como el Señor otorgó la gracia al mundo cuando vino visiblemente, de modo semejante obra la gracia en las criaturas cuando viene de modo sacramental. Y explica: la Eucaristía hace presente sacramentalmente la Pasión de Cristo; por tanto, lo que la Pasión llevó a cabo en el mundo, lo realiza ahora este sacramento en la Iglesia y en el hombre {19}. Se podría añadir: si la Humanidad Santísima, asumida por el Hijo al encarnarse, sirve de instrumento para que los hijos de los hombres lleguen a ser hijos de Dios, también la Humanidad Santísima, presente bajo las especies eucarísticas, conduce al mismo propósito divino. La continuidad de la presencia del Verbo encarnado en la Eucaristía bajo signos sensibles se traduce también en la permanencia del mismo fin que le movió a encarnarse: conseguir que sea hijo de Dios, a pleno título, quien es sólo un hijo de hombre, una pobre criatura mortal.

Para que no desfallezcan en el camino y lleguen a Casa

San Marcos refiere en varias ocasiones la preocupación de Cristo por los que le siguen, también por su alimentación corporal. Una de esas veces, Jesús divisó "reunida de nuevo una gran muchedumbre que no tenía qué comer" y comentó a sus discípulos: "Siento profunda compasión por la muchedumbre, porque ya hace tres días que permanecen junto a mí y no tienen qué comer; y si los despido en ayunas a sus casas desfallecerán en el camino, pues algunos han venido desde lejos". Jesús obró el milagro de la multiplicación de los panes: "Tomando los siete panes, después de dar gracias, los partió y los fue dando a sus discípulos para que los distribuyeran; y los distribuyeron a la muchedumbre. Tenían también unos pocos pececillos; después de bendecirlos, mandó que los distribuyeran. Y comieron y quedaron satisfechos, y recogieron de los trozos sobrantes siete espuertas. Los que habían comido eran alrededor de cuatro mil, y los despidió" (Mc 8, 1-9).

Esa estupenda preocupación del Maestro revela otra más profunda sobre nuestra salud espiritual: el Señor quiere que recorramos bien nuestro paso por la tierra y entremos en la Casa del Padre. Así lo ha entendido la Tradición de la Iglesia, que ha descubierto en la multiplicación de los panes una figura del alimento eucarístico. Somos muchos los que hemos venido de lejos, los que sabíamos poco de las delicadezas de Dios, los que no conocíamos los gestos del amor y de la misericordia de Cristo. ¡Nos quedaba tanto trecho por recorrer! En realidad, todos los discípulos del Maestro nos sentimos así; y necesitamos que Él nos alimente y nos transmita fuerzas, que nos dé el Pan de los hijos. Y Cristo nos lo entrega con su generosidad divina. La Eucaristía se nos muestra verdaderamente como viático: consuela y ayuda a perseverar en el camino, a afrontarlo bien, a ser hijos fieles y tender de veras a la santidad.

Los Padres de la Iglesia han considerado también como "tipo" de la Eucaristía el pan y el agua que el ángel ofreció a Elías: con aquel refrigerio, el profeta anduvo cuarenta días y cuarenta noches hasta coronar el monte Horeb (cfr. 1R 19, 1-8). Antes, agotado, descansando a la sombra de un enebro, incapaz de continuar, abatido por la angustia, aquel hombre había renunciado ya a seguir luchando; el pan y el agua que le vinieron de lo Alto le confirieron el empuje y la fuerza para recomenzar y cumplir la misión recibida de Dios.

El cuarto evangelista habla de esta misma realidad desde otra perspectiva, a partir de unas palabras de Jesús durante la última Cena: "En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no, os lo hubiera dicho, porque voy a prepararos un lugar; y cuando haya marchado y os haya preparado un lugar, de nuevo vendré y os llevaré junto a mí, para que, donde Yo estoy, estéis también vosotros" (Jn 14, 2-3). ¿Qué significa que Jesús desde el Cielo "nos prepara un lugar"? Los teólogos y los autores espirituales han apuntado respuestas diversas. San Agustín comenta que prepara moradas porque prepara a sus moradores {20}. Y, en definitiva, como enseña también la Carta a los Hebreos, significa que Jesús en el Cielo sigue intercediendo por nosotros ante el Padre (cfr. Hb 7, 25). Podemos concluir que un aspecto de esa intercesión celeste se realiza a través de la Presencia de Jesús glorioso en el Sacramento de la Pasión. También añade san Agustín que preparar moradas significa construir la casa de Dios ayudando a sus miembros a vivir de fe {21}; es edificar la Iglesia; y también desde ese punto de vista resulta lógico reconocer la acción de Jesús glorioso en la Eucaristía.

Para que se identifiquen plenamente con el Hijo

Profundizar en la acción de Jesús sobre sus discípulos a través de este sacramento, nos obliga a considerar su finalidad específica. Recogía antes las palabras del Concilio tridentino sobre la transubstanciación. En verdad, la Eucaristía se define como el sacramento del cambio, de la conversión más maravillosa y real: lo que era pan, deja de serlo para convertirse en el cuerpo de Cristo, lo que era vino se cambia en su sangre. Y este santo sacramento obra la completa transformación sobrenatural del hombre.

La transformación de la criatura humana en Cristo, de la que habla y en la que se goza constantemente la Escritura, no puede entenderse como adquisición superficial de ciertos elementos espirituales. Con frase de san Pablo, esa transformación entraña "revestirse" de Cristo (cfr. Ga 3, 27; Rm 13, 14), ser como Él; más exactamente: "ser Él", de modo que con el Apóstol pueda exclamar el cristiano: "Vivo, pero no soy yo, sino que es Cristo quien vive en mí" (Ga 2, 20).

En la Eucaristía, Cristo nos asimila a Sí. Le comemos nosotros, pero Él nos transforma y nos conforma con quien es el Unigénito del que nos eligió y predestinó. Como justamente observa san Cirilo de Jerusalén, nos hace concorpóreos suyos, consanguíneos suyos {22}. Se comprende que san Agustín, contemplando la luz inaccesible de la verdad que es Dios, pudiera oír de lo alto una voz que le anunciaba: "Yo soy alimento de grandes. Crece y me comerás; pero no me transformarás tú en ti, sino que tú te transformarás en mi" {23}.

Transformarse en Cristo significa identificarse con el Hijo, paso absolutamente necesario para alcanzar el fin del camino. La meta de la vida humana, según el designio de Dios, se alcanza con la visión amorosa del Padre, a la que llega el hombre cuando logra la plena identificación con el Hijo. Cristo ha dicho explícitamente: "Nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo" (Mt 11, 27). "Revelarlo" supone comunicar la Palabra que manifiesta al Padre; y creer en esa revelación exige que se acoja esa Palabra, que a su vez significa participar de la Filiación divina que es el verbo. Durante la vida terrena, esa Palabra se recibe de manera imperfecta, en la fe; en la vida celestial, el hombre la asumirá perfectamente, en la visión gloriosa, como dice san Pablo: "Cuando venga lo perfecto, desaparecerá lo imperfecto (...). Ahora vemos como en un espejo, oscuramente; entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de modo imperfecto, entonces conoceré como soy conocido" (1Co 13, 10.12).

San Juan relaciona específicamente esta dinámica con el desarrollo de la filiación divina: "Mirad qué amor tan grande nos ha mostrado el Padre: que nos llamemos hijos de Dios, ¡y lo somos! Por eso el mundo no nos conoce, porque no lo conoció a Él. Queridísimos, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser. Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es" (1Jn 3, 1-2). Por eso decimos que el hombre puede ver al Padre sólo si está plenamente identificado con el Hijo.

Esa identificación se inicia en el sacramento del Bautismo, puerta del camino cristiano. Pero en el Bautismo la filiación divina se nos otorga como sucede con la vida a un recién nacido; después, debe crecer más y más con el impulso y la luz del Paráclito, según la disposición divina y con la correspondencia del hombre a la gracia. El mismo Cristo se ocupa de acompañar a su discípulo en ese recorrido. También por este motivo se queda en la Eucaristía como alimento; de forma que sus discípulos logren participar cada

vez más plenamente de su Filiación divina. Jesús Eucaristía es para todos Camino que lleva a la Casa del Cielo, porque en la Eucaristía se ha hecho viático, senda que conduce progresivamente –al cristiano que lo trata y recibe con las debidas disposiciones– a la completa identificación con Él. A esta finalidad se abre el camino: a la visión cara a cara del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

El progreso en el camino a través de la Eucaristía

La Eucaristía posee un poder transformador de alcance infinito. Se ha dicho que una sola Comunión con el cuerpo y la sangre de Cristo es de suyo suficiente para santificar a una persona humana. Como se acaba de señalar, la economía divina se ajusta –también para que no nos desanimemos– al modo progresivo de crecer y de robustecerse que se opera en el hombre, tanto en lo físico como en lo espiritual. Santo Tomás exponía que este Sacramento es causa suficiente de gloria, pero no concediéndola inmediatamente, sino después de ayudar a sufrir con Cristo; y concluía: "No introduce enseguida en la gloria, sino que nos da fuerza para llegar allá" {24}.

Todos los cristianos, a través de la Eucaristía, estamos en condiciones de aumentar y perfeccionar –de modo análogo a lo que causa un alimento corporal– nuestra configuración personal con el Hijo de Dios, según un proceso interior de crecimiento paulatino (cfr. Rm 8, 29). San Francisco de Sales, en otro contexto de la vida espiritual, recurría a una argumentación que bien puede trasladarse al desarrollo de la vida cristiana conseguido mediante la Comunión eucarística. Este santo Doctor de la Iglesia anotaba que "los niños pequeños, a fuerza de oír hablar a sus madres y de balbucir vocablos con ellas, aprenden a hablar; nosotros, permaneciendo junto a nuestro Salvador, mediante la meditación, considerando sus palabras, sus acciones y sus afectos, aprenderemos, mediante su gracia, a hablar, a actuar y a querer como Él" {25}. Comulgando con el cuerpo de Cristo, el discípulo va uniéndose más y más con su Señor, transformándose más en Él: cada vez es y se siente más hijo de Dios, porque participa más y más de la Filiación eterna que es el Verbo.

De modo semejante, quien toma parte en el Sacrificio eucarístico –asistiendo o celebrándolo–, quien se une a Cristo Víctima ejercitando el sacerdocio de Cristo recibido en el Bautismo, participa en la inmolación que el Hijo de Dios hace de su Humanidad Santísima; y participa no teóricamente, sino prácticamente, existencialmente: recibe fuerza y luz para ofrecer filialmente su propia vida al Padre en Cristo.

La contemplación de una persona a la que se admira suele constituir una fuente de identificación con ella. Por ese trato se conocen y se observan detenidamente sus gestos y reacciones, que terminan por asimilarse como propios, y que se manifiestan de varias maneras. Así, quien contempla al Hijo de Dios oculto en el sagrario, participa en su Sacrificio que se renueva en el altar y recibe sacramentalmente su cuerpo, crece en identificación con Cristo Sacerdote y Víctima; aprende a ser y a conducirse como el Hijo de Dios. Todo es obra del Espíritu Santo, que de este modo construye y edifica en el alma la filiación divina; en consecuencia, conduce también a desarrollar la fraternidad con los demás. El comportamiento de la persona humana empieza a girar y a basarse en su ser y en su actuar como hijo de Dios, a imitación de Cristo. Explicaba san León que "la participación en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo no hace otra cosa que cambiarnos en

aquello que comemos; que estemos en Aquel con el que hemos muerto y resucitado; y que obremos en todo –en la carne y en el espíritu– como Él" {26}.

A través de las variadas formas del acceso eucarístico a Jesús, el Señor ilumina, consuela, acompaña, cura, enseña, corrige. Anima al sacrificio y al servicio, a la comprensión y a la paciencia con los demás, al silencio y a la espera ilusionada, al diálogo y a la disponibilidad. Toda la vida espiritual de un hijo de Dios sobre esta tierra, en cierto modo se recapitula y resume en su trato con Jesús Eucaristía, que se ancla en esa amistad, y de tan gran venero se nutre.

Las palabras de la Consagración condensan toda la vida de Jesús; esas mismas palabras resumen también lo que es la existencia cristiana auténtica: entrega al querer del Padre para glorificarlo con las obras y colaborar en el desarrollo del Reino de Dios. El comportamiento del cristiano debe girar alrededor de la presencia real de Cristo en los sagrarios, de la renovación sacramental de su único sacrificio en la Santa Misa, del alimento que ofrece a sus discípulos en la Comunión. Toda la conducta del discípulo –la exterior y la interior– vibra así con los ritmos del Amor de Jesucristo a Dios Padre: ritmos de oración y de acción, de trabajo contemplativo, de comunicación y diálogo, de sacrificio y de entrega. El alma cristiana alcanza su plenitud filial a través de la Eucaristía, culmen de todos los sacramentos y de la entera acción de la gracia; a esa divina riqueza se asimila y según su inefable fuerza se configura, para identificarse con Jesús oculto en el Sagrario, inmolado en el altar, hecho pan para sus hermanos.

Apuntaba anteriormente que la libertad y la humildad se dan juntas, como condiciones necesarias para acoger el don excelso de la filiación divina, para ser en Cristo una nueva criatura. Si consideramos ahora con detalle este nacimiento y este desarrollo hasta su plenitud, podemos observar que, en realidad, lo que se presenta como condición previa es a la vez efecto, aunque desde otra perspectiva. La libertad y la humildad del Hijo de Dios causan en el hombre la libertad y la humildad necesarias para llegar por la fe a ser hijos del Padre en Él. Desde ahí, podemos de algún modo comprender que Cristo en la Eucaristía –libremente oculto por amor, humillado hasta esos extremos por nosotros– lleva a los hombres a la perfección de la vida sobrenatural {27}: los atrae a Sí (cfr. Jn 12, 32) y con la fuerza del Espíritu Santo los vuelve realmente hijos del Padre.

Suele suceder que, en las familias que usan el pan como alimento, sea la madre quien lo guarda y lo reparte a los hijos: ella lo divide, lo acomoda a la necesidad de cada uno. Cristo se ha entregado personalmente a su Iglesia concediéndole –en el sacerdocio ministerial de los presbíteros– el poder de consagrar su Cuerpo y su Sangre, y de distribuir el Alimento eucarístico a sus hermanos. La Iglesia es Madre nuestra porque nos engendra a la fe y a la vida de la gracia, con la predicación de la Palabra y con los sacramentos que Cristo le ha confiado. La Iglesia distribuye a los fieles el Pan eucarístico, ordena y dispone esa distribución del modo que juzga más conveniente para la necesidad de las almas, salvaguardando siempre la reverencia a su Esposo y a las disposiciones recibidas de Él.

Como en todas las comparaciones, también aquí la referencia a lo que sucede en las familias humanas presenta claros límites. La distribución del alimento en una familia normal constituye un acción importante, pero no define la sustancia de la familia, que se encuentra en las personas que la componen y en los vínculos que las relacionan. No sucede así en la Iglesia, porque el Alimento eucarístico, el mismo Cristo, es a la vez todo el bien de la Esposa, la Iglesia, que vive en Él y de Él y por Él: Jesús es la vid, nosotros los sarmientos; sin Él, no podemos nada (cfr. Jn 15, 1-5).

Comprendemos, pues, que cuanto se refiera a la celebración del Santísimo Sacramento en la Santa Misa, su distribución en la Sagrada Comunión y su conservación en los sagrarios, sea objeto de grandísima atención y reverencia, porque se trata de la sustancia misma de la vida de la Iglesia y de los hijos de Dios. "Esta presencia real y oculta –decía Pablo VI en el Congreso eucarístico de Pisa–, lleva consigo tales implicaciones religiosas, espirituales, morales y rituales, que llegan a constituir el corazón de la Iglesia. Jesús dice: Ibi sum in medio. Estoy en el centro" {28}. Jesús Sacramentado se manifiesta como el Tesoro de la Iglesia, como su Centro y su Corazón, porque es su misma Vida: la Iglesia es su Cuerpo místico.

Benedicto XVI recordaba al inicio de su pontificado: "La Eucaristía hace constantemente presente a Cristo resucitado, que continúa dándose a nosotros, llamándonos a participar en la mesa de su Cuerpo y de su Sangre. De la plena comunión con Él proceden todos los demás elementos de la vida de la Iglesia; en primer lugar, la comunión entre todos los fieles, el esfuerzo por anunciar y dar testimonio del Evangelio, el fervor de la caridad con todos, especialmente con los pobres y los pequeños. Por tanto pido a todos que intensifiquen en los meses próximos el amor y la devoción a Jesús Eucaristía y expresen de modo valiente y claro la fe en la presencia real del Señor, sobre todo mediante la solemnidad y la corrección de las celebraciones" {29}.

El Pan eucarístico lo reciben los hijos a través de la Madre, y según lo que esta Madre santa dispone. La conformidad con la Iglesia –en todo, pero muy especialmente en este punto, que es el centro mismo de su existencia– será señal cierta de filiación a la Esposa de Cristo y causa de que esa filiación se robustezca y aumente. No podemos dudar de que el amor a esta Madre lleva necesariamente al amor a la Eucaristía, que contiene su misma vida; y podemos asegurar que tanto tenemos de amor a la Iglesia cuanto tenemos de amor al Señor Sacramentado. Amor manifestado en la piadosa celebración del Sacramento –Santa Misa– y en la adoración a Cristo presente en nuestros Sagrarios.

Por eso, ¿cómo no atribuir una importancia capital a todo lo que la Iglesia dispone en relación a la Santísima Eucaristía? ¿Cómo no responder con la obediencia más rendida a las disposiciones de la Autoridad sobre su distribución y conservación, y sobre la celebración de la Santa Misa? Se comprende el lamento de Juan Pablo II cuando evocaba el abandono o el descuido por parte de algunos en el culto de la adoración eucarística, los abusos en la celebración de la Santa Misa o en la distribución de la Sagrada Comunión. "¿Cómo no manifestar, por todo esto, un profundo dolor? La Eucaristía es un don demasiado grande que no soporta ambigüedades ni reducciones" {30}.

Los evangelistas relatan con detalle cómo Jesús preparó y cuidó todo lo referente al banquete pascual en el que iba a instituir la Eucaristía: la previsión con que ordenó que se arreglara todo en una sala amplia y noble; el deseo ardiente que tenía de celebrar aquella Pascua con sus discípulos (cfr. Lc 22, 9-14), la exactitud con que se atuó a los varios pasos rituales de la cena pascual... Todo traducía la expresión de su amor a sus discípulos y por tanto, también a nosotros, que hemos venido después, y que deseamos seguirle sinceramente y comportarnos según sus enseñanzas. "Amor con amor se paga", reza el proverbio; delicadeza, con delicadeza. También nosotros hemos de utilizar manteles limpios, ornamentos dignos y bellos en la medida de lo posible, luces, flores para Él, presente en la Eucaristía. También nosotros hemos de ajustarnos a un orden y a una obediencia a la Iglesia en los ritos y ceremonias, que imite hasta en lo más pequeño la docilidad suma de Quien, por obediencia, se ha entregado hasta la muerte y muerte de cruz. ¿Comprenderemos siempre con mayor hondura que la celebración eucarística debe

estar rodeada de atención, de esmero no sólo espiritual sino también material? ¡Porque estamos tratando al Verbo encarnado, presente bajo las apariencias de pan y de vino!

Todavía nos queda mucho que mejorar en amor a Jesús Sacramentado; debemos rechazar más radicalmente la sutil tentación que a veces sugiere despreciar esos detalles materiales, invocando la principalidad del espíritu; y otras, exagerarlos descuidando la devoción interior. Escuchar al Señor como Pedro, cuando el Maestro le advirtió aquella noche sobre la necesidad de ser lavado, nos devolverá al equilibrio del sentido común, de la fe sencilla y enteriza. En nuestro diálogo personal, preguntemos a Cristo si está contento con nuestro modo de participar en la Santa Misa, y de honrarle y adorarle en el Sagrario; si espera aún de nuestra parte un cariño más atento, más humano y a la vez más divino, ¡que sí lo espera!

Aprender de María a recibir a Jesús

La Virgen María es Madre del Pan eucarístico en sentido verdadero y propio, porque ha engendrado a Jesucristo según la carne, por obra del Espíritu Santo, con su fiat pleno de fe y de amor a la invitación divina. Muy acertadamente lo expresó Juan Pablo II en una alocución mariana, pronunciada en la proximidad del Corpus Christi. "Ese cuerpo y esa sangre divinos, que se hacen presentes sobre el altar después de la Consagración y son ofrecidos a Dios Padre, llegando a ser para todos comunión de amor, consolidándonos en la unidad del Espíritu Santo (...), conservan su matriz originaria de María. Ha preparado Ella esa carne y esa sangre, antes de ofrecerlas al Verbo como don de la entera familia humana, para que Él se revistiese de ellos convirtiéndose en nuestro Redentor, Sumo Sacerdote y Víctima.

"En la raíz de la Eucaristía, por tanto, se halla la vida virginal y materna de María, su rebotante experiencia de Dios, su camino de fe y de amor, que hizo –por obra del Espíritu Santo– de su carne un templo, de su corazón un altar (...). Si el cuerpo que nosotros comemos y la sangre que bebemos es el don inestimable que el Señor nos entrega a quienes aún caminamos, ese regalo lleva en sí mismo, como Pan fragante, el sabor y el perfume de la Virgen Madre" {31}.

No nos constan noticias de, cómo la Virgen participó en la *fractio panis* celebrada por los Apóstoles ni de cómo comulgó con el cuerpo de su Hijo, después de Pentecostés. Nos ha mostrado, en cambio, cómo acogió y trató a Jesús durante sus días sobre esta tierra. Ese ejemplo nos debe servir de pauta para dirigirnos a Jesús Eucaristía, ya que tanto entonces como ahora es el mismo y único Verbo encarnado. Fijémonos, entre otras escenas, en la conducta de María en la Anunciación y en el Nacimiento de su Hijo.

María nos enseña a recibir a Jesús, a acogerlo en el alma y en el pecho cuando Él se nos entrega en la Sagrada Comunión. En el momento en que el ángel le propone el plan de Dios para Ella, pregunta y luego acepta. No hay precipitación alguna, porque ha habido mucha preparación. Dios la ha creado llena de gracia y Ella ha gastado sus jornadas en una dedicación completa al Señor, se ha reservado enteramente para Él, ha conversado ininterrumpidamente con el Creador.

Nosotros no alcanzaremos jamás el grado de santidad y de intimidad con Dios que ha caracterizado y caracteriza a la Virgen Santísima; pero esto no nos exime de que procuremos imitarla lo más posible en su actitud permanente de oración y de servicio, en

su pureza y cariño, en su rechazo neto del pecado: en todo, y muy especialmente en la recepción del cuerpo del Señor. El cristiano coherente sabe enmarcar las Comuniones en un ambiente de oración, que se prolonga a lo largo de la jornada en coloquio con Dios; busca encuadrarlas en un contexto de lucha interior, que se traduce en evitar decididamente las ocasiones de ofender al Señor; en servir sacrificadamente y con alegría a los demás; en acabar bien sus deberes de estado y su trabajo; en desarrollar una acción apostólica decidida e incisiva; en ejercitarse gustosamente en la comunión fraterna; en valorar y cuidar los vínculos humanos y sobrenaturales con el prójimo (cfr. Mt 5, 23-24).

En otros tiempos no existía la facilidad ni la costumbre de recibir frecuentemente el sacramento del cuerpo de Cristo; los fieles se limitaban a participar dominicalmente en el Santo Sacrificio. Hoy no sucede así y se goza de más facilidad para acoger sacramentalmente al Señor. Pero esta posibilidad no debe degenerar en facilonería, en ritualismo que olvida de hecho la grandeza de Quien viene a nuestro pecho y a nuestra alma.

Por eso, nunca será suficiente la insistencia para que todos nos aluguemos bien preparados a la mesa del Redentor, atribuyendo a este tesoro todo el relieve que merece, sin considerar jamás la Sagrada Comunión un acto aislado y breve en el conjunto del día. Por el contrario, hemos de transformar este encuentro en el centro de una jornada de oración, de sacrificio, de trabajo; de esfuerzo por cumplir la Voluntad de nuestro Padre Dios y por anunciar la Buena Nueva a los demás; de lucha contra las propias malas inclinaciones y de afán por cultivar las virtudes, el servicio generoso al prójimo. Aconsejaba un antiguo patriarca armeno: "Santifiquemos nuestro corazón, hagamos modestos nuestros ojos, guardemos la lengua de las murmuraciones, hagamos penitencia por nuestros pecados, disipemos las dudas, depongamos la insensatez, troquemos nuestra pereza en celo. Ayunemos, perseveremos en la oración. Estemos prontos para la beneficencia, ejercitemos virtudes con las obras. Hagámonos niños en lo malo; y en la fe, por el contrario, perfectos. Así nos haremos en todas las virtudes dignos del augusto y gran misterio. Con gran deseo y pureza consumada, gustaremos entonces el santísimo y vivificador Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo" {32}.

María enseña a cuidar a Jesús. Belén significa "casa del pan". Allí la encontramos envolviendo en pañales a la Palabra que es pan de los hombres, acostándolo en un pesebre que era lo mejor que pudo encontrar, porque no había lugar en el mesón. La imaginamos supliendo con su ternura y atención lo que las circunstancias y la conducta de los hombres le negaron. Nuestro Sagrarios encierran el pan eucarístico, son Belén. Podemos preguntarnos: ¿encuentra allí, de nuestra parte, el pan venido del Cielo las atenciones de María; o sufre la indiferencia y el descuido que le dispensaron los mesoneros? ¿Halla obediencia en nuestros altares, cuando baja Él en la Consagración? ¿Advierte en esas aras el cuidado material que María ponía en las ropas y en la limpieza del Niño? ¿Qué descubre en nuestras almas?

Son preguntas que las personas enamoradas se han planteado siempre; y constituyen pequeños o grandes desafíos de cariño, que la devoción mariana propone para encender más y más la devoción eucarística. No me resisto a transcribir algunas frases, dirigidas a Jesús Sacramentado por ese gran contemplativo que fue san Buenaventura, y que la Iglesia propone a la devoción de los fieles en la acción de gracias después de la Comunión. "Traspasa, dulcísimo Jesús y Señor mío, la médula de mi alma con el suavísimo y saludabilísimo dardo de tu amor, con la verdadera, pura y santísima caridad apostólica, a fin de que mi alma desfallezca y se derrita siempre sólo en amarte y en deseo

de poseerte (...). Haz que mi alma tenga hambre de ti, Pan de los ángeles, alimento de las almas santas, Pan nuestro de cada día, lleno de fuerza, de toda dulzura y sabor, y de todo suave deleite ..." {33}.

Pensar en María, Madre del pan eucarístico, nos recuerda fuertemente que la filiación divina lleva consigo la filiación a la Virgen. Además, como el pan lo recibimos de la Iglesia y en la Iglesia, nuestra filiación divina va también muy unida a la filiación respecto a la Madre-Iglesia. Por una parte, sentir a María como Madre y reconocer una Madre también en la Iglesia, se traducen en amar al Hijo de Dios hecho hombre y oculto hoy en la Eucaristía; por eso, ambas filiaciones tienen en la piedad eucarística una verdadera piedra de toque de su autenticidad. Por otra parte, el amor a Jesús Sacramentado alienta la piedad mariana y la veneración a la Iglesia, pues no cabe que un buen hijo de Dios no ame a la Madre que le da el pan que su Padre le ha preparado.

II. Eucaristía, servicio, sacrificio, sacerdocio

"Todo Sumo Sacerdote, escogido entre los hombres, está constituido en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios, para ofrecer dones y sacrificios por los pecados (...). Y nadie se atribuye este honor, sino el que es llamado por Dios, como Aarón. De modo parecido, Cristo no se apropió la gloria de ser Sumo Sacerdote, sino que se la otorgó el que le dijo: "Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy". Asimismo, en otro lugar, dice también: "Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec". Él, habiendo ofrecido con gran clamor y lágrimas, en los días de su vida en la tierra, oraciones y súplicas al que podía salvarle de la muerte, y habiendo sido escuchado por su piedad filial, aun siendo Hijo aprendió por los padecimientos la obediencia; y llevado a la perfección, llegó a ser causa de salvación eterna para todos los que le obedecen, ya que fue proclamado por Dios Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec" (Hb 5, 1. 4-10).

La Carta a los Hebreos presenta a Cristo como Sacerdote y enseña que su acción salvadora es verdadero sacrificio. El verbo, asumiendo nuestra naturaleza, nos hace hijos del Padre al precio de su sangre, con la inmolación de su cuerpo.

Sacerdocio y sacrificio caminan juntos. En el cristianismo se muestran como palabras claves, porque brotan de la vida del Hijo de Dios hecho hombre. El Hijo vive del Padre, vive eternamente vuelto hacia Él; del Padre recibe todo y al Padre a su vez da todo (cfr. Mt 11, 27; Jn 1, 1-2; 5, 26). El Hijo encarnado entrega al Padre toda su humanidad para glorificarlo, cumpliendo su Voluntad: que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (cfr. 1Tm 2, 4). Si la donación intratrinitaria encierra un gozo infinito sin posible presencia de dolor, no sucede lo mismo con la donación intrahistórica: ofrecer su humanidad completamente al Padre significó para Cristo dolor y muerte. El Hijo es, por eso, sacerdote de su propio sacrificio. Y la Eucaristía continúa en la historia esta donación de Cristo al Padre, asociando a los hombres a este misterio, para que podamos convertirnos plenamente en hijos en el Hijo.

Mediadores entre Dios y los hombres

La autenticidad cristiana se mide por la fidelidad al Maestro. Seguir a Cristo significa compartir su andar redentor por esta tierra, que culmina en el Gólgota y luego, resucitar también con El. Es participar de su vida: pensamientos, afanes, afectos, obras. Hacer propias sus palabras; vibrar con su afán por salvar a todos; anunciar la verdad de su Filiación divina, gratuitamente ofrecida a cuantos cultiven la penitencia y crean en Él;

sellar con la abnegación de sí mismo esa identificación personal con Él. El camino del cristiano, como el de su Maestro, está transido por la Cruz, que entraña tanto como decir y asumir que está permeado de sacerdocio y de sacrificio.

Cristo enseñó esta doctrina claramente, para que no hubiera equívocos. San Lucas narra que un día, viendo Jesús que muchos le seguían, se volvió hacia ellos y les manifestó: "El que no lleve su cruz y venga en pos de mí, no puede ser mi discípulo" (Lc 14, 27). No lo pronunció una sola vez, lo advirtió de muy variados modos y con ocasión de situaciones muy diversas, como queda bien plasmado por los cuatro evangelistas. Ellos mismos anotan, en esos casos, la incompreensión de los oyentes: no entendían qué quería decir; les asustaban esas referencias de su Maestro a la crucifixión, a la flagelación, a la traición, a la muerte ignominiosa. Ni siquiera se atrevían a preguntarle, a sacar el tema, por temor a ser reprendidos como lo fue Pedro cuando trató de disuadir a Cristo de estos designios, de este afrontar la Cruz de cara y aceptarla con decisión (cfr. Mc 8, 31-33).

Como aquellos primeros, los que hemos venido después sufrimos del recelo ante el dolor, que comporta siempre, cuando se acata, la tarea de mediar en Jesucristo entre Dios y los hombres. Entregar las cosas santas a los demás debería recoger aplausos y agradecimiento, pues nada hay mejor que un don divino; y sin embargo, no sucede así. Constituye la gran paradoja, resuelta en las bienaventuranzas proclamadas por Jesús: "Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los Cielos. Bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros, por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos" (Mt 5, 10-11). El discípulo de este inefable Maestro sabe que, para seguirle de verdad, para pisar donde Él pisó y caminar por donde Él anduvo, no debe anhelar en esta tierra la alegría de saberse comprendido, de ser correspondido, aunque humanamente también resulte lo lógico. Conoce que su gozo estriba en dar sin esperar nada a cambio, dejando a Dios que recoja el fruto en su granero, y que sea el Señor el destinatario de todas las alabanzas. La recompensa que desea se reduce exclusivamente a ésta: pasar también él, al final de su vida en la tierra, a loar al Rey de la gloria con todos sus ángeles y santos.

¡Qué excelentes personas seríamos todos, si obrar como Cristo no costara sacrificio, si no implicara renunciar a uno mismo, a los propios proyectos, a muchas ilusiones grandes o pequeñas, a tantas ambiciones y consuelos! ¡Con qué prontitud nos dedicaríamos a presentar las buenas nuevas de Dios a los otros, si de este modo no se nos complicara la existencia y no tocáramos la amargura del desamor ajeno, ni la dureza del sufrimiento propio! ¡Cuánto recordáramos a Dios en nuestra oración las necesidades de los demás, si tal postura no requiriera olvidarnos un poco o un mucho de las nuestras!

A la vista de las inequívocas exigencias de Jesús, cabría concluir erróneamente que ser cristiano de verdad resulta imposible a la criatura: tanta virtud, tanta dedicación abnegada, tanto sacrificio no están al alcance de nuestras fuerzas. No se excluiría que alguno, quizá por especial sensibilidad y reciedumbre, fuera capaz de transformar su caminar terreno en algo parecido a un sacerdocio; pero se debería negar esta facultad al común de los mortales. Si aceptáramos ese planteamiento, deberíamos afirmar también que nadie puede ser y vivir como un hijo de Dios; que la misión de la Palabra encarnada y la del Amor increado resultan inútiles. Deberíamos rechazar la esencia misma del cristianismo, en contraste con tan innumerables testimonios de mujeres y hombres sumamente felices; porque ser, saberse y obrar como hijo de Dios, enlaza con imitar fielmente al Hijo eterno en su misión mediadora, culminada históricamente en el Calvario;

porque vivir de Amor consiste en gastar los días y las horas y los minutos en una entrega total y eficaz para agradar al Padre y al Hijo, que son origen de ese Amor e invitan a gustar de ese Amor, verdadera y única felicidad definitiva, también mientras se lucha aquí abajo.

La religión cristiana exige ciertamente heroicidad, no se abre como un camino cómodo, no lo ha sido nunca; pero sí se demuestra un camino posible, que incluso ofrece más compensaciones en la tierra que las otras sendas. Ahí están, para probarlo, los innumerables santos que han jalonado constantemente la historia de la Iglesia; y ahí están, desconocidas pero no menos heroicas, muchísimas personas que han sabido negarse a sus pasiones para afirmar la gracia de Dios en su propia alma y en la de tantos otros.

Las dos alternativas a este sendero, aparentemente fáciles, son falsas: la de negar la factibilidad de la propuesta de Cristo y la de tratar de rebajar su exigencia. La verdadera solución afirma a la vez los dos elementos rechazados por esas escapatorias equivocadas, y sostiene que el cristianismo no se reduce a una senda para unos pocos privilegiados; es para todos, porque cada hombre y cada mujer, con la gracia divina, ha recibido la capacidad de ser heroico en lo normal. Quizá no todos reúnan condiciones para realizar un acto excepcional que merezca una página en el libro de la historia, pero ciertamente están en condiciones de afrontar heroicamente la aventura del quehacer cotidiano, cumpliendo fiel y plenamente jornada tras jornada el propio deber con el marido o la mujer, con los hijos, con los colegas y los conciudadanos, con su Señor y Dios.

Sólo de este modo, además, es posible corresponder a la llamada universal a la santidad proclamada en voz alta por el Concilio Vaticano II, y que Juan Pablo II ha propuesto a todos los cristianos en los umbrales del tercer milenio. "Como el Concilio mismo explicó, este ideal de perfección no ha de ser malentendido, como si implicase una especie de vida extraordinaria, practicable sólo por algunos "genios" de la santidad. Los caminos de la santidad son múltiples y adecuados a la vocación de cada uno (...). Es el momento de proponer de nuevo a todos con convicción este "alto grado" de la vida cristiana ordinaria. La vida entera de la comunidad eclesial y de las familias cristianas debe ir en esta dirección" {1}.

Beber el cáliz del Hijo

Este gran panorama, que a no pocos se les antoja irrealizable, resulta posible a un hijo y a una hija de Dios; es decir, a quien –animado por la gracia del Espíritu Santo– se siente injertado en Cristo y trata a Dios como Padre. Esa persona se sabe débil y necesitada; avanza, día a día, consciente de que no es superior a las demás; pero busca hacer de su existencia un sacrificio feliz que glorifique a Dios y beneficie a los otros: imitará a Cristo Sacerdote y Víctima, participará de su sacerdocio y de su sacrificio. Alcanzará esta meta porque descubre constantemente la ocasión de convertirse en alma de Eucaristía: bebiendo del cáliz de la Sangre del Señor, se atreverá y cobrará perseverantemente fuerzas para beber el cáliz de su propio dolor; comiendo su Carne crucificada, participará en la misión de Mediador.

Jesús preguntó a Santiago y Juan, que deseaban hallarse los más próximos a Él: "¿Podéis beber del cáliz que Yo he de beber?" (Mt 20, 22). Los dos hermanos buscaban honores, Jesús les habla de dolores. Ellos pensaban en su propia exaltación ante los demás, el Maestro les habla de la suya en el Gólgota. "No sabéis lo que pedís", les comenta.

Corredimir con Cristo no guarda relación con lo que en aquel momento pretendían estos dos Apóstoles; pero el bien de los demás, su salvación, contiene lo que Cristo lleva constantemente en su corazón; y eso es lo que ofrece a quienes desean permanecer junto a Él: "Mi cáliz, sí lo beberéis". Pero lo apurarán después de recibirlo en el Santísimo Sacramento y de acoger al Paráclito que el mismo Jesús les enviará.

La historia de esos dos Apóstoles se renueva en cuantos de verdad tratan de acompañar a Cristo de cerca y experimentan –antes o después– temor ante el cáliz que Dios prepara

para su Hijo y para los que quieren ser como Él: para el Mediador y para cuantos se asocian –con su vida y sus obras– esa mediación. "Cáliz de pasión amargo y áspero, cáliz que el enfermo no tocaría jamás, si antes no lo bebiera el médico", dice san Agustín {2}. Cristo ha bebido hasta las heces ese cáliz en su Pasión y nos lo entrega en la Eucaristía, de manera incruenta, asequible, dulce.

Para beber del cáliz del Hijo, necesitamos la Eucaristía: si gustamos ese "fármaco de inmortalidad", como lo llamó san Ignacio de Antioquía {3}, nos decidiremos a afrontar la fatiga del continuo morir a nosotros mismos, de ofrecer nuestra existencia cotidiana en sacrificio espiritual grato a Dios. He aquí la receta para moverse en la línea de la heroicidad, de la santidad, como explicaba san Josemaría: "Ser santos es vivir tal y como nuestro Padre del cielo ha dispuesto que vivamos. Me diréis que es difícil. Sí, el ideal es muy alto. Pero a la vez es fácil: está al alcance de la mano. Cuando una persona se pone enferma, ocurre en ocasiones que no se logra encontrar la medicina. En lo sobrenatural, no sucede así. La medicina está siempre cerca: es Cristo Jesús, presente en la Sagrada Eucaristía, que nos da además su gracia en los otros Sacramentos que instituyó" {4}.

Eso hicieron de manera cruenta los mártires: ellos, que participaron del Cuerpo y de la Sangre del Señor, comprendieron "qué habían comido y qué habían bebido; y supieron darlo a su vez" {5}. Nosotros lo haremos de manera incruenta, como explica san Josemaría: "En la tragedia de la Pasión se consuma nuestra propia vida y la entera historia humana (...). El misterio de Jesucristo se prolonga en nuestras almas; el cristiano está obligado a ser alter Christus, ipse Christus, otro Cristo, el mismo Cristo. Todos, por el Bautismo, hemos sido constituidos sacerdotes de nuestra propia existencia, para ofrecer víctimas espirituales, que sean agradables a Dios por Jesucristo (1P 2, 5), para realizar cada una de nuestras acciones en espíritu de obediencia a la voluntad de Dios, perpetuando así la misión del Dios-Hombre" {6}.

Ser ofrenda grata a Dios; ser sacerdote de esa ofrenda "por Cristo, con Cristo, en Cristo" {7}: ésta es la vida de un hijo de Dios, de una hija de Dios; éste, el cáliz que debe beber sostenido por su participación en la Eucaristía, que es a la vez banquete y sacrificio. Las personas más felices en este mundo, también humanamente, han sido los santos: su vida con Cristo se ha traducido en un gozo y una paz que el mundo no puede dar, y han sembrado a su alrededor la alegría contagiosa de su caminar en la Verdad.

"Haced esto en conmemoración mía": el mismo y único sacerdocio

Jesús se entrega a sus discípulos consagrandos pan y vino; y les indica: "Haced esto en memoria mía" (1Co 11, 23 y 25). ¿A qué se refiere "esto"? Sin duda, y así lo ha entendido siempre la Iglesia, "esto" indica la doble consagración. Ése es su sentido propio. Con tal

mandato, Cristo otorga a los discípulos un poder nuevo. Les había transmitido ya antes el don de obrar milagros y de expulsar los demonios; ahora les confiere poder sobre su cuerpo y su sangre. Hasta ese extremo llega su amor: se pone incondicionalmente a disposición de los suyos. Con ese poder, los Apóstoles adquieren la facultad incomparable de ser instrumento de Cristo para transubstanciar el pan en el Cuerpo y el vino en la Sangre: la gracia sublime de renovar sacramentalmente el Sacrificio de Cristo, que se hace presente por la consagración separada del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Se han convertido en sacerdotes de un modo especial, para actuar in persona Christi Capitis, en persona de Cristo Cabeza.

Son sacerdotes de un sacrificio singular: el cumplido por el Hijo de Dios en el Calvario, cuando se inmoló por nosotros ofreciendo amorosamente su vida al Padre. Quien sacrifica y quien es sacrificado son la misma Persona. Cristo es a la vez el sacerdote y la víctima. En la renovación incruenta de ese sacrificio por medio de la doble consagración del pan y del vino, que se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Jesús, el sacerdote presta su voz, sus manos, su inteligencia y su voluntad para que sirvan al Señor {8}. Las palabras son suyas –de Cristo–, el poder es suyo –de Cristo–; Él actúa en cada Misa y transubstancia las realidades del pan y del vino. Ha nacido una nueva colaboración entre Dios y el hombre; entre el sacerdote cristiano y Cristo glorioso se verifica una comunión singularísima y única: el sacerdote y Cristo confeccionan a la vez la Eucaristía, aunque no al mismo nivel, porque el sacerdote actúa como ministro –instrumento vivo– del Señor.

¡Cuánta delicadeza interior necesita el sacerdote, para no caer en una familiaridad indebida! En este mundo nuestro se repite un fenómeno: los hombres de cámara, los asistentes o mayordomos de grandes personajes, fácilmente llegan a perder la noción de la grandeza moral o social de aquellos a quienes sirven; su frecuencia de trato con esos personajes –con defectos, como cualquier otra criatura– les juega esa mala pasada. Los sacerdotes –y de otro modo los cristianos– estamos expuestos a un peligro parecido: no entender con objetividad la medida de nuestra colaboración, pensar que nos hallamos a la misma altura del Señor y disponer de sus cosas –de la liturgia, de la palabra revelada, de los misterios sacramentales– como si nos pertenecieran exclusivamente. Nos pertenecen ciertamente; El nos confía esas realidades; pero espera también que las cuidemos y administremos según Él quiere: imitando su obediencia hasta la muerte de Cruz, que –entre otras cosas– significa ahora realizar los gestos sacerdotales también en espíritu de obediencia al Padre (en este caso, además, es obediencia también a la Iglesia nuestra Madre); ofreciendo a los fieles un servicio puro y santo, como Él nos lo ha ofrecido a todos; cuidando con rigor la liturgia prescrita, valorando a fondo todos sus detalles.

"Haced esto en memoria mía". Además de su significado propio, podemos ver también en estas palabras que Jesús pide a sus discípulos que imiten su vida y su conducta; que entreguen su vida para gloria de Dios y salvación de todos los hombres y mujeres que pueblan la tierra; en definitiva, les reclama plena unión e identificación con Él. En este sentido, las palabras de Jesús suenan también como un requerimiento de nuestro afecto, parecen implorar nuestro cariño. Como si sugiriera: "No os olvidéis de mí, no os olvidéis de mi amor, nos os olvidéis de mi entrega por vosotros".

No olvidar el amor: "sacerdote eucarístico, pueblo eucarístico"

Cada uno habrá podido contemplar, a lo largo de sus años, en ocasiones con estupefacción, la capacidad que todos tenemos de olvidar las cosas más grandes, los eventos más notables, las personas más queridas. Quizá sea un recurso para defenderse del pasado que se acumula a nuestra espalda, al marchar hacia adelante en el caminar terreno; quizá surge como una manera de no quedar atrapado por sucesos, palabras y personajes que ayudan, pero que se estiman como un estorbo para afrontar el presente, para acometer esa lucha dura por sobrevivir, por llegar a la meta. Quizá manifiesta simplemente la pequeñez humana, la ingratitud del corazón, la superficialidad que nos amenaza. En todo caso, el olvido aparece como una realidad que nos afecta, a la manera que, en las latitudes nórdicas, el viento frío hiela plantas y hombres, y sume todo en el silencio.

Dios no quiere ser olvidado, se resiste a esa postura de la psicología humana; cabe afirmar que "protesta". Este Dios celoso, amigo del hombre, deseoso de permanecer a nuestro lado y de participar en nuestra vida para meternos así en la suya; este Dios enamorado del hombre no quiere ser olvidado por nosotros. Cuando sacó a los israelitas de Egipto, librándolos de la esclavitud con numerosos gestos salvíficos y portentosos, conduciéndolos a través del mar y del desierto, sosteniéndolos con el maná y con el agua de la roca, les insistió mil veces: mirad que no os olvidéis de mí, de los portentos que he obrado en vuestro favor, del camino que os he abierto en las aguas y en la soledad..

"Debes recordar todo el camino que el Señor, tu Dios, te ha hecho recorrer por el desierto durante estos cuarenta años, para hacerte humilde, para probarte y conocer lo que hay en tu corazón, si guardas o no sus mandamientos. Te humilló y te hizo pasar hambre. Luego te alimentó con el maná, que desconocíais tú y tus padres, para enseñarte que no sólo de pan vive el hombre, sino de todo lo que sale de la boca del Señor. El vestido que llevabas no se gastó y tus pies no se hincharon en estos cuarenta años. Reconoce en tu corazón que el Señor, tu Dios, te corrige como un hombre corrige a su hijo. Guarda, por tanto, los mandamientos del Señor, tu Dios, marchando por sus caminos y temiéndole (...). Esmérate en no olvidar al Señor, tu Dios, dejando de cumplir los mandamientos y normas que hoy te ordeno. No vaya a ocurrir que al comer y saciarte, construir hermosas casas y habitarlas, al crecer tus vacadas y tus rebaños, al abundar en plata y oro, al aumentar todos tus bienes, se engría tu corazón y te olvides del Señor, tu Dios. Él es el que te sacó del país de Egipto, de la casa de la esclavitud" (Dt 8, 2-6.11-14).

Dios vio cómo aquellos hombres, mujeres y niños no le fueron completamente fieles. Le olvidaron, le abandonaron, adoptaron otras costumbres, adoraron otros dioses. De poco sirvieron las instituciones numerosas y detalladas establecidas por la Ley; no resultaron suficientes el Arca, la Tienda de la Reunión, el Templo, los sacerdotes, la Monarquía, los muchos profetas que les envió... Jesús sabe bien que no basta que exhorte a los suyos a guardar sus mandamientos, a recordar sus palabras, a permanecer en Él como los sarmientos en la vid; a ser uno, como Él y su Padre son uno. Conoce el Señor que ante todo eso la criatura cae en la ligereza, que el afecto humano se entibia si los ojos no ven y las manos no tocan, que el hombre se muestra muy olvidadizo. Y manda, en consecuencia: "Haced esto en memoria mía", consagrad mi Cuerpo y mi Sangre: así me tendréis con vosotros, así podréis uniros a mi sacrificio y participar de tan inefable don; así os acordaréis de mí y de mi entrega y de mi amor; así seréis fieles, no desfalleceréis en el

camino, llegaréis hasta el final. Seréis como Yo, que os he amado hasta el extremo, hasta la locura (cfr. Jn 13, 1).

El poder de consagrar el cuerpo y la sangre de Cristo, concedido a los primeros Doce y a sus sucesores ("haced esto en memoria mía") mira a que todos los discípulos oigan también el mismo mandato del Maestro. Cambia ligeramente el contenido de esto. Para los sacerdotes instituidos por Cristo, esto es renovar incruentamente el único Sacrificio del Calvario, confeccionar el sacramento de la Eucaristía; para todos los cristianos, sacerdotes y seglares, esto entraña adentrarse en el amor de Cristo que se entrega filialmente a la voluntad del Padre para darle gloria y salvar a los hombres. Al celebrar el Sacramento del Sacrificio, o al participar, todos encuentran fuerzas para convertir la propia vida, metidos en la intimidad del Señor, en una oblación que Él presenta al Padre unida a la suya. La tercera plegaria eucarística lo recoge expresamente: *Ipse nos tibi perficiat munus aeternum*, reza el sacerdote dirigiéndose a Dios Padre: que Él haga de nosotros un don eterno {9}.

El cristiano tiene, por vocación sellada en el Bautismo, alma sacerdotal {10}: está llamado a convertir su existencia en un sacrificio unido al de Cristo, a pasar por esta tierra con las ansias del Pontífice, que construye el puente que nos introduce en la intimidad de Dios, en lo más alto de los cielos. Alabanza, reparación, agradecimiento, petición: éstas son las aspiraciones de un hijo de Dios, porque fueron las que ritmaron la vida del Hijo de Dios hecho hombre. Alabanza al que está sobre todos y sostiene a todos; agradecimiento a quien es Fuente de todo bien y de toda dádiva; reparación por los pecados que ofenden a quien es Principio de nuestra vida y Consumador de nuestra felicidad; petición a quien todo gobierna y provee, para que remedie nuestra evidente indigencia.

Alabar, reparar, pedir y agradecer supone necesariamente rezar, sacrificarse, anunciar la verdad, servir al amor, construir la paz; y también buscar siempre y en todo la gloria del Padre y –en Él, en su Hijo y con el Amor– la glorificación de todos los hombres y mujeres (cfr. Jn 17, 1-26); significa trabajar para que todos le conozcan y amen, para que perseveren en el cumplimiento de la voluntad del Padre y alcancen la santidad: para que todos sean uno en Dios.

Cristo, a través de los discípulos a quienes confirió la facultad de consagrar su Cuerpo y su Sangre, sirve a todos los bautizados para que añadan la propia existencia a su ofrenda constante al Padre, para que se unan a Él, Sacerdote y Víctima. En buena medida, la actualización de ese sacerdocio común propio de todo cristiano depende de la actualización del sacerdocio ministerial. ¡Qué responsabilidad recae sobre los sacerdotes católicos en cuanto a la santidad y a la fidelidad de los demás cristianos! En nuestras manos consagradas por el sacramento del Orden están el Cuerpo y la Sangre que a los demás enciende y vivifica. Ellos miran atentos nuestras manos –como los ojos de la esclava penden de las manos de su señora (cfr. Sal 122, 2)- porque ahí baja su Señor, sin el cual nada pueden; se halla Cristo, que es su Camino, su verdad y su Vida. En la piedad eucarística de un sacerdote se apoya en gran medida la piedad eucarística de la comunidad cristiana que él atiende. "Sacerdote eucarístico, pueblo eucarístico", se ha dicho; y nada más cierto. "En otras palabras, un sacerdote vale cuanto vale su vida eucarística, especialmente su Misa. Misa sin amor, sacerdote estéril. Misa fervorosa, sacerdote conquistador de almas. Devoción eucarística poco amada o descuidada, sacerdocio en peligro y en vías de difuminación" {11}.

Se comprende, que la Iglesia haya entendido siempre el sacerdocio ministerial como un servicio al sacerdocio común de todos los cristianos, incluidos los pastores. Jesús mismo quiso enseñarlo así aquella última noche con un gesto inolvidable.

Preparación para cada Misa: "no presentarse con las manos vacías"

El cuarto evangelista no ha recogido las palabras de Jesús mientras convertía el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre, la noche antes de su pasión y muerte. Se suele comentar que el apóstol Juan lo consideró suficientemente afirmado en los otros tres evangelios y en la primera carta de san Pablo a los Corintios; y prefirió transmitirnos el discurso del Pan de vida en la sinagoga de Cafarnaún, que ilumina y explica lo que Jesús instituyó aquella última noche. Además, ha descrito una escena que debió suceder al principio de aquella última reunión y que los otros hagiógrafos del Nuevo Testamento no narran. Una escena impresionante, si la contemplamos con ojos de fe: Jesús –Dios encarnado– lavó los pies a sus discípulos.

El banquete, la reunión para comer y beber juntos, no carecía de una significación profunda: la comunión personal, que se coloca más allá de la materialidad de la alimentación necesaria para subsistir. Con un banquete se celebra un evento gozoso del que varios participan; con un convite se abre camino a una colaboración, a una amistad; o bien se mitiga el dolor de una separación definitiva, buscando consuelo en otros que también amaban a quien ha desaparecido.

En tiempos de Jesús la participación en un banquete estaba rodeada de muchos detalles, tanto en su preparación como en su desarrollo: se lavaba los pies a los comensales, se les ungía la cabeza; el anfitrión les daba el beso de paz y bienvenida, se elegían los lugares que cada uno debería ocupar, se adornaba la sala, se escogían y condimentaban diligentemente los manjares... Cada uno de estos gestos concurría a reforzar el significado de comunión y también a crearla; su ausencia, como manifestó Cristo a Simón el fariseo cuando los descuidó, denotaba falta de amor, de acogida, de verdadera aceptación personal (cfr. Lc 7, 36-50). El invitado correspondía con sus dones. Nadie, en efecto, se presentaba sin llevar algún obsequio. Y menos aún ante Dios: "No te presentes ante el Señor con las manos vacías" (Si 35, 4).

En la revelación de la relación entre Dios y el hombre, es éste un detalle que no puede pasar inadvertido. En el Antiguo Testamento, Dios se sirve de la imagen del banquete para prefigurar los últimos tiempos, la situación escatológica; o para recordar y celebrar los beneficios divinos (la liberación de Egipto, la entrega de la Ley). También Cristo recurre varias veces en sus parábolas al símil del convite para describir el reino de los cielos. Y también Él, como en el Antiguo Testamento (cfr. Ex 23, 15), valora que el invitado no acuda con las manos vacías, sin traje de bodas, sin lámpara encendida (cfr. Mt 22, 12; 25, 8; 25, 21).

La elección del don se presenta como una cuestión delicada, pues hay que acertar con algo que sea del agrado del anfitrión. ¿Qué es lo que puede agradar a Dios? El profeta se planteó la pregunta y obtuvo respuesta. "¿Con qué me presentaré ante el Señor y adoraré al Señor Altísimo? ¿Me presentaré a Él con holocaustos, con terneros de un año? ¿Se complace el Señor con miles de carneros, o con torrentes de aceite a millares? ¿Daré mi primogénito a cambio de mi delito, el fruto de mis entrañas por mi propio pecado?"

¡Hombre! Ya se te indicó lo que es bueno, lo que el Señor quiere de ti: practicar la justicia, amar la caridad y conducirte humildemente con tu Dios" (Mi 6, 6-8). Las obras de la justicia, de la misericordia y de la amistad con Dios deben colmar las manos de los invitados por Él.

La consecución material del obsequio supone un cierto esfuerzo, que encierra ya un signo de amor, porque amar incluye ese inclinarse hacia la persona que se ama, y ofrecerle algunos bienes, entregarse a sí mismo de manera ordenada. Parece claro que la materialidad del regalo reviste importancia secundaria, lo que verdaderamente cuenta se manifiesta en el amor que mueve a dar. El amor en sí mismo tiene razón de primer don {12}.

¡Qué bien entendemos que sólo resulta posible llenar las manos cuando el corazón rebosa de amor! Y que lo que Dios espera, en definitiva, es nuestro corazón, nuestro cariño cuajado en obras. "Dame, hijo mío, tu corazón y pon tus ojos en mis caminos" (Pr 23, 26). Así debemos presentarnos los sacerdotes a celebrar la Santa Misa todos los días: con el corazón encendido en amor divino, con muchas obras de servicio a nuestros hermanos.

"Debéis lavaros los pies los unos a los otros": servidores de todos

Aquella noche, el Hijo de Dios realizaba la obra más grande de amor al Padre: le ofrecía su vida humana llegando, por obediencia filial, hasta aceptar la humillación de morir clavado en un madero (cfr. Flp 2, 5-9). "No se haga mi voluntad, sino la tuya" (Lc 22, 42). Alcanzaba su cima histórica aquella total y constante dedicación a las cosas del Padre, que reveló por primera vez a María y a José en el Templo, con la edad de doce años (cfr. Lc 2, 49) y de la que sus discípulos fueron testigos durante el tiempo que con Él convivieron. Jesús volvía al Padre con las manos llenas. Rebosaban de obras de amor al Padre y a los hijos del Padre, a sus hermanos, por cuya salvación moría. El banquete al que les invitaba aquella noche última era signo de ese amor y causaba en ellos ese amor: era el convite de su Carne y de su Sangre. Pero antes, Él, que "hizo todo bien" (Mc 7, 37), les lavó los pies.

¿Por qué les lavó Él mismo los pies? De este servicio se ocupaba habitualmente un criado; al señor de la casa correspondía asegurar que se prestaba esa atención y recibir con un beso al huésped. ¿Por qué Jesús quiso ir más lejos? Porque los amó "hasta el extremo" (Jn 13, 1), perfectamente, hasta el último detalle, hasta el final de sus días, hasta la locura de dar por ellos la vida.

Cristo se excede en el amor a los suyos: así es siempre su perfecta Caridad. En sus gestos de donación va siempre más allá de lo que esperamos y soñamos; nos sorprende con las invenciones de su amor, con la generosidad de su cariño; adivina las ansias y las aspiraciones más hondas y puras de nuestro corazón y se adelanta a satisfacerlas. Ha nacido para nosotros y por nosotros; gasta toda su vida para salvarnos y hacernos felices, para conseguir nuestra glorificación, nuestro endiosamiento de hijos del Padre en Él, gracias al Amor.

Jesús lavó los pies a sus discípulos porque los amaba con locura, apasionadamente. Encontró resistencia en la ingenua devoción de Pedro, que al comienzo no aceptó esa prestación de su Maestro y Señor. Sólo consintió cuando oyó la amenaza amable de que la falta de ese lavado podría impedirle permanecer con su Jesús (cfr. Jn 13, 6-9). Quiso atenderles con aquel servicio, para que les entrara por los ojos que les amaba con toda el

alma, "hasta el extremo". Pocas horas después morirá por ellos, entregará su vida por sus amigos, demostrando así el mayor amor posible; pero quien todo sabía, conocía también que su muerte ignominiosa no iba a ser interpretada al principio como una victoria de amor, sino como un desastre. Lavarles los pies era, en aquel momento, la prueba más eficaz de un cariño que no conoce barreras, que no se detiene en circunspecciones por salvar la propia imagen, por custodiar la propia excelencia.

Les limpió los pies como un siervo. Sólo en apariencia como un siervo; de modo algo parecido a como el pan ya no es pan después de las palabras consacratorias. Lavó los pies a sus discípulos con el señorío del amor que se entrega libremente para hacer felices – eternamente felices– a los que ama. A los discípulos les pareció un gesto de inmensa humildad, y la misma reacción provoca también en nosotros, que con no poca frecuencia estamos movidos por la soberbia, por los humos o humillos del propio valer y de la propia grandeza. Cristo no se sentía humillado al cumplir aquel gesto con los Doce; sencillamente, los estaba amando y les estaba enseñando a amar. Porque le constaba que la gran miseria, la gran limitación de aquellos hombres, y la nuestra, radica en que no sabemos amar como Él. Jesús comprendía, no se extrañaba ante el desconcierto de sus Apóstoles, especialmente de Pedro; por eso, después se lo explica. "Si Yo, el Señor y Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Os he dado ejemplo para que también vosotros hagáis como Yo he hecho con vosotros" (Jn 13, 14-15).

Lavar los pies los unos a los otros lleva consigo tantas cosas concretas, porque ese limpiar de que se habla, nace del cariño; y el amor descubre mil formas de servir y de entregarse a quien se ama. En cristiano, lavar los pies significa, sin duda, rezar unos por otros, dar una mano con elegancia y discreción, facilitar el trabajo, adelantarse a las necesidades de los demás, ayudarse unos a otros a comportarse mejor, corregirse con cariño, tratarse con paciencia afectuosa y sencilla que no causa humillaciones; alentarse a venerar al Señor en el Sacramento, emularse mutuamente en ese ir a Jesús con las manos cargadas de atenciones de cariño a Él y a nuestros hermanos. Lavar los pies implica colmar la propia vida de obras de servicio sacrificado y gustoso, de mediación apostólica cumplida con alma sacerdotal.

El lavatorio de los pies y la limpieza de alma

Algunos Padres de la Iglesia explican que lavar los pies equivale a limpiar, purificar, los afectos del alma, que constituyen el motivo que nos empuja a actuar de una manera o de otra. Jesús, si queremos, si nos dejamos, lava nuestros afectos como lavó los pies de los Apóstoles: a fondo, con cariño, a cada uno, sin prisas.

El Señor procedió de esa forma antes de darles a comer su Carne y a beber su Sangre. Todos somos conscientes de que hemos de acudir a comulgar bien limpios por dentro y por fuera, confesándonos antes si hubiera en nuestra conciencia mancha de pecado grave. San Anastasio Sinaíta lo explicaba con palabras incisivas: "¿Con qué conciencia, con qué estado de alma, con qué pensamientos te acercas a estos misterios, si en tu corazón te está acusando tu misma conciencia? Contéstame: si tuvieras las manos manchadas de estiércol, ¿te atreverías a tocar con ellas las vestiduras del rey? Ni siquiera tus mismos vestidos tocarías con las manos sucias, antes bien las lavarías y enjugarías

cuidadosamente, y entonces los tocarías. Pues, ¿por qué no das a Dios ese mismo honor que concedes a unos viles vestidos? (...). Pide misericordia, pide perdón, pide la remisión de tus culpas pasadas y verte libre de las futuras, para que puedas acercarte dignamente a tan grandes misterios (...). Oye a san Pablo que dice: "Pruébese a sí mismo el hombre, y así coma de aquel pan y beba de aquel cáliz (...)" (1Co 11, 28 ss)" {13}.

¿Sabremos nosotros, los sacerdotes, dedicar a nuestros hermanos y hermanas el tiempo necesario en el sacramento de la reconciliación para que, a través de nuestra pobre persona, Cristo los limpie con cariño, con delicadeza, con eficacia? No cabe una postura como la de Pedro en aquella ocasión, que no entendía la necesidad de esa purificación (lo entendió más tarde: cfr. Jn 13, 9), de ese blanquear lo que quizá no es gravísimo, pero mancha e impide seguir a Cristo con plena fidelidad.

¿Aprenderemos, todos, a acudir limpios para recibir a Jesús? "El que se ha bañado, no necesita lavarse; está del todo limpio. Y vosotros estáis limpios, aunque no todos" (Jn 13, 10).

Así respondió Jesús a Pedro, haciendo también alusión a judas. ¡Qué grave responsabilidad la de los pastores, por su obligación de preparar a sus fieles para acoger al Señor sacramentado; que deben ayudarles en la limpieza de alma y de cuerpo, con las luces y la vibración del amor! A los pastores corresponde la grave responsabilidad de enseñar a los fieles que han de ir a la comunión como buenos y rectos enamorados a la cita con el Amor: con la conciencia clara, sin motas; con el alma encendida en virtudes; con el cuerpo y el vestido dignos; con la atención y el recogimiento que Dios merece.

Las palabras del centurión de Cafarnaún, que la Iglesia pone en nuestros labios durante la Misa –Domine, non sum dignus... {14 }-nos han de espolear en ese momento inmediatamente anterior a la Santa Comunión, y también antes, a tomar conciencia de lo que se nos da: aprovechemos el tiempo que precede la hora del Santo Sacrificio con comuniones espirituales, con actos de fe, esperanza y caridad, de humildad, de contrición; o para confesarnos, si en el alma hubiera una sombra grave. Lo recuerda Benedicto XVI desde los primeros momentos de su Pontificado. "No se puede "comer" al Resucitado, presente en la figura del pan, como un simple trozo de pan. Comer este pan es comulgar, es entrar en comunión con la persona del Señor vivo. Esta comunión, este acto de "comer", es realmente un encuentro entre dos personas, es dejarse penetrar por la vida de Aquel que es el Señor, de Aquel que es mi Creador y Redentor. La finalidad de esta comunión, de este comer, es la asimilación de mi vida a la suya, mi transformación y configuración con Aquel que es amor vivo. Por eso, esta comunión implica la adoración, implica la voluntad de seguir a Cristo, de seguir a Aquel que va delante de nosotros. Por tanto, adoración y procesión forman parte de un único gesto de comunión; responden a su mandato: "Tomad y comed"" {15}.

Lavar los pies, instituir el sacramento de su sacrificio, entregar su vida en la Cruz: tres realidades en las que Jesucristo despliega un mismo acto de amor extremo. La primera asume especialmente un valor simbólico y de enseñanza, que prepara a los discípulos a acoger y a entender las otras dos, que son una misma cosa. Por ahí empezó Jesús aquella noche, en la que su amor iba a traducirse en el evento más impresionante que los siglos hayan contemplado y puedan contemplar: Dios que muere por traer la vida nueva a sus criaturas.

Comenzó lavándoles los pies. Gesto conmovedor y elocuente de amor entrañable, de ese amor hasta la locura que culmina en la Cruz y en la Eucaristía. Gesto de humildad sublime, porque quien ama sin limitación alguna no encuentra ninguna dificultad para

realizar hasta los actos más elementales en favor de la persona a quien ama; no le detiene lo que otros puedan pensar y decir. Gesto de servicio incomparable por el que revela definitivamente que amar significa servir, darse y ayudar a los demás en todo lo posible y hasta el final.

Amor de servicio, amor humilde, amor de Sacerdote que se ofrece a la vez como Víctima: lección de aquella noche, que el Maestro nos exhorta a que aprendamos para encarnarla en nuestra propia vida. "Sabido esto, seréis dichosos si lo cumplís" (Jn 13, 17).

"Que os améis los unos a los otros como Yo os he amado"

Hemos de contemplar despacio lo que sucedió aquella noche, para comprender – hasta donde nos sea posible por qué Cristo deseó ardientemente comer aquella pascua con sus apóstoles (cfr. Lc 22, 14), y también qué significaba aquella cena última para Él y los suyos. Ciertamente, para Jesús, era una cena de despedida; no ocurría así entre sus discípulos, que no se percataban claramente de lo que iba a suceder y menos aún sospechaban que la muerte del Maestro fuese inminente. El largo discurso de aquella noche, que san Juan nos transmite, guarda todo el sabor de un saludo de despedida, con las exhortaciones últimas, las que parecen más importantes; se nos presenta como una especie de testamento.

¿Qué dejaba Cristo a sus Apóstoles aquella noche? ¿Qué nos dejaba a nosotros, que vendríamos muchos siglos después? Nos dejaba a Sí mismo en el sacramento. Nos dejaba su Amor. Y las dos realidades iban juntas, una dentro de la otra, con una mutua implicación que hace imposible separarlas, incluso exponerlas por separado.

Fue una cena: la cena del supremo Amor, la cena de la Eucaristía. Juan se detiene en lo primero, los sinópticos en lo segundo. Pero los cuatro evangelistas nos hablan de una misma realidad que se manifiesta, a la vez, como entrega, servicio, amor: toda la vida del Hijo encarnado. Una realidad tan alta y sublime, tan divina, que resulta misteriosa, que supera la inteligencia y la capacidad del corazón humano (cfr. 1Co 2, 9).

Considerar de nuevo el aspecto convivial nos puede ayudar a entender un poco más lo que Cristo nos revela, lo que quiere que entendamos. Comer juntos expresa más que el simple alimentarse. Aquel banquete pascual manifestaba fiesta y "comunión": la fiesta del Amor que se entregaba libremente para redimir y proporcionar la felicidad a los suyos; y además, la comunión de todos los presentes en un mismo destino y en un idéntico proyecto grandioso. Por eso a Judas no le suponía alegría alguna la fiesta, no entendía nada de generosidad, de donación; era avaro y traidor; no compartía aquel propósito –que unía a los demás– de predicar una verdad que carecía a sus ojos de incidencia social (al menos, inmediata). Los otros permanecieron. Siguió al lado de Jesús sin entenderle del todo, apesadumbrados y tristes por los signos de despedida que les mostraba, con el corazón cargado por los negros presagios que se cernían sobre Él y sobre ellos. Permanecieron con Jesús en sus tribulaciones (cfr. Lc 22, 28); y recibieron el testamento divino: su Cuerpo y su Sangre, envueltos en Amor.

¡ Que os améis! Aquella noche Juan apoyó su cabeza sobre el pecho del Maestro, oyó sus vibrantes latidos, fuertes por la emoción de la despedida y de los desamores de los hombres. Las palabras de Jesús le llegaban directamente al corazón, porque tan graves y

hondos vocablos resonaban en su alma joven, plena de entusiasmo por su Maestro. Y allí quedaron grabadas para siempre, como fuentes de comprensión de la vida y de la muerte de su Señor, como criterio de interpretación de nuestra existencia y del mundo. Dios es amor, nos repetirá al final de sus días (cfr. 1Jn 4, 8 y 16). Toda la vida de Cristo se resume en esto: en su amor, que le lleva a la Cruz, a la Eucaristía, a lavarnos los pies. Y toda la vida cristiana se recapitula en ese último mandamiento que Juan conservará, ya para siempre, clavado en el alma y repetirá sin tregua: ¡Que os améis! El, el hijo del trueno; el que pidió que lloviera fuego del cielo y abrasara aquel pueblito de samaritanos (cfr. Lc 9, 54); el que prohibió realizar milagros a unos que no iban con Jesús (cfr. Mc 9, 38); el que ansiaba prevalecer sobre los demás (cfr. Mc 10, 37), no se cansó de repetir hasta su muerte: ¡hijitos míos, que os améis unos a otros! {16 }Por eso, también nos ha hablado tanto del Espíritu Santo.

El don de la filiación divina y el don del Amor avanzan juntos, pues el Amor personal infinito –la Tercera Persona de la Santísima Trinidad– es "quien nos hace exclamar: ¡Abba, Padre!" (Rm 8, 15). Estos dones no se pueden separar; y la grandeza del uno ayuda a vislumbrar la grandeza del otro. Cristo trataba de hacerlo entender a sus Apóstoles; y para convencerles de la importancia de su muerte y resurrección y de su ascensión al cielo, de la necesidad de sustraerse a su inmediata percepción sensible, les razonaba así: "Os conviene que Yo me vaya, porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré" (Jn 16, 7). No sabemos hasta qué punto los discípulos penetraron aquella noche en el contenido de estas palabras del Señor. Las asumirían plenamente más tarde, como Jesús mismo les advirtió poco después (cfr. Jn 16, 12-13). Tan sobrenatural es la acción del Santificador que, de ordinario, nos pasa inadvertida. Los Apóstoles se daban cuenta de lo que perdían si su Señor se iba. Se quedaron tristes, desconsolados, hasta el punto que Jesús les prometió repetidas veces un nuevo Consolador, explicándoles lo que obraría en ellos y con ellos; y Él mismo se quedó en la Eucaristía. Cristo promete enviar al Amor y permanece Él mismo por amor bajo los signos de este sacramento.

Esa fue su respuesta a la tristeza de afecto sincero de aquellos pocos, que en esa misma noche le abandonarían desconcertados y derrotados por la secuencia de los sucesos adversos e inesperados. Cabría afirmar también que Cristo se ha quedado en el sacramento porque en los Apóstoles nos ha visto tristes a todos, deseosos de tenerle cerca, de poder oírle y tocarle y contemplarle, para sabernos amados y comprendidos, para sentirnos seguros a la sombra de un Maestro tan sabio y omnipotente. Ha decidido no dejarnos, porque ha comprobado, en aquellos primeros, débiles y confusos, la debilidad y la pequeñez de todos los que vendríamos después. Se ofreció como Alimento de todos para que no desfalleciésemos en el camino, para que todos contásemos con la posibilidad de encaminarnos al Cielo.

Aprender a amar

La historia de los primeros discípulos se repite una y otra vez a lo largo de los siglos. ¡Cuántos propósitos de acompañar a Cristo, de trabajar por Él, de darle a conocer, de andar a su lado y permanecer siempre con Él, terminan en la desconcertante experiencia de la infidelidad pequeña o grande! El sentido de la propia filiación divina, la vitalidad de

la propia fe, la delicadeza en el amor..., se vienen en ocasiones abajo, cuando surge la contradicción, la persecución violenta o taimada, o simplemente la dificultad, el cansancio.

Como aquellos primeros, también nosotros con frecuencia nos comportamos como personas de intenciones grandes, a la hora de prometer la propia fidelidad hasta la muerte; y como ellos en esas horas, tampoco nos decidimos a amar a Cristo "hasta el fin, hasta el extremo". Él, en cambio, sí nos quiere, hasta dar la vida por el amigo (cfr. Jn 15, 13); y al contacto con nuestro defecto de amor, instituye la Eucaristía para enseñarnos a corresponder, al paso que nos envía al Consolador que necesitamos, para que comprendamos que podemos refugiarnos y adherirnos a su Sacratísimo Corazón, ejemplo de donación.

Es preciso que miremos con sinceridad nuestro propio interior, ir al fondo de las situaciones o reacciones, y reconocer que el problema se reduce en definitiva a un problema de correspondencia. El amor constituye la sustancia de la felicidad: amar y saberse amados componen la única respuesta verdadera a las ansias últimas del corazón humano. Y, en definitiva, buscamos esta finalidad en todo cuanto nos ocupa: un "querer" que no muera, que no pase, que no traicione, que sacie el alma. Agustín de Hipona lo dejó escrito con frase brevísima: "Pondus meus, amor meus" {17}. Mi amor es mi peso, lo que me confiere solidez, lo que me atrae y me exalta, me transmite altura y profundidad, el origen de mi paz. También lo propuso con la consideración de que nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Dios: porque sólo en Él se encuentra la verdadera caridad que proporciona densidad y sentido a todo, que libra de la superficialidad y de lo provisorio {18}.

En no pocos casos, el defecto de nuestra dejadez radica en la superficialidad: el amor se muestra frívolo, pasajero; como si el corazón fuera uno de esos caminos por donde pasan todos y nadie marca una huella, como la semilla que arroja el sembrador de la parábola. En otros momentos, se levanta un amor demasiado sentimental, poco recio; como si el corazón no supiera en esos casos acoger "las duras y las maduras"; y así, buscando sólo el goce –sin aceptar la contrapartida del dolor y del sacrificio–, brota un amor sin fruto. En otras ocasiones, parece como si el corazón no albergara sino amoríos: ¡tantos y tan distintos y aun opuestos se demuestran los afectos que lo mueven! Se diría, en esos casos, que la persona, como la Magdalena antes de encontrar a Cristo, va tras amores que no la satisfacen, no fomenta un amor de verdad. Y hay también circunstancias –muchas, gracias a Dios–, en las que el corazón se decide a amar hasta el final, y se traduce en una entrega que intenta corresponder con más de lo que recibe: treinta por uno, sesenta por uno, ciento por uno (cfr. Mt 13, 8).

Cristo conocía con total profundidad cuál era y cuál es nuestro problema. Le constaba la dureza que con frecuencia anida en el corazón humano y también tantas ganas de obrar el bien: es decir, por una parte, cerrazón a la misericordia y a la comprensión, egoísmo que rechaza a la persona extraña y se niega a prestar ayuda a aquella que no se halla con posibilidades de corresponder. Por otra, un corazón sensible a las delicadezas del amor divino, atento al deber cristiano de consolar al prójimo. Vino Jesucristo a predicar el secreto del auténtico afecto, y aquella noche nos dejó en herencia justamente su Amor.

Nos lo legó generosamente –más no cabe– con sus palabras y sus ejemplos de servicio sin rémora alguna, con sus enseñanzas sobre la caridad, y con ese reiterado mandato: ¡Que os améis!

Nos lo dejó al prometernos que enviaría al Paráclito, al otro Consolador.

Nos lo dejó quedándose Él mismo personalmente, con su Cuerpo y su Sangre, con su Alma y su Divinidad, bajo las apariencias de pan y de vino.

Actuó así por la urgencia con que le necesitamos. Pero no andamos lejos de la verdad si pensamos que se quedó, además, porque también Él "quiere necesitarnos". Ha asumido nuestra naturaleza, ha decidido poseer un corazón como el nuestro, que no admite la idea de separarse de quienes son sus hermanos. Si Cristo no cejó hasta el final en el intento de atraer a judas, atendiéndole en aquellas últimas horas con un detalle tras otro; si manifestó tanto cariño a quien le estaba traicionando, ¿cuánto desearía estar siempre con quienes no le habían abandonado? (cfr. Lc 22, 28).

La institución de la Eucaristía responde, en lo humano, a la psicología de las personas que se aman y deben separarse. San Josemaría lo comentaba así:

"Todos los modos de decir resultan pobres, si pretenden explicar, aunque sea de lejos, el misterio del Jueves Santo. Pero no es difícil imaginar en parte los sentimientos del Corazón de Jesucristo en aquella tarde, la última que pasaba con los suyos, antes del sacrificio del Calvario.

"Considerad la experiencia, tan humana, de la despedida de dos personas que se quieren. Desearían estar siempre juntas, pero el deber –el que sea– les obliga a alejarse. Su afán sería continuar sin separarse, y no pueden. El amor del hombre, que por grande que sea es limitado, recurre a un símbolo: los que se despiden se cambian un recuerdo, quizá una fotografía, con una dedicatoria tan encendida, que sorprende que no arda la cartulina. No logran hacer más porque el poder de las criaturas no llega tan lejos como su querer.

"Lo que nosotros no podemos, lo puede el Señor. Jesucristo, perfecto Dios y perfecto Hombre, no deja un símbolo, sino la realidad: se queda Él mismo. Irá al Padre, pero permanecerá con los hombres. No nos legará un simple regalo que nos haga evocar su memoria, una imagen que tienda a desdibujarse con el tiempo, como la fotografía que pronto aparece desvaída, amarillenta y sin sentido para los que no fueron protagonistas de aquel amoroso momento. Bajo las especies del pan y del vino está Él, realmente presente: con su Cuerpo, su Sangre, su Alma y su Divinidad" {19}.

Tres "mandamientos" y una misma realidad

Algunos autores espirituales han relacionado directamente el lavatorio de los pies con el sacrificio de la Cruz. Alcuino de York, por ejemplo, lo considera en clave mística: en la Cruz, en vez de agua, derramó su sangre para lavarnos del pecado; depuso el vestido de su cuerpo, que tres días después retomó al resucitar; y se reclinó definitivamente a la diestra del Padre, desde donde envía al Consolador prometido. La relación de la Eucaristía con el sacrificio de la Cruz viene revelada explícitamente por Cristo cuando dice: "Esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros", "éste es el cáliz de mi sangre, que será derramada por vosotros". La relación entre el lavatorio y la Eucaristía se concreta en el amor que se manifiesta en ambas y en la común referencia a la Cruz {20}.

Tan importantes se manifiestan estas tres realidades que Jesús insistió especialmente en cada una y –para inculcarlas más fuertemente en sus discípulos– las resaltó, añadiendo respectivamente un mandamiento: el del servicio fraterno, el mandamiento nuevo de la caridad y el mandato de recordar su Sacrificio. En la

Eucaristía encontramos siempre a Cristo "que nos sienta a su mesa; a Cristo que nos sirve; a Cristo, amante de los hombres, que nos reanima {21}. Para tan gran cometido, es preciso no contentarse con un amor sentimental, compuesto de palabras fáciles, que no madura en servicio y sacrificio, que no muestra con obras la ventura de vivir con Cristo y de seguirle. Así se evita el servilismo de quien ejecuta los mandatos divinos sin una disposición interior real de obediencia, con la máxima adhesión filial; y de este modo no se reduce la participación en la Eucaristía a un rito externo y convencional, que no llega a configurar una existencia gastada en clave de entrega al prójimo, a todos, por amor de Dios.

La recepción sincera de estos tres "mandamientos" libra al cristiano del gravísimo peligro de la hipocresía, ese fermento malo que corrompía el comportamiento de los fariseos (cfr. Mc 8, 15; Lc 12, 1); libera de ese defecto que Jesús fustiga duramente (cfr. Mt 23, 13-33). El cumplimiento de los tres mandatos, iluminándose mutuamente, asegura la sencillez y la sinceridad que caracterizan a los hijos de Dios (cfr. Flp 1, 10; 2, 15).

La hipocresía consiste en ocultar lo que se es y en aparentar lo que no se es, en particular, fingiendo virtudes o cualidades que no se poseen; o también se configura en esconder algunos aspectos de lo que se piensa, se desea o se ama, para manifestar en esos puntos lo contrario. El hipócrita limpia por fuera la copa pero no por dentro, tapa con esplendores lo que se halla podrido, desciende a detalles irrelevantes y descuida la sustancia de su obligación ante Dios y los demás (cfr. Mt 23).

Cuando, en cambio, la criatura se ajusta a esos tres mandamientos de Jesús –amar, servir, participar en la Eucaristía–, el cristiano evita la hipocresía, la farsa de llamarse hijo de Dios sin intentar conducirse como el Hijo de Dios. El Hijo de Dios en esta tierra gastó sus días, sus horas, sus minutos glorificando al Padre y sirviendo a los hijos de Dios. Jesús se unía a Dios Padre por su relación filial y esta relación –constitutiva de su Persona– se manifestaba en su conducta y en su comportamiento; no cabía el menor resquicio de algo que le separase en lo más mínimo de la voluntad de su Padre, que para Él representaba el único constante criterio de sus acciones, hasta en las aparentemente más pequeñas.

La unión entre filiación y obediencia constituye una característica propia de Jesús, y en consecuencia se extiende también a todos los hijos de Dios. El sufrimiento que se le requirió para cumplir la voluntad del Padre, atribuía a la fidelidad y a la obediencia de Jesús un valor muy singular como revelación de su Filiación de Unigénito. "Cuando hayáis levantado al Hijo de Hombre, entonces sabréis que Yo Soy, y que no hago nada por mi propia cuenta; sino que lo que el Padre me ha enseñado, eso es lo que hablo" (Jn 8, 28).

Juan Pablo II comentó reiteradamente esa idea en sus Catequesis sobre el Credo: "Precisamente esta obediencia al Padre, libremente aceptada, esta sumisión al Padre, en antítesis a la "desobediencia" del primer Adán, continúa siendo la expresión de la más profunda unión entre el Padre y el Hijo, reflejo de la unidad trinitaria" {22}. Toda la existencia de Jesús se traduce en un estar mirando al Padre (cfr. Jn 1, 1), identificado con Él porque es su Imagen; por eso, también su vida terrena como hombre entraña una perfecta e ininterrumpida donación de Sí mismo al Padre, donación que en la historia toma forma de obediencia filial y que alcanza en el Sacrificio de la Cruz su expresión máxima, perfecta.

Al poner en práctica esos tres mandamientos de la noche última de Jesús en la tierra, el cristiano garantiza la autenticidad de su condición de hijo de Dios, porque, unido al Verbo encarnado, sirve a todos los hombres con una mediación sacrificada que participa en la del Hijo y por eso, glorifica al Padre y ayuda a sus hermanos a conocer y amar al

Padre. El mandamiento del servicio le indica la forma exterior de su conducta; el del amor, la forma interior; el eucarístico, concede la fuerza para comportarse de este modo.

Los tres mandamientos se encuentran íntimamente relacionados; juntos nos manifiestan que amar como Cristo supone necesariamente un servir humilde y sacrificadamente; y que ese amor nos llega a través de su sacrificio, al que accedemos por medio del sacramento de su Cuerpo y de su Sangre. ¡Qué evidente y acertado se nos antoja, entonces, que la Eucaristía haya sido llamada durante siglos sacramento de la Pasión; y que la Santa Misa sea el centro y la raíz de la vida espiritual de un hijo de Dios!

En este sacramento, el Hijo de Dios se da a los hijos de Dios para que ellos puedan también entregarse como El se dona. En el pan eucarístico se nos ofrece la carne del Hijo, sacrificada para que los hombres puedan llegar a ser hijos y serlo, no de manera incoada o parcial, sino plenamente: es decir, que estén en condiciones a su vez de sacrificarse por los demás, que lleguen a ser sacerdotes de su propio sacrificio "por Cristo, con Cristo, en Cristo" {23}. Para darse e inmolarse por los hermanos, para amarlos como Cristo, resulta imprescindible alimentarse con la carne inmolada y la sangre derramada. Si el hombre no participa con sinceridad en la Eucaristía, queda encerrado en su propia incapacidad de amar a lo divino. Con la Eucaristía, en cambio, el cristiano conduce su filiación a la madurez y se configura con el Hijo crucificado, a semejanza del grano de trigo que cae en tierra, muere y produce mucho fruto (cfr. Jn 12, 24).

III. Eucaristía y apostolado

"Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra" (Hch 1, 7).

El Hijo de Dios se ha encarnado a fin de que participemos de su Vida, conozcamos su Verdad, entremos en su Luz. Nos libra del pecado con su muerte y al resucitar, nos envía –desde el Padre y con el Padre– al Espíritu Santo que nos hace hijos de Dios. Propter nos homines et propter nostram salutem, descendit de coelis. El motivo de la Encarnación es nuestra salvación. Como recordaba san Josemaría, no se pueden separar en Cristo su ser de Dios-Hombre y su función de Redentor {1}. Tampoco cabe dividir en el cristiano su vocación a la filiación divina y su misión apostólica: la respuesta a una de estas realidades configura la medida de la respuesta a la otra. Para que se desarrolle en nosotros la participación en su Filiación eterna, Cristo alimenta y sostiene desde la Eucaristía nuestro celo por la salvación de los demás, nuestro afán por dar testimonio de Él en todos los ambientes.

"Tengo compasión de esta gente": buscar la propia santidad y la de los demás

"Haced esto en memoria mía" (1Co 11, 24). Con esta petición, Cristo ha mandado a los Apóstoles que lo entreguen a los demás: que medien entre El y los otros. Esas palabras tuyas, instituyendo el sacerdocio, refuerzan la condición de enviados a anunciar la Buena Nueva.

Jesús quiere que el amor y la devoción –que definen la relación personal entre el Sumo Sacerdote y sus ministros– se propaguen a otras personas a través de la comunión con su Cuerpo y con su Sangre, que los sacerdotes distribuyen a los demás; como aquella tarde en el monte, cuando se compadeció ante el hambre de los que le seguían durante tres días y no contaban ya con ningún alimento. "Me da lástima esta gente..." (Mt 15, 32; Mc 8, 2), comentó a los Apóstoles. Al movimiento compasivo de su corazón humano se añadió inmediatamente la manifestación omnipotente de su ser divino, con la multiplicación de los panes en las manos de los discípulos, para alimentar a aquella multitud necesitada, tras haber curado sus enfermos y haberles instruido sobre muchas cosas.

"Haced esto en memoria mía". Cristo está también pidiendo a los tuyos que le imiten y que le sigan en su misión salvadora; que se conviertan verdaderamente en pescadores de hombres. Con ese mandato, les reclama un amor más generoso y

abundante, que desborde hacia otros. Les exige que se conviertan en pescadores, en su nombre; y también que, como anzuelos suyos, traten a todos, acerquen hasta El a quienes están lejos, a quienes no le vieron. Jesús les ruega que medien no sólo con la palabra, con la facultad de operar milagros y de expulsar demonios; que medien sobre todo con el poder sobre su Cuerpo y su Sangre y además, con el dominio sobre sí mismos para servir con generosidad; que medien con su propia vida a fuerza de participar en la Vida suya.

Este mandato se extiende a todos los discípulos, aunque no posean el poder de consagrar su Cuerpo y su Sangre, porque cada uno está llamado a participar del sacramento de su sacrificio: a todos les ofrece la posibilidad de comulgar y de recibir aquel amor que abrasaba el corazón de Jesucristo y lo encendía en deseos de inmolarse, de enseñar a los hombres la verdad sobre Dios y sobre sí mismos; es decir, la verdad de su propia Filiación, la verdad de la filiación que en Él y por Él reciben los que acogen su testimonio.

La fe es respuesta del hombre a Dios que convoca a la comunión viva con Él; es también respuesta a Dios que envía, porque todas las vocaciones divinas implican siempre una misión. Abraham, Moisés, los profetas, María, los Apóstoles...: al responder con fe a la invitación divina, obedecían a Dios que les confiaba un encargo que cumplir. Prestar el asentimiento de la fe significa acoger la Palabra de Dios, creadora y principio de vida, redentora y principio de salvación; recibirla, implica la gracia de participar en su eficacia vivificante, en su misión salvadora (cfr. Hb 4, 12; Is 55, 10-11). La respuesta de fe sobrenatural se traduce en aceptar los proyectos de Dios y colaborar con sus designios.

Por eso, el verdadero discípulo, el que lo es sin hipocresías ni fracturas en su actuación, es también apóstol. Recibe el título quien acoge las enseñanzas del Maestro, cree en Él, le sigue, se conforma con su modo de vivir; apóstol es el enviado, el que representa a quien le envía, actúa en su nombre, hace sus veces. Quien de verdad cree en Jesús y le acompaña, no puede no darlo a conocer con su vida y sus palabras: si se configura con el modo de actuar del Maestro, necesariamente ofrecerá el testimonio efectivo de su muerte y resurrección, conduciéndose también él –con la ayuda de la gracia– como muerto al pecado y renacido a nueva vida (cfr. Rm 6, 1-11). La fe teológica implica la exigencia de buscar la propia perfección en Cristo y de ayudar a la santificación de los demás.

Filiación divina y anuncio de Cristo: "estar en las cosas del Padre"

Considerando esta estupenda realidad desde otra perspectiva, comprendemos que quien se sabe hijo de Dios porque acoge la Palabra encarnada, de algún modo se ha convertido también en palabra de Dios dirigida a los hombres. Santiago escribe con entusiasmo: "Nos engendró por su propia voluntad, con Palabra de verdad, para que fuésemos como las primicias de sus criaturas" (St 1, 18). Primicias: los primeros de una serie. Nuestra vocación de hijos en el Hijo está intrínseca e inseparablemente unida a nuestra misión de heraldos de la Palabra ante la humanidad entera, para que todas las personas alcancen una viva conciencia de la llamada a participar, como hijos, en la intimidad divina.

Con esta perspectiva, se entiende bien que sólo la fe viva es principio de acción apostólica verdadera y eficaz. Si la Palabra está muerta en el propio corazón, no existe la

posibilidad de sembrarla en otras almas. Hablaremos de Dios en la medida que hablemos con Dios, pues siempre daremos lo que tengamos: "De lo que rebosa el corazón, habla la boca" (Mt 12, 34). La fe muerta no produce fruto, la fe sin obras no transmite nada: no propone un testimonio con obras de amor, y entonces las palabras sobre Jesús son címbalo que retiñe (cfr. 1Co 13, 1). Lo ha dicho Él explícitamente: "Permaneced en mí y Yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y Yo en él, ése da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada. Si alguno no permanece en mí es echado fuera como los sarmientos y se seca; luego los recogen, los echan al fuego y arden. Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y se os concederá. En esto es glorificado mi Padre, en que deis mucho fruto y seáis discípulos míos" (Jn 15, 4-8). Esta indicación del Maestro reviste gran importancia a la hora de plantear los proyectos apostólicos, pues asegura que traigan fruto y lo traigan en abundancia.

San Josemaría lo expresaba con estas palabras: "El apostolado es amor de Dios, que se desborda, dándose a los demás. La vida interior supone crecimiento en la unión con Cristo, por el Pan y la Palabra. Y el afán de apostolado es la manifestación exacta, adecuada, necesaria, de la vida interior. Cuando se paladea el amor de Dios se siente el peso de las almas. No cabe disociar la vida interior y el apostolado, como no es posible separar en Cristo su ser de Dios-Hombre y su función de Redentor. El Verbo quiso encarnarse para salvar a los hombres, para hacerlos con Él una sola cosa. Esta es la razón de su venida al mundo: por nosotros y por nuestra salvación, bajó del cielo, rezamos en el Credo.

"Para el cristiano, el apostolado resulta connatural: no es algo añadido, yuxtapuesto, externo a su actividad diaria, a su ocupación profesional (...). El apostolado es como la respiración del cristiano: no puede vivir un hijo de Dios, sin ese latir espiritual" {2}.

Toda esta verdad, con su riquísimo contenido, la aprendemos del Hijo de Dios hecho hombre. Jesús, a los doce años, respondió a María y a José, cuando le comentaron que se había quedado en Jerusalén sin advertirlos, de esta forma: "¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que Yo debía estar en las cosas de mi Padre?" (Lc 2, 49). Las cosas de Dios Padre son la salvación de las almas, observa Orígenes {3}.

La madurez cristiana se demuestra en "estar en las cosas del Padre", en aquello que atañe a la salvación eterna nuestra y de los demás, quitando del lugar preferente -como si fuera el fin- la preocupación por el propio yo, por lo que comeremos o beberemos, por cómo nos vestiremos, por lo que haremos mañana o después, por el triunfo profesional, por la salud..., y buscando "primero el Reino de Dios y su justicia" (Mt 6, 33).

Veíamos antes que nuestra autenticidad de hijos de Dios se mide por la calidad de nuestro sacrificio unido a Cristo, por nuestra participación en su sacerdocio singular y único. Ahora advertimos que la madurez de nuestra filiación divina, también se valora por la solidez de nuestro testimonio sobre Cristo ante los hombres, con palabras y obras. El sentido de este don divino se traduce en celo apostólico, en esa "chifladura divina de apóstol", como la describía san Josemaría, que "tiene estos síntomas: hambre de tratar al Maestro; preocupación constante por las almas; perseverancia, que nada hace desfallecer" {4}: es decir, tomar conciencia de que nuestro paso por la tierra es tiempo para colaborar con el Hijo de Dios, a fin de que todos lleguen a conocer plenamente la verdad (cfr. 1Tm 2, 4).

"Yo iré y le curaré": iniciativa para dar a conocer a Cristo

El interés por las cosas del Padre se manifiesta en la iniciativa por ayudar a los demás a conocer la riqueza de su filiación divina. Así lo vemos en la vida de Jesús. Después de los años de trabajo oculto en Nazaret, los evangelistas ponen de relieve la urgencia e intensidad con que anuncia el Reino y siembra la palabra, recorriendo las aldeas y ciudades de Galilea, hasta los confines de Tiro y Sidón, hasta Dalmanuta, atravesando Samaría y llegando a Judea; predica a las multitudes; se detiene con tantos enfermos a los que curaba uno a uno; habla a solas con muchas personas: Nicodemo, la samaritana, Zaqueo, Natanael, y otros. No lo imaginamos agitado o inquieto, pero tampoco "cómodamente instalado": no le quedan momentos ni para comer, no cuenta con un lugar donde cobijarse o reclinar la cabeza, etc. (cfr. Mc 3, 20; 6, 31; Lc 9, 58).

El Maestro explica que debe aprovechar el tiempo, caminar mientras es de día, porque llega la noche cuando nadie puede caminar (cfr. Jn 9, 4). No vive encerrado en su mundo, pendiente de sí mismo o de sus cosas; advierte la generosidad de la viuda que en su indigencia echa una pequeña limosna en el gazofilacio; el dolor de la madre viuda por la muerte de su único hijo; las ansias de Zaqueo que le mira medio oculto entre las ramas del árbol. Él toma la iniciativa, manifestando también así la perfección de su calidad humana, reflejo de la grandeza divina. Dios se nos adelanta, Jesucristo da siempre el primer paso: nos ha creado y nos llama a su intimidad para siempre.

También ahora se adelanta y nos busca, hoy como hace dos mil años. Sale al encuentro del pecador, del descarriado, del que no advierte siquiera que sufre hambre de Pan y sed de Amor. Sigue diciendo como entonces al centurión: "Yo iré y le curaré"; y esa espléndida generosidad divina sorprende al hombre, que reconoce no merecerla: "Yo no soy digno de que entres bajo mi techo" (Mt 8, 7-8). La Iglesia pone estas palabras en nuestros labios antes de recibir en nuestro pecho al pan del cielo. ¡Ojalá merezcamos, como aquel soldado, el elogio con que Jesús exaltó su fe! Una fe que el Maestro califique de "grande" por su operatividad, por sus obras, por su devoción eucarística, por su actividad apostólica.

Jesús piensa en los que vendrán de Oriente y de Occidente; piensa en los que vendríamos después de tantos siglos. Piensa en nuestra fe, y en la fe de quienes nos han transmitido la Palabra y nos han dado a comer el Pan. Y quiere que también nosotros sembremos la Palabra para tener Pan, para que cuantos nos sigan puedan creer en Él y alimentarse de El.

A la vuelta de veinte siglos, Cristo nos asegura, además, que desea alojarse en nuestro pecho para sanar nuestra incredulidad y nuestra tibieza. Nos invita en su mesa como hijos del Padre, para fortalecer nuestra fe y encender nuestro amor (Mt 8, 11). Se nos entrega en la Eucaristía para unirnos a su sacrificio: para que "vayamos también nosotros a morir con Él" (Jn 11, 16); para que, superando miedos y comodidades, lo anunciemos a todas las gentes, partiendo de nosotros la iniciativa.

El motivo y la condición para anunciar a Cristo: tratarlo

Pedro y Juan habían curado "en nombre de Jesús" a un paralítico que pedía limosna a la entrada del Templo de Jerusalén, en la Puerta Hermosa (cfr. Hch 3, 6), y los sacerdotes se molestaron porque hablaban de Jesús al pueblo; luego, después de conferenciar entre ellos, "les mandaron que de ninguna manera hablasen o enseñasen en el nombre de Jesús" (Hch 4, 18). Los dos Apóstoles confesaron sencillamente que no podían atenerse a semejante orden. Dos razones adujeron. La primera se refería a la primacía que debe reconocerse a los mandamientos de Dios sobre los mandamientos de los hombres, vieja cuestión que los fariseos no tenían nada clara, pues ya Jesús hubo de reprenderlos fuertemente por transgredir los preceptos divinos, posponiéndolos a sus tradiciones humanas (cfr. Mc 7, 1-13). Y a los Apóstoles les había mandado expresamente: "Id y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo..." (Mt 28, 20).

La segunda razón estriba en otra verdad exigente: "Nosotros no podemos dejar de hablar lo que hemos visto y oído" (Hch 4, 20). Se consideraban incapaces de resistir el ímpetu del Espíritu Santo en su corazón; les impulsaba irresistiblemente la orden con que Cristo los había encendido en fuego divino a lo largo de los tres años que con Él habían convivido (cfr. Lc 12, 49). Fuego nacido del trato a solas, en pequeños grupos, ante las multitudes; y también al verle predicar, servir a sus amigos, sanar a los enfermos, vencer a los demonios, resucitar a los muertos, sufrir y morir por todos, tornar a la vida glorioso y pacífico. Fuego llevado a su plenitud por el Espíritu Santo el día de Pentecostés (cfr. Hch 2, 1-4). El mismo fuego que, tras la venida del Paráclito, alimentaban los discípulos en las celebraciones fraternas, cuando partían el Pan y sembraban la Palabra (cfr. Hch 2, 42).

La conducta de los Apóstoles encierra una profunda lección: el apostolado cristiano no se reduce jamás a una actividad humana de propaganda; entraña una sólida obediencia a un mandato de Cristo y se basa en el trato personal con el Maestro y en la docilidad al Espíritu Santo. Con otras palabras, anunciar a Cristo a los demás brota como consecuencia de la cercanía a Él, del seguimiento, de la experiencia de estar con Él; es siempre cuestión de fe y de amor.

Lo que sucedió con Pedro y Juan, ocurrió también con aquellos dos que iban hacia Emaús: después de hablar con el Señor en el camino y de haberle reconocido en la fracción del pan, aunque era ya muy tarde, "se levantaron inmediatamente y regresaron a Jerusalén" para contar lo que habían visto y oído (Lc 24, 33-35). Y se repitió con aquellos cuyo contacto con Cristo había sido breve pero claro. Escribe san Juan Crisóstomo a propósito de los dos ciegos que el Señor curó (cfr. Mt 9, 27-31): "Jesús –dice el evangelista– les intimó diciendo: "¡Cuidado que nadie lo sepa!". Mas ellos, apenas salieron, "divulgaron su fama por toda aquella tierra". Es que no se pudieron contener, y se convirtieron en heraldos y evangelistas del Señor" {5}.

Fijemos ahora nuestra atención en san Pablo, llamado por Jesús a su servicio, a las puertas de Damasco. Impresionan su decisión, la amplitud de su ministerio, su tenacidad que nada ni nadie consiguió frenar. Si nos preguntamos por el secreto de esa actividad apostólica, increíblemente perseverante y eficaz, lo descubrimos en el amor de Cristo: eso le urgía (cfr. 2Co 5, 14) y le hacía temer sólo el riesgo de no predicar el Evangelio (cfr. 1Co 9, 16). Con ese amor pasaba por encima de todas las dificultades. "¿Quién nos apartará del amor de Cristo?", se preguntaba; y apuntaba posibles enemigos: "¿La tribulación, la

angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?", para concluir: "En todas estas cosas vencemos con creces gracias a Aquel que nos amó. Porque estoy convencido de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni las potestades, ni la altura, ni la profundidad, ni cualquier otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, que está en Cristo Jesús, Señor nuestro" (Rm 8, 35-39).

El secreto de la dedicación apostólica radica en el amor a Dios que procede del trato con Él, de la experiencia personal de la amistad íntima de Cristo, que llega hasta el extremo de morir por nosotros, por todos y por cada uno: "La caridad de Cristo nos urge, persuadidos de que si uno murió por todos, en consecuencia todos murieron; y murió por todos a fin de que los que viven, ya no vivan para sí, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos" (2Co 5, 14-15). Ese fue el secreto de Pablo, de Pedro y de Juan, y lo ha sido de cuantos han dado a conocer a Jesús a los demás, hablando en su nombre.

"Mi Padre os da el verdadero Pan del cielo":

la fe eucarística es fe que habla de Cristo

Por la fe somos hijos (cfr. Ga 3, 26; Jn 1, 12); por la fe somos apóstoles (cfr. Ga 1, 15-24). Cuando la fe está viva en el alma, se traduce en obras de amor, pues es "la fe que actúa por la caridad" (Ga 5, 6).

La obra primera de la fe se concreta en el amor a Jesucristo, que impulsa a unirse fuertemente a Él, acomodándose sin barreras a la gracia de Dios. Y Dios Padre concede que el hombre pueda comer la Carne y la Sangre de su Hijo en el sacramento de la Eucaristía; otorga al hombre la unión intimísima con la Palabra encarnada, recibéndola en la Comunión. Dios se ha excedido, se ha portado como una "Madre" más que buena, y nos ha entregado a su Hijo hasta extremos inimaginables. Nos lo ha enviado en su encarnación, en un lugar concreto y en un determinado momento de la historia; ahora prolonga en el tiempo esa misma confianza celestial mediante la Eucaristía.

El Hijo también se ha excedido y obedeciendo al Padre hasta ese nuevo extremo de amor, opera algo que sólo Dios puede hacer: entregarse a sus discípulos como alimento. Inmolarse por el prójimo, morir por otro, al fin y al cabo es posible al hombre, aunque eso suceda muy raramente, como reconoce san Pablo (cfr. Rm 5, 7). Nadie, en cambio, se halla en condiciones de entregarse a sí mismo como alimento para mantener viva y llevar a plenitud una relación de amor con una persona.

La infinita generosidad del Padre y del Hijo reclama la generosidad en la respuesta fiel de la criatura; reclama una adhesión de fe radical, completa y operativa, hecha posible por la gracia, ya que recibe la Palabra en el Pan. La fe cristiana auténtica se manifiesta necesariamente en la devoción eucarística: en amor a Jesucristo, que viene diariamente a nosotros en el sacramento de su sacrificio –la Santa Misa– y que permanece con nosotros en el Sagrario. La fe eucarística resume y recapitula toda nuestra fe, porque expresa –y a la vez alimenta y consolida– nuestra adhesión a todo lo que creemos.

Así lo explicó largamente en Cafarnaún el mismo Jesús, después de multiplicar los panes en el monte para alimentar a millares de hombres y mujeres que le seguían. Es el único milagro –aparte de la Resurrección del Señor– que los cuatro evangelistas narran. Esta repetición nos ayuda también a pensar en Cristo como Aquel que verdaderamente

alimenta a todos los hombres. La Ley y el mismo Jesús enseñan que no se vive sólo de pan material, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (cfr. Mt 4, 4; Dt 8, 3; Sb 16, 26); y Él es la Palabra eterna en la que Dios se dice a Sí mismo y a todo lo creado. Los hombres tienen hambre de verdad, de ciencia, quieren saber de sí mismos, del mundo y de los demás, especialmente de Dios. Esta indigencia espiritual la sacia el Verbo encarnado; y signo de tal verdad es que también posee la virtud de saciar toda indigencia material.

Quienes presenciaron el milagro de la multiplicación de los panes apreciaron sobre todo esta segunda parte fisiológica, y por este motivo buscaban a Jesús. El Señor no rechaza esta intención; le duele sólo que de esas ansias no pasen a otras más hondas: las que Él ha venido a resolver del todo. Le entristece que no acepten que Él es la Verdad que aquietta nuestras ansiedades, que despeja nuestras dudas, que confiere sentido a nuestra existencia. Le apena que no crean que es Palabra que puede alimentar todas las inteligencias y saciar todos los corazones, que es el pan vivo bajado del cielo; le duele que no reconozcan que su Padre es quien les ofrece ese verdadero pan (cfr. Jn 6, 32-33). Le acongoja la resistencia de esas personas a aceptar que tal dádiva divina les llegue a través de la humildad de lo humano. Le duele la soberbia de aquellos que se fijaban sólo en lo grande, en lo espectacular. "¿No es éste Jesús, hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? ¿Cómo puede decir ahora: he bajado del cielo?" (Jn 6, 42).

Esos hombres, aunque sin formularlo así, rechazaban en definitiva la Encarnación de la Palabra. Por el mismo motivo, rechazarán a continuación el don del pan eucaristizado: no aceptarán la posibilidad de comer su Carne y beber su Sangre. La falta de fe en la Encarnación se prolongaba en la falta de fe en la Eucaristía. A la insistencia del entregarse de Dios a la criatura, respondían redoblando su rechazo del pan divino. No querían comer de ninguna manera: ni aceptando con fe la Palabra que se revelaba, ni recibiendo la Carne del Maestro. El segundo rechazo se fundaba en el primero: entendían las palabras de Cristo exclusivamente de modo material, porque no creían espiritualmente en la Palabra que les había alimentado multiplicando los panes (cfr. Jn 6, 60-65).

Ese itinerario desgraciado no es filial, termina en el abandono del Hijo de Dios, en no caminar con Él ni por Él; lleva a dejar de ser discípulo y apóstol (cfr. Jn 6, 66). Filial se demuestra el camino inverso, el que confiesa con Pedro: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna" (Jn 6, 68). También se muestra filial la fe que busca nutrirse y encenderse en la Eucaristía: ese comer la Carne del Hijo del hombre para recibir así el pan que alimenta el alma, la Palabra increada; y después, llevar ese alimento y esa luz a otros: convertirse en apóstoles, difundir la palabra.

Sin la prolongación eucarística, la fe no madura porque no conduce a la vida. "Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y Yo lo resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Como el Padre que me envió vive y Yo vivo por el Padre, así, aquel que me come vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del Cielo, no como el que comieron los padres y murieron: quien come este pan vivirá eternamente" (Jn 6, 53-58).

En cambio, con la participación en la Santa Misa, con la Comunión y la prolongación eucarística en el Sagrario, el cristiano descubre que la fe en su Señor configura una alianza personal con Él. Experimenta en su propia vida que, al creer en Jesús, Él se ha convertido en alguien que está a su lado, que actúa de su parte y le representa: que vive de Él y por eso, puede y debe hablar en su nombre.

Juan Pablo II lo explicaba así: "Al unirse a Cristo, en vez de encerrarse en sí mismo, el Pueblo de la nueva Alianza se convierte en "sacramento" para la humanidad, signo e instrumento de la salvación, en obra de Cristo, en luz del mundo y sal de la tierra (cfr. Mt 5, 13-16), para la redención de todos. La misión de la Iglesia continúa la de Cristo: "Como el Padre me envió, también Yo os envío" (Jn 20, 21). Por tanto, la Iglesia recibe la fuerza espiritual necesaria para cumplir su misión perpetuando en la Eucaristía el sacrificio de la Cruz y comulgando el cuerpo y la sangre de Cristo. Así, la Eucaristía es la fuente y, al mismo tiempo, la cumbre de toda la evangelización, puesto que su objetivo es la comunión de los hombres con Cristo y, en Él, con el Padre y con el Espíritu Santo" {6}.

Buscar en la Eucaristía la fuerza para hablar y obrar "en el nombre de Jesús"

La expansión de la Iglesia empezó el día de Pentecostés, desde el Cenáculo, donde cincuenta días antes los discípulos habían celebrado con Jesús la nueva Pascua. La novedad del amor de Jesús, con la llegada del Paráclito prometido, echó entonces raíces firmes en sus Apóstoles; y con su correspondencia libre y espontánea realizaron el deseo del Señor, que les manifestó también aquella noche última: "Que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca" (Jn 15, 16). El calor del Cenáculo se había convertido en fuego y viento impetuoso, que propagaría suave y fuertemente la Palabra hasta los confines del mundo y de la historia.

También nosotros, con el encendimiento y el impulso de la Eucaristía, a partir de nuestra entrega y de nuestro amor a todas las gentes, iremos a sembrar para gloria de Dios, esta semilla en las almas. Nuestra experiencia de Cristo es real, no se queda en una ficción: verdaderamente le tocamos, le vemos, le oímos, como aquellos primeros, con la diferencia de que esa experiencia se realiza a través del velo sacramental. Por eso, los cristianos de hoy, como los discípulos que miraron y escucharon a Jesús, estamos de algún modo en condiciones de repetir: "Nosotros no podemos dejar de hablar lo que hemos visto y oído" (Hch 4, 20). Alimentada por la Eucaristía, el alma sacerdotal se muestra y actúa como alma apostólica.

Dialogando con Jesús en la Eucaristía, todos los cristianos, como aquellos primeros que experimentaron su cariño omnipotente y salvífico, aprenderemos de esa presencia suya –silenciosa y constante– a ser humildes, serviciales, pacientes; seremos como Cristo, nos identificaremos con Él, nos haremos una cosa con Él; actuaremos como escribía san Pablo: "No por rivalidad ni por vanagloria, sino con humildad, considerando cada uno a los otros como superiores, buscando no el propio interés, sino el de los otros. Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús" (Flp 2, 3-5). E igualmente progresaremos en la decisión de ocuparnos de las cosas del Padre, con generosidad infatigable para que cuantos nos rodean –parientes, amigos, colegas descubran su vocación de hijos de Dios en Cristo.

Desde el Cenáculo, desde su devoción eucarística, el apóstol comprende la magnífica posibilidad y la obligación de hablar "en nombre de Jesús". Esta expresión aparece muchas veces en los Hechos de los Apóstoles y en las cartas paulinas (cfr. Hch 3, 6; 4, 10; 4, 18; 5, 28; 5, 40; Col 3, 17; etc.). Su reiteración nos evidencia que así entendían ellos su misión apostólica; y así también hemos de asumirla nosotros.

En la visión bíblica, al nombre se le atribuye mucha importancia; no sucede así hoy en la cultura occidental, donde reviste una función casi exclusivamente anagráfica. Entonces no sólo indicaba la persona sino que la presentaba a los demás; revelaba su calidad, su autoridad, su poder. En el caso de Yahveh, el nombre denominaba su perfección y su presencia; prescribir, mandar, invocar el nombre de Yahveh, como aparece en tantas ocasiones, era aludir a toda su grandeza y poder. Jesús tiene un Nombre glorioso y omnipotente: es el Señor, Dios que salva de los pecados (cfr. Mt 1, 21), que envía al Espíritu Santo (cfr. Jn 14, 26), que intercede por sus fieles (cfr. Jn 14, 13; 15, 16), que funda la esperanza de los pueblos (cfr. Mt 12, 21), que recibe toda adoración y gloria (cfr. Flp 2, 9-11).

Por la fe, el hombre que cree, que ajusta su vida a esa virtud, participa de la gloria y del poder de ese Nombre y lo anuncia con la eficacia del mismo Jesús: "El que a vosotros oye, a mí me oye" (Lc 10, 16). Los Hechos de los Apóstoles narran que esa eficacia se revelaba en abundantes conversiones a Cristo y a sus enseñanzas; y en ocasiones, la omnipotencia de ese Nombre se mostró también en milagros estupendos.

Los cristianos actuamos no pocas veces como si aquellos portentos fuesen algo exclusivo de aquel tiempo pasado, que hoy ya no se repiten, ni se repetirán. Con esa apreciación superficial e inexacta, nos eximimos irresponsablemente de anunciar el Nombre de Jesús. San Josemaría, para poner remedio a esos razonamientos comodones, solía recordar que también nosotros, hoy, podemos ser instrumentos de Cristo y realizar en su nombre esas obras extraordinarias. "Si tuviéramos fe recia y vivida, y diéramos a conocer audazmente a Cristo, veríamos que ante nuestros ojos se realizan milagros como los de la época apostólica.

"Porque ahora también se devuelve la vista a ciegos, que habían perdido la capacidad de mirar al cielo y de contemplar las maravillas de Dios; se da la libertad a cojos y tullidos, que se encontraban atados por sus apasionamientos y cuyos corazones no sabían ya amar; se hace oír a sordos, que no deseaban saber de Dios; se logra que hablen los mudos, que tenían atenazada la lengua porque no querían confesar sus derrotas; se resucita a muertos, en los que el pecado había destruido la vida. Comprobamos una vez más que la palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que cualquier espada de dos filos (Hb 4, 12) y lo mismo que los primeros fieles cristianos, nos alegramos al admirar la fuerza del Espíritu Santo y su acción en la inteligencia y en la voluntad de sus criaturas" {7}.

Nuestros contemporáneos, no menos que los hombres y las mujeres de otras épocas, experimentan en lo más hondo de sus corazones la necesidad de encontrar a Alguien que sacie sus hambres de vida eterna. Lo advertía Juan Pablo II, en su Carta apostólica programática para el nuevo siglo. Comentando el deseo de algunos griegos por ver a Jesús, que nos relata el Evangelio (cfr. Jn 12, 21), el Papa escribía: "Como aquellos peregrinos de hace dos mil años, los hombres de nuestro tiempo, quizás no siempre conscientemente, piden a los creyentes de hoy no sólo "hablar" de Cristo, sino en cierto modo hacérselo "ver". ¿Y no es quizá cometido de la Iglesia reflejar la luz de Cristo en cada época de la historia y hacer resplandecer también su rostro ante las generaciones del nuevo milenio?

"Nuestro testimonio sería, además, enormemente deficiente si nosotros no fuésemos los primeros contempladores de su rostro. El Gran Jubileo nos ha ayudado a serlo más profundamente. Al final del jubileo, a la vez que reemprendemos el ritmo

ordinario, llevando en el ánimo las ricas experiencias vividas durante este período singular, la mirada se queda más que nunca fija en el rostro del Señor" {8}.

Tratar con fe a Cristo en el Santísimo Sacramento conduce a la esperanza, a la seguridad de que anunciar el nombre de Jesús provoca –con la gracia de Dios– la conversión de muchas personas, aunque no se verifique siempre de inmediato. Pero es preciso frecuentar su compañía, y de este modo hablar en su nombre y hablar de su Nombre, en vez de parlotear de nosotros mismos, de nuestros problemas, de nuestras ideas y proyectos. Hablar en su nombre es hablar de lo que la Palabra anuncia: de Él, del Padre, del Espíritu Santo, de los proyectos salvíficos de Dios, de la Iglesia, de los medios que ha instituido para comunicarnos su vida y darnos a conocer su verdad. En definitiva, buscar el modo de reproducir, en la existencia cotidiana, los mismos sentimientos de Cristo (cfr. Flp 2, 5).

El discípulo se sentirá débil si mira lo que personalmente es y vale; pero se sentirá fuerte en su apostolado cuando considere el poder del Nombre del Señor. Entonces, no cederá a los temores que las relaciones humanas puedan inducirle; no fiará su misión a sus dotes personales de ingenio, simpatía, comunicatividad; ni se abatirá por lo que estime como carencias de carácter, ciencia, cultura, prestigio, influencia social. Esa fue la experiencia de Pablo: "El me dijo: te basta mi gracia, porque la fuerza resplandece en la debilidad (...). Por lo cual me complazco en las flaquezas, en los oprobios, en las necesidades, en las persecuciones y angustias, por Cristo; pues cuando soy débil, entonces soy fuerte" (2Co 12, 9-10). También el cristiano, si ancla sus palabras y sus acciones "en el nombre de Jesús", que le entrega su vida en la Eucaristía y lo invita mar adentro a pescar hombres, echará sus redes con fe, como Pedro, para recoger con Él una gran cantidad de peces; y será un hijo de Dios que entregará su vida al Hijo del hombre para que todos se salven (cfr. Lc 5, 1-11).

"El que a vosotros oye, a mí me oye": la razón de la eficacia apostólica

El secreto del afán apostólico de un discípulo de Cristo radica en su amor al Maestro: eso es lo que le impulsa a dar la vida por los demás, a gastarla en ayudarles a conocer la Palabra divina y a vivir según los imperativos del Amor de Dios. Su celo por las almas nace de un amor a Cristo que persigue, como todo amor verdadero, la identificación con el amado. En esto se centra la razón de su eficacia, porque entonces se cumplen las palabras de Jesús: "El que a vosotros oye, a mí me oye" (Lc 10, 16).

¿Cómo se alcanza esa identificación? Es el Espíritu Santo quien obra la incorporación del discípulo al Maestro; por eso, también el Paráclito preside y mueve toda la actividad de los Apóstoles, y la llena de eficacia.

San Lucas y san Juan ponen especialmente de relieve que la misión evangelizadora se cumple bajo la constante acción del Santificador: por una parte, dirige al apóstol y lo sostiene de mil formas; por otra, abre el corazón y la mente de quienes le escuchan para que acojan la Palabra (cfr. Lc 24, 47-49; Hch 1, 4-5; 2, 1-41; 10, 44-48; 13, 2-4; 14, 6; 15, 28; 16, 6-7; Jn 14, 16-17. 26; 15, 26-27; 16, 7-15; etc.). El Paráclito zarandea al cristiano y lo convierte en alma apostólica por lo mismo que le empuja a clamar "Abba, Padre". A la vez, es el Maestro interior que, comunicándose al alma, mueve al hombre a asumir la Palabra y lo configura con Cristo; le enseña a amar a Dios y a dejarse amar por Dios, a querer

sobrenaturalmente a los demás y a dejarse amar también sobrenaturalmente por ellos. Él nos hace discípulos y apóstoles: nos vuelve otros Cristos, nos identifica con El (cfr. Rm 8, 9-27).

Sin la asistencia del Espíritu Santo, la criatura no puede acoger la Palabra de Dios, no puede creer; así lo ha enseñado siempre la Iglesia, contra las diversas formas de autosuficiencia humana ante las metas divinas. Tampoco puede vivir según esa Palabra si el Paráclito no lo sostiene constantemente con su gracia: no puede esperar en Dios, no puede amar como Cristo. Sin el auxilio de este Consolador, las lecciones del Maestro y el ejemplo del Modelo no nos aprovecharían: querríamos conducirnos según sus enseñanzas y no podríamos, intentaríamos imitar sus ejemplos y no lo conseguiríamos. San Ireneo lo explicaba así: "El Señor prometió que enviaría al Paráclito para que nos conformara con Dios. De la misma manera que sin agua no se puede lograr con trigo seco una masa compacta ni un único pan, nosotros, que somos muchos, no podríamos hacernos uno en Cristo Jesús sin esta Agua que viene del Cielo. Y así como la tierra árida no fructifica si no recibe agua, nosotros, que anteriormente éramos leña seca (cfr. Lc 23, 31), no habiéramos producido fruto a no ser por esta lluvia que libremente nos baja de lo alto" {9}.

La Tercera Persona de la Santísima Trinidad es en efecto Amor del Padre y del Hijo, el Don que procede de ambos. El amor lleva a la comunicación, a la donación personal: la persona que ama está como inclinada hacia la persona amada, interesada por ella, atenta a lo que pueda querer y necesitar, pronta a dar lo que tiene y a darse a sí misma (ideas, afectos, acciones, tiempo, medios materiales) para procurar el bien de la otra persona. Y es también el amor lo que anima a comprender, acoger, recibir, compartir la vida, el propósito y el don que provienen de la persona amada. Por amor se ofrece una palabra, por amor se acepta esa palabra. La falta de amor conduce a la falta de comunicación y de comunión, como en la confusión de Babel (cfr. Gn 11, 1-9): la separación, el alejamiento, la dispersión, la soberbia que no busca al otro y se encierra en el propio mundo, el orgullo que no acepta la palabra y el afecto del prójimo. "Según la narración de los hechos de Babel, la consecuencia del pecado es la desunión de la familia humana, ya iniciada con el primer pecado, y que llega ahora al extremo en su forma social" {10}. Por el contrario, Pentecostés, la irrupción del Espíritu Santo en la historia como fruto de la Cruz, proclama la fiesta de la palabra comunicada y creída, la comprensión de las lenguas que arden de amor, la reunión de pueblos y razas distintos en una misma familia, en una sola casa. La venida del Amor divino al mundo supone la victoria definitiva -aunque todavía no completada- sobre la incomprensión mutua, el aislamiento en sí mismo, la distinción de clases y castas y linajes. Entonces la humanidad empezó a quererse con el amor de Dios, sin rebajas. Y nació el apostolado cristiano: Pedro habló de Jesús crucificado y resucitado a los presentes, y éstos acogieron la Palabra y fueron bautizados. Pentecostés es la fiesta de la unidad de todos los hijos de Dios en Cristo, de los que llaman Padre a Dios por la fuerza del Amor del Padre y del Hijo.

Jesús viene a nosotros como el Maestro y el Modelo, desciende con el Amor el Paráclito. Sin el fuego de ese Amor que irrumpe como viento impetuoso en el alma de los hombres y los zarandea moviéndolos a predicar a Cristo, la pereza y la desidia paralizarían las mejores fuerzas y los discípulos no harían conocer al Maestro, no empujarían a otros a imitar al Modelo. Se quedarían encerrados en el Cenáculo o irían cada uno a sus casas y a sus cosas, como aquellos dos que marchaban hacia Emaús, como Tomás que ya no estaba con los otros Diez. Hablarían de sí mismos, de sus ideas y proyectos, de sus dificultades, pero no de Cristo. En cambio, con el Espíritu Santo no sucede así. "Vosotros daréis

testimonio porque testimoniará el Espíritu Santo: Él en vuestros corazones, vosotros con vuestras voces; Él os inspirará y vosotros hablaréis" {11}

Hagamos nuestro el consejo de un escritor medieval, de un alma enamorada del Señor: "Apresúrate a participar del Espíritu Santo. Él se halla presente cuando se le invoca y se le invoca porque está presente. Es el río impetuoso que alegra la ciudad de Dios. El te revelará lo que Dios Padre tiene oculto a los sabios y prudentes de este mundo. (...) Dios es espíritu; y así como es necesario que los que le adoran, le adoren en espíritu y en verdad, así conviene que los que desean comprenderlo y conocerlo, busquen solamente en el Espíritu Santo la inteligencia de la fe y el sentido de la Verdad pura y simple. En efecto, entre las tinieblas y la ignorancia de la vida presente, Él es, para los pobres de espíritu, la luz que ilumina, la caridad que arrastra, la suavidad que conmueve, el acceso del hombre a Dios, el amor del amante, la devoción, la piedad"{12}.

Buscar el trato con el Espíritu Santo por medio de la Comunión frecuente.

El evangelista Juan narra que un día, junto al pozo de Jacob, Jesús pidió a una mujer samaritana que le diera de beber.

La mujer manifestó extrañeza ante ese ruego, porque le parecía claro que Jesús era judío, y no había trato entre judíos y samaritanos. Cristo no se detuvo en disquisiciones superficiales, fue directamente al fondo del problema y puso a aquella persona ante su falta de amor, ante su pecado y también ante la misericordia divina. Le dijo: "Si conocieras el don de Dios..." (Jn 4, 10). Jesús sabe lo que anida en el fondo del alma y del corazón de cada uno; sabe que padecemos hambre y sed: hambre de Dios, de su pan; sed de amor, de agua viva. El se nos ofrece como pan y nos da el rocío de su Amor.

¡Si conociéramos el don de Dios!... Jesús nos apremia a valorar el don del Amor. Quien tiene "sed de nuestra sed" –así se expresa san Gregorio Magno {13}-, ha vivido, trabajado, sufrido y muerto para que nosotros recibamos "el agua que salta hasta la vida eterna" (Jn 4, 14), es decir, para que recibamos al Paráclito que nos guía, ilumina y consuela. "Os conviene que Yo me vaya, porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré" (Jn 16, 7). Jesús se va al Padre por la muerte, por la resurrección y por la ascensión; y desde el Padre y con el Padre nos envía al divino Consolador, que nos hace entender lo que Jesús ha dicho, que da testimonio de Cristo a través de nuestra respuesta, que nos recuerda las cosas que el Maestro nos ha enseñado, que permanecerá siempre con nosotros (cfr. Jn 14, 16).

El envío del Espíritu Santo viene como fruto del gran trabajo de Cristo, de su pasión y su muerte; el premio a sus dolores y angustias por redimir a los hombres del pecado y convertirlos en amigos. Explica san Juan Crisóstomo que era necesario ofrecer la hostia en el altar de la Cruz y disolver la enemistad en la carne antes de conceder el Don del Amor, el Don sobre todo don, que nos haría amigos y familiares de Dios, hijos suyos {14}.

Viene también el Paráclito como premio para cuantos han acogido la Palabra y sufren por seguir a su Redentor, como explica san Josemaría: "El Espíritu Santo es fruto de la cruz, de la entrega total a Dios, de buscar exclusivamente su gloria y de renunciar por entero a nosotros mismos.

"Sólo cuando el hombre, siendo fiel a la gracia, se decide a colocar en el centro de su alma la Cruz, negándose a sí mismo por amor a Dios, estando realmente desprendido del

egoísmo y de toda falsa seguridad humana, es decir, cuando vive verdaderamente de fe, es entonces y sólo entonces cuando recibe con plenitud el gran fuego, la gran luz, la gran consolación del Espíritu Santo" {15}.

Jesús dijo al centurión que rogaba por su sirviente: "Yo iré y le curaré" (Mt 8, 7). La fe de aquel hombre hizo innecesario –cabe expresarse así- el desplazamiento de Cristo: sin moverse de su sitio, confirió la salud al enfermo. Ahora, el Señor, sin abandonar el Cielo, continúa enviando constantemente su Espíritu a los hombres, para transmitirles vida sobrenatural y convertirles en discípulos y apóstoles. Lo opera en el Bautismo y especialmente en la Confirmación: en todos los sacramentos. Podemos pensar en la alegría del penitente absuelto por Cristo a través del confesor, que, otra vez con el gozo del Espíritu Santo en al alma, corre a abrazar al Padre.

También la Eucaristía causa en quien la recibe plenamente y sin obstáculo por su parte -comulgando sin mancha de pecado grave- un nuevo envío del Espíritu Santo al alma. La Comunión eucarística hace a Cristo sacramentalmente presente en nosotros, mientras permanecen las especies. Pero cuando las especies eucarísticas desaparecen, permanece lo que los teólogos medievales llamarán la "res" o efecto último de la Eucaristía: la unión con Cristo y en Él, con todos los cristianos: la unidad de la Iglesia. Comiendo todos un mismo cuerpo, nos hacemos un solo cuerpo (cfr. 1Co 10, 17).

Ese efecto último, que el Santísimo Sacramento produce en el alma del que comulga dignamente, contiene la gozosa y maravillosa realidad que busca Jesús al darse en la Comunión. Por eso, los antiguos teólogos decían que el cuerpo eucarístico de Cristo "producía" en los cristianos el cuerpo místico de Cristo, en concreto, la donación del Espíritu a la Iglesia. En efecto, cuando termina la duración en nuestro cuerpo de la presencia sacramental de Jesús, parece como si se verificaran de nuevo sus palabras en la última Cena: "Os conviene que Yo me vaya, porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré" (Jn 16, 7); y llegará una nueva efusión del Santificador al alma del fiel que ha recibido al Señor Sacramentado, efusión que causará en él un especial incendio de amor, un afán más intenso de imitar a Cristo y de anunciarlo a los demás.

La Eucaristía trae al alma, como fruto, la presencia del Espíritu Santo, que anima y empuja a pregonar la Palabra del Padre, después de asimilarla más y más. "Por la comunión de su cuerpo y de su sangre –recordaba Juan Pablo II-, Cristo nos comunica también su Espíritu (...). Así, con el don de su cuerpo y su sangre, Cristo acrecienta en nosotros el don de su Espíritu, infundido ya en el Bautismo e impreso como "sello" en el sacramento de la Confirmación" {16}.

La devoción eucarística, por tanto, significa frecuencia de trato no sólo con el Hijo, sino también con el Espíritu Santo. A fuerza de recibirlo con piedad, el alma se va familiarizando con Él, aprende a distinguir y a seguir sus inspiraciones, a reconocerlas como le sucedió a Samuel, cuando Dios le llamaba. Tres veces en la noche se dirigió el Señor al profeta, entonces niño aún, pronunciando su nombre propio; las tres veces interpretó el pequeño que era Elí quien le llamaba (el sacerdote en cuya casa vivía). Este le advirtió que él no había hablado y al final le indicó a quien pertenecía esa voz. "Comprendió entonces Elí que era Yahveh quien llamaba al niño; y dijo a Samuel: 'Vete y acuéstate, y si te llaman, dirás: habla, Yahveh, que tu siervo escucha'. Samuel se fue y se acostó en su sitio. Vino Yahveh, se paró y llamó como las veces anteriores: "¡Samuel, Samuel!". Respondió Samuel: "Habla, que tu siervo escucha" (...). Samuel crecía, Yahveh estaba con él, y no dejó caer en tierra ninguna de sus palabras" (1S 3, 8-10.19).

Jesús, Palabra de Yahveh, en la Eucaristía educa progresivamente al alma que frecuenta con devoción su trato, y la empuja en un continuo crescendo a la entrega personal a la voluntad del Padre y al bien de los demás. Y enviándole repetidamente su Espíritu, enseña a la criatura a discernir sus inspiraciones, a cumplirlas con docilidad. La devoción eucarística vuelve al hombre cada vez más espiritual, más sacerdotal, más apostólico.

Perseverar en el amor hasta decir como Cristo: "Esto es mi cuerpo"

La filiación divina impulsa a anunciar a Cristo; la unión con Él conduce necesariamente a la acción apostólica. Pero también debemos considerar, complementariamente, que sólo a través de una acción apostólica perseverante y eficaz, puede el discípulo llegar a la plena identificación con el Maestro. Para avanzar en el camino hacia la santidad, es preciso actuar de veras como apóstol; que la caridad perfeccione la fe llenándola de obras que la manifiesten; hablar de Cristo a los demás, testimoniar la verdad y el amor de Cristo a los hombres; sólo así el que se sabe llamado por Dios arrastrará hacia Él a otras personas, como peces hacia la red del pescador (cfr. Lc 5, 10).

San Juan relata que aquella noche última Jesús insistía a los suyos: "Permaneced en mi amor" (Jn 15, 9). El Señor no pide solamente que le correspondan siempre, sino que permanezcan en su amor: que le amen siempre con el amor con que Él les ha amado y les ama; y que remite, a la vez, al amor que el Padre tiene al Hijo y al que el Hijo tiene al Padre; que lleva al Hijo a dar por entero su vida humana al Padre en sacrificio, y que lleva al Padre a dar vida gloriosa al Hijo en la resurrección. Amar, pues, con el amor de Dios: no con la medida de nuestros corazones, sino con la medida del corazón de Dios, que es infinito {17}.

La perseverancia en el amor es cierta perfección del amor mismo, una cualidad que lo avalora y que demuestra su autenticidad. El corazón humano sufre los vaivenes de la vida, está expuesto a la inconstancia porque se apega a lo sensible, que cambia y desaparece; por eso el hombre tiende fácilmente a abandonar la búsqueda de los ideales nobles y altos, que cuestan esfuerzo y exigen perseverancia. El amor de Dios, en cambio, es incendio, fuego de Pentecostés; es amor de locura, que conduce con alegría a la propia inmolación por la salvación de los hombres; amor que se mantiene fiel hasta el final, hasta decir "todo está cumplido" (cfr. Jn 19, 30).

La perseverancia en el amor, que Jesús pide a los suyos, implica perseverancia en el cumplimiento de sus mandamientos (cfr. Jn 15, 10) y se manifiesta en la abundancia de fruto que glorificará al Padre (cfr. Jn 15, 7-8), fruto no superficial y pasajero, sino estable y permanente (cfr. Jn 15, 17). Es fidelidad en la lucha por cumplir su Voluntad, por transformar en fruto la semilla de vida divina que Él ha depositado en nosotros: fruto de virtud en la conducta personal y fruto de almas en el trato con los otros.

Es preciso insistir en ambas cosas: en la lucha ascética personal por identificarnos con Cristo, en la acción apostólica para ser pescadores de hombres. Porque, en definitiva, una y otra son expresión del amor de Cristo, que desea poseer nuestras almas, señorear en nuestras vidas y en las de los demás. En las dos vertientes se debe porfiar, volver a la carga, recomenzar, precisar objetivos, dejarse orientar por los que saben más, pedirles

ayuda para acertar. Y, sobre todo, contar con el Maestro y Modelo, permitir que nos dirija el Paráclito. Muchas veces, la lucha personal consistirá precisamente en realizar un plan apostólico; en vencer este o aquel otro respeto humano y hablar de Cristo a una persona amiga; en dejar de lado la propia comodidad y los propios planes, para conversar con alguien o atender una actividad de formación cristiana; en superar la timidez o la cobardía para corregir a otro o invitarle a ser más generoso con Dios.

También san Lucas nos ha transmitido, en varias ocasiones, la recomendación de Jesús sobre la importancia de la paciencia y de la perseverancia en la tarea espiritual y apostólica. En la parábola del sembrador (cfr. Lc 8, 5-15), la tierra buena produce fruto gracias a la perseverancia en acoger la Palabra con corazón bueno y óptimo. El Crisóstomo explica que en eso precisamente se distingue del sendero, de la piedra y de la tierra llena de espinas. El primero se desentiende de la Palabra, se muestra negligente, indiferente; la segunda carece de fortaleza para resistir las tentaciones y para superar los obstáculos; pronto abandona los propósitos de lucha y permite que mueran los ideales de santidad; la tercera no concede a la Palabra su importancia principal, tolera demasiados intereses y gustos contrarios a esa verdad, y al final la ahoga. Sólo el campo bueno se mantiene fuerte y estable en el interés por atribuir a la Palabra de Dios la primacía absoluta, superando las tentaciones de dar preferencia a otras palabras y propuestas {18}.

Y en el discurso escatológico, después de anunciar las tribulaciones de aquellos días, el Señor afirmó: "Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas" (Lc 21, 19). El texto permite entender "poseeréis vuestras almas", y así lo leyeron los Padres, siguiendo la Vulgata {19}. Este significado en realidad no difiere del anterior: la salvación del alma significa su posesión, el señorío sobre nosotros mismos con la ayuda de Dios; y esa salvación se logra como se alcanza la posesión de cualquier bien: después de un proceso de adquisición, después de contratar y definir los detalles de la compra o de la herencia, después de luchar por conseguirlo.

En las dos ocasiones, la frase del Señor apunta a lo mismo: a inculcarnos que la identificación con Él (la salvación personal, el fruto de toda la vida) no se consigue en un instante: requiere por nuestra parte continua atención con una perseverancia fiel hasta el final; exige no apartarse del camino, rechazar la mala impaciencia y no descuidar el esfuerzo por conquistar el premio, "a pesar de los pesares". Famosas y claras se nos presentan las palabras de santa Teresa a este respecto: "No parar hasta el fin, que es llegar a beber de esta agua de vida (...). Digo que importa mucho, y el todo, una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar a ella, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo" {20}.

Pescar almas para Cristo no carece de dificultades, pero a esa tarea convoca el Señor a los cristianos. "Desde ahora serás pescador de hombres" (Lc 5, 10), dijo el Señor a Pedro, junto al lago de Genesaret, y nos lo repite a cada uno. El Santo Padre Benedicto XVI, en la homilía de la Misa de inauguración de su ministerio petrino, se extendió sobre este punto. "También hoy se dice a la Iglesia y a los sucesores de los apóstoles que se adentren en el mar de la historia y echen las redes, para conquistar a los hombres para el Evangelio, para Dios, para Cristo, para la vida verdadera.

"Los Padres han dedicado también un comentario muy particular a esta tarea singular. Dicen así: para el pez, creado para vivir en el agua, resulta mortal sacarlo del mar. Se le priva de su elemento vital para convertirlo en alimento del hombre. Pero en la

misión del pescador de hombres ocurre lo contrario. Los hombres vivimos alienados, en las aguas saladas del sufrimiento y de la muerte; en un mar de oscuridad, sin luz. La red del Evangelio nos rescata de las aguas de la muerte y nos lleva al resplandor de la luz de Dios, en la vida verdadera.

"Así es, efectivamente: en la misión de pescador de hombres, siguiendo a Cristo, hace falta sacar a los hombres del mar salado por todas las alienaciones y llevarlo a la tierra de la vida, a la luz de Dios. Así es, en verdad: nosotros existimos para enseñar Dios a los hombres. Y únicamente donde se ve a Dios, comienza realmente la vida. Sólo cuando encontramos en Cristo al Dios vivo, conocemos lo que es la vida. No somos el producto casual y sin sentido de la evolución. Cada uno de nosotros es el fruto de un pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es querido, cada uno es amado, cada uno es necesario. Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerle y comunicar a los otros la amistad con él. La tarea del pastor, del pescador de hombres, puede parecer a veces gravosa. Pero es gozosa y grande, porque en definitiva es un servicio a la alegría, a la alegría de Dios que quiere hacer su entrada en el mundo" {21}.

Los hombres, como los peces cuando se sienten pescados, nos resistimos a rendir nuestra cabeza y a entregar nuestro corazón. Pero Jesús se ha quedado en la Eucaristía y nos ha enviado al Espíritu Santo, precisamente para que no abandonemos la lucha personal ni la labor de almas. Explica santo Tomás que este sacramento, en lo que de su contenido depende, no sólo confiere la gracia y la virtud de la caridad, sino que "excita sus actos", urge a la caridad {22} a la lucha, a la acción apostólica. La frecuencia y la intensidad de la devoción eucarística se han demostrado siempre necesarias para perseverar en el empeño. Al tratar a Jesús Sacramentado, el hijo de Dios se conforma más y más con el Hijo por efecto de la acción suya y del Paráclito; y llegará un momento en que, como Él, también podrá decir mirando su vida: "Esto es mi cuerpo, entregado por vosotros". Identificado con su Maestro, el discípulo habrá dado su cuerpo, su sangre, su tiempo, sus posibilidades humanas, en el esfuerzo apostólico por imitar a Cristo y llevarle a sus hermanos los hombres.

Lucha interior, trabajo y acción apostólica: madurar el alma eucarística

Cuando pensamos en el trabajo de Cristo, nos fijamos ciertamente en sus años en Nazaret, ocupado junto a José en cosas de carpintería, de herrería o semejantes, como entonces ocurría en aquellos pueblos. También nos detenemos en su labor de predicación, en su esfuerzo durante tres años recorriendo de arriba abajo toda Palestina. Y en las fatigas y dolores de su pasión y muerte. El trabajo, entendido como ocupación en una tarea concreta, como dedicación a una labor, llena toda la vida del Señor. Dar ejemplo, cumplir las profecías sobre Él, desarrollar las virtualidades de su Humanidad Santísima, sembrar la palabra, predicar el reino de Dios, adoctrinar a los Apóstoles, aclarar sus palabras a los que no las entendían o no las querían entender, dar testimonio de la verdad hasta el final: todo eso constituyó un trabajo constante y agotador, que terminó en su muerte. Fue, además, un esfuerzo contra corriente, colmado de incomprensiones y dificultades, que culminaron en la disimulada y decidida persecución, que concluyó en la farsa de los procesos y juicios que le condenaron a la Cruz.

Al contemplar su vida, miramos también la nuestra. Si somos hijos y apóstoles, también nosotros, como el Señor nos avisó, encontraremos trabajos y dificultades, incomprensiones e injusticias por parte de otros, odios y envidias que el enemigo de las almas siembra por donde puede. Vale la pena insistir en un punto decisivo, que los cuatro evangelistas han recogido por extenso, transmitiéndonos cada uno diversas veces las advertencias de Cristo. San Juan alude también a estas situaciones cuando nos transmite el sermón sacerdotal de la última cena. "Si el mundo os odia, sabed que antes que a vosotros me ha odiado a mí. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero como no sois del mundo, sino que Yo os escogí del mundo, por eso el mundo os odia. Acordaos de la palabra que os he dicho: no es el siervo más que su señor. Si me han perseguido a mí, también a vosotros os perseguirán. Si han guardado mi doctrina, también guardarán la vuestra. Pero os harán todas estas cosas a causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado" (Jn 15, 18-21).

Tomarse en serio la vocación apostólica inherente a nuestra condición de hijos de Dios, significa hacer las cuentas con el trabajo y las dificultades que encontraremos. Trabajo en el sentido de ocupación profesional, porque la dedicación a una tarea profesional concreta es ocasión y medio de dar a conocer a Cristo. Pero también trabajo en el sentido de esfuerzo por dirigirse a los demás y hablarles del Señor.

Pescar almas significa bregar mucho. Las faenas de la pesca son laboriosas; además de arte y pericia, requieren preparación y mucha paciencia en su ejecución. También las faenas del campo piden lo suyo: roturar el terreno, limpiarlo de malas hierbas, sembrar, proteger la semilla, regarla, abonar; hasta llegar a la siega y al almacenamiento de la cosecha. Quien no esté dispuesto a trabajar así, no logrará fruto. Lo explicaba bien san Josemaría: hemos de "convencernos de que, para fructificar, la semilla ha de enterrarse y morir (cfr. Jn 12, 24-25). Luego se levanta el tallo y surge la espiga. De la espiga, el pan, que será convertido por Dios en Cuerpo de Cristo. De esa forma nos volvemos a reunir en Jesús, que fue nuestro sembrador. "Porque el pan es uno, y aunque seamos muchos, somos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan" (1Co 10, 17).

"No perdamos nunca de vista que no hay fruto, si antes no hay siembra: es preciso -por tanto- esparcir generosamente la Palabra de Dios, hacer que los hombres conozcan a Cristo y que, conociéndole, tengan hambre de Él (...).

"No hay cosecha, cuando no se está dispuesto a aceptar generosamente un constante trabajo, que puede resultar largo y fatigoso: labrar la tierra, sembrar la simiente, cuidar los campos, realizar la siega y la trilla..." {23}.

Por eso, en nuestra vida espiritual no podemos detenernos a examinar sólo cómo van nuestros ejercicios de piedad y cómo progresamos en las virtudes sobrenaturales y en las humanas; también hemos de ver cómo marchan la eficacia y la incisividad de nuestro testimonio de Cristo, con palabras y con obras. La eficacia la pone Él, nos consta con claridad; pero hemos de considerar si nosotros ponemos todo lo que está de nuestra parte para que nuestros parientes y amigos, nuestros colegas -antes que nada, las personas que tenemos a nuestro cargo y cuidado- se acerquen al Señor, le conozcan mejor, le amen más, le sirvan. Una acción apostólica desvaída sería signo de un sentido también lánguido de la propia filiación divina. Nunca está de más un poco de contabilidad seria sobre lo que operamos -en términos de oración, de sacrificio, de trabajo ofrecido al Señor por esa intención, encuentros y conversaciones sobre temas espirituales- para allegar almas a Cristo: nos ayudará a no formularnos una idea equivocada de la intensidad de nuestro afán

apostólico, a no sestear pensando que ya hacemos mucho, a no dormirnos como los siervos de la parábola del trigo y la cizaña: nos urgirá a trabajar más por Cristo.

Edificar la Iglesia supone un trabajo grande y costoso; el Señor nos lo ha manifestado con muchas parábolas. No podemos dormirnos, no podemos contentarnos con una acción floja y tibia: hay que poner interés, hay que dejarse el alma en la labor. De otro modo, no veremos el fruto, no habrá cosecha: no se producirán conversiones y bautizos, no brotarán vocaciones. El desarrollo del Cuerpo místico de Cristo se asemeja a la elaboración del pan y del vino: se precisa recoger muchos granos, muchos racimos; luego, machacar el trigo y la vid; después, elaborarlos pacientemente para obtener pan tierno y vino bueno. Así, con las personas: hay que buscarlas; después, traerlas y formarlas, que es como triturarlas para que pisoteen su yo –su soberbia, su pereza, sus rebeldías– y permitir al Espíritu Santo que forme en ellas la criatura nueva, a imagen de Cristo. Durante todo ese proceso, se requiere mucha atención y muchos desvelos para que el desarrollo no se tuerza, no se detenga, no se eche a perder. Y, al realizar toda esa labor, el obrero de la mies, el pescador, se fatiga por dentro y por fuera: pisotea las energías de su cuerpo y las rebeldías de su alma, gasta su tiempo e inmola sus ambiciones; para transmitir vida a los demás, da muerte a su yo.

Como hace notar Benedicto XVI, San Ignacio de Antioquía –uno de los más antiguos Padres de la Iglesia– "en su carta a los Romanos se refiere a la Iglesia de Roma como a "aquella que preside en el amor", expresión muy significativa. No sabemos con certeza qué es lo que pensaba realmente Ignacio al usar estas palabras. Pero, para la Iglesia antigua, la palabra amor, ágape, aludía al misterio de la Eucaristía. En este misterio, el amor de Cristo se hace siempre tangible en medio de nosotros. Aquí, Él se entrega siempre de nuevo. Aquí, se hace traspasar el corazón siempre de nuevo; aquí, mantiene su promesa, la promesa según la cual, desde la cruz, atraería a todos a sí.

"En la Eucaristía, nosotros aprendemos el amor de Cristo. Ha sido gracias a este centro y corazón, gracias a la Eucaristía, como los santos han vivido, llevando de modos y formas siempre nuevos el amor de Dios al mundo. Gracias a la Eucaristía, la Iglesia renace siempre de nuevo. La Iglesia es la red –la comunidad eucarística– en la que todos nosotros, al recibir al mismo Señor, nos transformamos en un solo cuerpo y abrazamos a todo el mundo" {24}.

Así se construye el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia; de modo semejante a como se elaboran el pan y el vino que, por las palabras de la Consagración, se convertirán en el Cuerpo y la Sangre del Señor. Por eso, las fiestas eucarísticas –como la del Corpus Christi– se consideran muy especialmente fiestas de toda la Iglesia, que reconoce en la Eucaristía su centro y su raíz, también su forma y su vida misma. "En la historia, en el tiempo, se edifica el Reino de Dios. El Señor nos ha confiado a todos esa tarea, y ninguno puede sentirse eximido (...).

"Se ha recogido en el libro de los Proverbios; el que labra su campiña tendrá pan a saciedad (Pr 12, 11). Tratemos de aplicarnos espiritualmente este pasaje: el que no labra el terreno de Dios, el que no es fiel a la misión divina de entregarse a los demás, ayudándoles a conocer a Cristo, difícilmente logrará entender lo que es el Pan eucarístico. Nadie estima lo que no le ha costado esfuerzo. Para apreciar y amar la Sagrada Eucaristía, es preciso recorrer el camino de Jesús: ser trigo, morir para nosotros mismos, resurgir llenos de vida y dar fruto abundante: ¡el ciento por uno! (cfr. Mc 4, 8)" {25}.

Perseveramos en el amor de Cristo cuando cumplimos el mandamiento del amor, el del servicio fraterno y el eucarístico; cuando insistimos en la lucha interior y realizamos

con perfección –acabadas hasta el final– la tarea profesional y la labor apostólica; cuando podemos decir con Jesús: "Todo está cumplido" (Jn 19, 30). Entonces llega el discípulo al amor "hasta el extremo", porque ha madurado su alma eucarística y se halla en condiciones de decir: "Esto es mi cuerpo, entregado por vosotros". Se ha logrado, porque ha gastado sus fuerzas y posibilidades, su tiempo y su fortuna, en buscar almas y ayudarlas a que crean en Cristo y le amen. Triturado, con alegría sobrenatural y humana, por el trabajo profesional y apostólico, se ha identificado con el Grano de trigo que ha muerto por todos los hombres, se hace presente en su Iglesia, y se nos ofrece en la Eucaristía. Así, también en él se ha operado una maravillosa conversión: se ha vuelto grano de trigo que muere y produce mucho fruto (cfr. Jn 12, 24).

El misterio de la alianza de Dios con los hombres

La reflexión sobre la familia debe partir de la realidad matrimonial, que constituye su origen y constante fundamento. La comunión familiar reposa sobre la alianza matrimonial, de esta unión se alimenta y simultáneamente la vivifica.

La alianza matrimonial se comprende a la luz de la alianza entre Cristo y su Iglesia (cfr. Ef 5, 32). Lo recuerda el Concilio Vaticano II cuando enseña: "La familia cristiana, cuyo origen está en el matrimonio, que es imagen y participación de la alianza de amor entre Cristo y la Iglesia, manifestará a todos la presencia viva del Salvador en el mundo y la auténtica naturaleza de la Iglesia, ya por el amor, la generosa fecundidad, la unidad y fidelidad de los esposos, ya por la cooperación amorosa de todos sus miembros" {2}.

La consideración teológica sobre el matrimonio puede remontarse a la alianza de Dios con la humanidad en los tiempos de Noé, con Israel en los tiempos de la promesa y de la ley, hasta su culmen en Cristo, llegada la plenitud de los tiempos. Esta alianza no se queda en un pacto que se pierde en las brumas de la historia: contiene una realidad actual porque Cristo es el mismo, ayer, hoy y siempre (cfr. Hb 13, 8). La alianza matrimonial cristiana participa y se injerta en esa alianza de los tiempos plenos, vive de esa riqueza y la expresa.

Al meditar sobre la alianza de Dios con la humanidad, debemos poner de relieve ante todo su carácter gratuito: surge siempre como fruto de la iniciativa divina. Comprendemos que no pueda existir otra explicación; pero nos maravilla advertir que, buscando la colaboración estrecha con los hombres, Dios se abaja para ensalzarnos. Expresa la lógica del amor, que no se detiene a pensar si la propia dignidad resultará comprometida por un gesto verdadero de donación y de afecto. La alianza ensalza desde el principio al hombre porque lo eleva a la categoría de interlocutor y protagonista. Dios nos enseña a valorar al hombre, a apreciarlo, a tomarlo en serio. ¡Qué distinta es la actitud del Señor, de la que muestran con frecuencia los hombres y las mujeres, cuando se desprecian o se ignoran mutuamente, y se cierran al diálogo! Dios no se burla de nuestras limitaciones, ni quita méritos al esfuerzo de nuestra virtud, no se desentiende de nuestras dificultades.

La alianza guarda una característica esencial: no es "simétrica", pues el hombre no se encuentra al mismo nivel del Creador. No hay propiamente un *do ut des*: Dios, aunque pide cumplir sus mandamientos, aunque requiere correspondencia a su amor, en realidad sólo entrega y ofrece. Lo que nos exige, no lo quiere porque carezca de algo; manifiesta sólo la condición –que Él conoce– que existe en nosotros para poder recibir sus dones: la obediencia, la humildad, la buena disposición, la colaboración de nuestra libertad expresada en ocasiones con gestos mínimos.

Nos acecha a todos, al menos en cierta medida y en algunas ocasiones, la tentación de exagerar y malentender al Señor cuando nos "pide" algo, como aquel siervo "malo y perezoso" de la parábola, que reprochaba a su amo la severidad y la avaricia de recoger donde no sembraba (cfr. Mt 25, 24-26). A veces, incluso miramos a Dios como, ¡demasiado exigente! No comprendemos en esos momentos que lo que consideramos requerimiento suyo significa simplemente amor, un amor fuerte como la muerte, un amor celoso: quiere el Señor que le amemos de verdad, sin reduccionismos, sin cálculos, porque en amarle a Él está nuestra felicidad; y que amemos a los demás de veras, sin acepción de personas, sin rodeos de ningún tipo. Por eso, cuando Dios señala la unidad e

indisolubilidad de la alianza matrimonial, no está actuando como un Legislador arbitrario, sino como un Padre que enseña a sus hijos a amar. Dios sabe que el amor matrimonial es camino y fuente de felicidad sólo si se mantiene fiel y lleva lealmente consigo la apertura a la fecundidad.

La alianza matrimonial, expresión de fe y de amor

La consideración de la alianza de Dios con los hombres remite al designio divino de introducirnos en su intimidad, de hacernos participar en su Vida. Y, para esto, ha decidido empezar Él por participar en la nuestra: unir una y otra vida, la de hombre y la de Dios, en la Persona de su Hijo. Ha tomado nuestra naturaleza para entregar después la suya a quienes se identifiquen por la fe con su Verbo encarnado. No le ha parecido suficiente la comunión en el ser que nos concedió al crearnos; ha tomado la determinación de establecer con los hombres una alianza verdadera e íntima que fuese expresión y vehículo de su amor sin límites a la criatura humana.

La alianza, pues, nos habla de vida y de amor. Aun incluyendo elementos propios de un pacto al modo de los pactos humanos, avanza mucho más allá: se adentra en las profundidades inabarcables del misterio de Dios, que no desdeña en comunicarse al hombre atrayéndolo a sí. Por eso, como propone san Pablo, pensar en el sacramento del matrimonio cristiano alude necesariamente a la consideración de su grandeza, por encima de las solas consideraciones humanas; entraña admitir que es un gran arcano, porque participa e introduce en el misterio de Dios y de sus planes al hombre.

Con una pizca de simpatía y una buena dosis de sentido común, aunque también con algo de exageración retórica, san Juan Crisóstomo hace notar las condiciones en que se verifica la alianza matrimonial. "Realmente es un misterio, un gran misterio, el que, dejando a quien lo procreó, a quien lo engendró y crió, y a la que lo dio a luz con dolores, a los que le hicieron tantos beneficios y vivieron en familiaridad con él, se una a quien nunca ha visto, con la que no tuvo nada en común, y la prefiera a cualquier otra cosa. Es realmente un misterio. Y los padres no se lamentan de esto que sucede, antes bien se lamentarían de que no sucediera; y se alegran de gastar el dinero y que haya dispendio" {3}. No cabe desconocer las incógnitas que el matrimonio encierra para el varón y la mujer, que requieren de ellos fe en sí mismos y en el futuro cónyuge, para dar un paso de esa trascendencia, que los vincula con otra persona para siempre.

El matrimonio es, ya en lo humano, expresión de fe y de amor, porque supone el amor a la otra persona –sin minusvalorar la importancia de los signos de idoneidad y de verdadero afecto que en la otra parte se perciben–, que impulsa seriamente a creer en ella, en su amor y en su idoneidad para compartir la vida presente y ser compañía en el camino hacia la otra. El amor induce con buena lógica a creer que vale la pena el pacto matrimonial con la otra parte, aceptando todas sus consecuencias e implicaciones; confiere el empuje necesario y suficiente para superar el margen de riesgo que esta alianza comporta –los advenimientos del futuro, las dificultades del presente– e iniciar una gran aventura con vistas a la fecundidad y la felicidad de los contrayentes.

Pero, además, el matrimonio cristiano, sacramental, contiene un misterio de fe y amor sobrenaturales, como explica Juan Pablo II. "También a los esposos y padres cristianos se exige la obediencia a la fe (cfr. Rm 16, 26) ya que son llamados a acoger la

Palabra del Señor que les revela la estupenda novedad –la Buena Nueva– de su vida conyugal y familiar, que Cristo ha hecho santa y santificadora. En efecto, solamente mediante la fe ellos pueden descubrir y admirar con gozosa gratitud a qué dignidad ha elevado Dios el matrimonio y la familia, constituyéndolos en signo y lugar de la alianza de amor entre Dios y los hombres, entre Jesucristo y la Iglesia esposa suya (...).

"El momento fundamental de la fe de los esposos está en la celebración del sacramento del matrimonio, que en el fondo de su naturaleza es la proclamación, dentro de la Iglesia, de la Buena Nueva sobre el amor conyugal. Es la Palabra de Dios que "revela" y "culmina" el proyecto sabio y amoroso que Dios tiene sobre los esposos, llamados a la misteriosa y real participación en el amor mismo de Dios hacia la humanidad (...).

"Esta profesión de fe ha de ser continuada en la vida de los esposos y de la familia. En efecto, Dios que ha llamado a los esposos "al" matrimonio, continúa llamándolos "en el" matrimonio. Dentro y a través de los hechos, los problemas, las dificultades, los acontecimientos de la existencia de cada día, Dios viene a ellos, revelando y proponiendo las "exigencias" concretas de su participación en el amor de Cristo por su Iglesia, de acuerdo con la particular situación –familiar, social y eclesial– en la que se encuentran" {4}.

Entrar en el misterio de fe y amor de Cristo y de la Iglesia: la Iglesia doméstica

Como la alianza matrimonial se injerta en la alianza de Dios con los hombres, vive, madura y perdura si se conforma con ésta, si la imita y reproduce sus características.

Por la misma razón, si los esposos cristianos desean conocer con profundidad su alianza mutua, deben reflexionar sobre la alianza de Dios con los hombres; si quieren vivir a fondo su pacto matrimonial, deben seguir el recorrido que aquella indica. Así, descubrirán que un cónyuge llega a Dios a través del otro; que con la fidelidad a su alianza son fieles a la Alianza. Su modo concreto de participar en la gran Alianza de Dios con la humanidad consiste –en buena parte– en desarrollar justamente todas las implicaciones de su mutua unión: es para ellos un modo específico de vivir la unidad con Cristo en la Iglesia, de cumplir la voluntad de Dios, de edificar su reino y glorificar al Padre.

De esas exigencias sobrenaturales y humanas se derivan importantes consecuencias prácticas. En primer lugar, los esposos han de buscar la santidad, de esposa o de esposo, viviendo bien su matrimonio, cumpliendo fielmente, con alegría, los mil pequeños deberes. No pueden los cónyuges pensar que edifican la Iglesia sólo cuando colaboran en la parroquia, o cuando prestan una mano como voluntarios en alguna institución de caridad; en realidad, edifican la Iglesia –además de lo fundamental, que es la participación en la Eucaristía–, primero y sobre todo, cuando edifican su amor mutuo, colmándolo de fidelidad y de fecundidad, cuando edifican su familia, la "Iglesia doméstica". Como repetía san Josemaría, "los casados están llamados a santificar su matrimonio y a santificarse en esa unión; cometerían por eso un grave error, si edificaran su conducta espiritual a espaldas y al margen de su hogar. La vida familiar, las relaciones conyugales, el cuidado y la educación de los hijos, el esfuerzo por sacar económicamente adelante a la familia y por asegurarla y mejorarla, el trato con las otras personas que constituyen la comunidad

social, todo eso son situaciones humanas y corrientes que los esposos cristianos deben sobrenaturalizar" {5}.

Como explica Santo Tomás: "Algunos propagan y conservan la vida espiritual con un ministerio únicamente espiritual: es la tarea del sacramento del Orden; otros lo hacen respecto de la vida a la vez corporal y espiritual, y esto se realiza con el sacramento del Matrimonio, en el que el hombre y la mujer se unen para engendrar la prole y educarla en el culto a Dios" {6}.

Si puede decirse que el sacerdocio ministerial supone, de algún modo, una alianza singular dentro de la Alianza, ya que el ministro ordenado es un particular aliado de Cristo, a quien presta ministerialmente su persona y sus facultades para que Él actúe, confeccionando la Eucaristía y perdonando los pecados; también cabe afirmar que la unión matrimonial implica a su vez una particular alianza dentro de la Alianza, pues los esposos "prestan" a Dios su propia comunión de vida, para que en ese pacto y por ese pacto se manifieste el amor y la fecundidad de Cristo y de su Iglesia. Si el sacerdote cristiano se configura como un aliado específico de Cristo en vista de la santificación, la enseñanza y el gobierno de su pueblo; los esposos cristianos participan en la edificación de la Iglesia, ofreciendo al Padre su mutuo amor y nuevos hijos que nacen como fruto de su fe y de la fidelidad entre ellos, de su fe y de su afecto leal a Cristo y a la Iglesia.

San Josemaría lo explicaba de este modo: "A todo cristiano, cualquiera que sea su condición –sacerdote o seglar, casado o célibe–, se le aplican plenamente las palabras del apóstol que se leen precisamente en la epístola de la festividad de la Sagrada Familia: escogidos de Dios, santos y amados (Col 3, 12). Eso somos todos, cada uno en su sitio y en su lugar en el mundo: hombres y mujeres elegidos por Dios para dar testimonio de Cristo y llevar a quienes nos rodean la alegría de saberse hijos de Dios, a pesar de nuestros errores y procurando luchar contra ellos.

"Es muy importante que el sentido vocacional del matrimonio no falte nunca tanto en la catequesis y en la predicación, como en la conciencia de aquellos a quienes Dios quiera en ese camino, ya que están real y verdaderamente llamados a incorporarse en los designios divinos para la salvación de todos los hombres" {7}.

El cristianismo ha admirado y bendecido siempre la grandeza del amor humano limpio; y ha rechazado categóricamente las teorías que, a lo largo de la historia, de una manera u otra, han intentado denigrarlo, considerarlo impuro, simple remedio a la concupiscencia humana. El especial aprecio del celibato apostólico y de la virginidad, así como la exigencia del celibato sacerdotal, nunca se han basado en el desprecio del matrimonio. Los Padres de la Iglesia entendieron que Jesús quiso asistir a unas bodas en Caná, entre otras cosas, precisamente para aprobar y bendecir el amor humano noble y recto. "El Hijo de Dios va a la boda –predicaba San Máximo de Turín– para santificar con la bendición de su presencia lo que ya desde antiguo había instituido con su poder" {8}.

La triste tentación de convertir el vino en agua

Los hombres y las mujeres muchas veces no se demuestran muy conscientes de la dignidad y de la grandeza del amor humano; incluso, encuentran dificultad para apreciar rectamente y vivir la dimensión de esa fidelidad esponsal.

Las circunstancias actuales ponen de relieve, de muchas maneras, esta dificultad: en la facilidad para atentar contra la unión conyugal con el divorcio; en la facilidad legal y económica para practicar el aborto, en fomentar las relaciones sexuales desligadas de la procreación, en la pornografía. Las describió brevemente Juan Pablo II en la primera parte de su exhortación apostólica *Familiaris consortio*; y volvió sobre este punto en otras muchas ocasiones, denunciando la difusión de una "cultura de muerte", que intenta suplantar la cultura del amor y de la estimación que la vida merece siempre.

Sin desconocer que, detrás de esas manifestaciones, se esconden muchas veces intereses económicos privados, hay que admitir que están sostenidas por teorías que consideran la ética sexual un tabú que se ha de superar. No es ningún misterio que, desde años atrás, las ideologías dominantes en muchos sitios, abonan una indiscriminada indiferencia ante la conducta sexual: se trata de "una cultura –con palabras de Juan Pablo II– que "banaliza" en gran parte la sexualidad humana, porque la interpreta y la vive de manera reductiva y empobrecida, relacionándola únicamente con el cuerpo y el placer egoísta" {9}.

Cristo fue a las bodas para santificarlas; y como signo de su alegría ante la belleza del amor humano, obró el primero de sus grandes milagros: convirtió una gran cantidad de agua en vino de la mejor calidad, al decir del maestra sala; y aseguró la alegría a los novios y a sus invitados.

La pequeñez humana, en cambio, parece dispuesta a realizar el prodigio opuesto: convertir el vino generoso en agua –en agua sucia– y robar la alegría a los corazones jóvenes, enfangándolos o apuntando a la deslealtad. Así lo dan a entender algunas disposiciones legales y bastantes actitudes prácticas que van surgiendo en numerosas regiones del orbe. No es aspecto de importancia secundaria; cuando una sociedad carece de las firmes pilastras de la confianza mutua, del amor que sabe darse y sacrificarse por la persona amada, y de la admiración y el respeto por la vida, se está ya derrumbando. Y no digamos cuando se intentan legalizar convivencias de hecho entre dos personas, o incluso llamar matrimonio a uniones aberrantes, claramente opuestas a la misma naturaleza.

Juan Pablo II habló repetidamente de la ayuda que la fe cristiana puede y debe prestar a la ciencia en este momento, cuando el escepticismo empuja al hombre –en amplios sectores de la investigación y de la cultura– a dudar de su capacidad para alcanzar la verdad {10}. Parafraseando esa afirmación, podemos decir que la vida de los cristianos, en no pocas zonas del mundo, está en condiciones de transmitir nuevo vigor a la sociedad y a la cultura, precisamente renovando la esperanza en el amor humano noble y en la apuesta por la vida.

Los cristianos no son los únicos que advierten el riesgo tremendo, que atraviesa la sociedad occidental tecnológicamente avanzada, a causa de la "cultura de la muerte"; pero ciertamente les afecta una especial responsabilidad –por la fe y el amor sobrenaturales que la gracia de Cristo les otorga– para contribuir a la solución de esos males, que son especialmente graves cuando muchos no los consideran tales. Las iniciativas que pueden desarrollar –y que de hecho ya desarrollan, trabajando codo con codo junto a muchos otros hombres y mujeres conscientes de la silenciosa tragedia que tantas naciones sufren– son muchas y además muy variadas.

Pero estas actividades, aun siendo importantes y necesarias, no son lo definitivo. Lo verdaderamente decisivo para que los cristianos contribuyan a sanear la cultura y la sociedad, en este punto y en muchos otros, se concreta en su ejemplo personal, enterizo y alegre. Lo sugería el mismo Juan Pablo II: "Es la alianza con la Sabiduría divina la que

debe ser más profundamente reconstituida en la cultura actual. De tal Sabiduría todo hombre ha sido hecho partícipe por el mismo gesto creador de Dios. Y es únicamente en la fidelidad a esta alianza como las familias de hoy estarán en condiciones de influir positivamente en la construcción de un mundo más justo y fraterno" {11}. En particular, se hace necesario difundir "una cultura sexual que sea verdadera y plenamente personal. En efecto, la sexualidad es una riqueza de toda la persona –cuerpo, sentimiento y espíritu– y manifiesta su significado íntimo al llevar la persona hacia el don de sí misma en el amor" {12}.

Alimentar la vida limpia del cónyuge y de los hijos

El Maestro, en Caná, contó con la colaboración de los sirvientes: ellos llenaron las seis hidrias de agua limpia que Él convirtió en vino (cfr. Jn 2, 11). Hoy, no cabe duda, el Señor quiere servirse de sus discípulos para realizar nuevos milagros; y podemos pensar que desea empezar –como entonces– por convertir de nuevo el agua limpia en vino: transformar la belleza del amor humano en la maravillosa realidad del amor cristiano que Él trajo a la tierra. Pero no debe faltar la generosa colaboración de los sirvientes: entonces se fatigaron con fe para colmar de agua hasta el borde aquellas vasijas (cfr. Jn 2, 7); hoy pide a los suyos el trabajo de cultivar un amor limpio, apasionado y sacrificado a la vez, que respete el orden que Él en su sabiduría ha dispuesto; un amor fiel y puro que sea a la vez atractivo y convincente.

Resulta apasionante el desafío que se propone a las generaciones cristianas: vivir con garbo la sacralidad del amor y de la vida, reconociendo su esplendor y su grandeza como dones de Dios a sus hijos. Constituye un desafío para todos los cristianos, no exclusivamente para los jóvenes o únicamente para los casados, ni sólo para los hombres o sólo para las mujeres: cada uno desempeña su propia parte en este milagro, todos deben colaborar.

El prodigio cristiano presenta todas las características de lo extraordinario en lo ordinario: hacer lo natural y normal –lo que resulta asequible a todos en cada una de sus exigencias–, pero que se transforma en heroico cuando se acaba con perfección y se afrontan bien las muchas dificultades que surgen: si ciertamente la mayoría no pasan de pequeñeces y sólo alguna se presenta un poco más grande, también queda patente que todas juntas piden una respuesta heroica a la gracia de Dios. No parece difícil un día o una vez dominar el malhumor ante lo imprevisto, contener la impaciencia ante los repetidos retrasos, estar presente a la hora de arrimar el hombro en las necesidades del hogar (arreglos de cosas que no funcionan, preguntas de los hijos), dedicar tiempo al descanso con el otro cónyuge y con los hijos, no dejarse absorber por el trabajo profesional... Pero afrontar cada una de esas vicisitudes –cuando el trabajo profesional va bien y cuando se complica, cuando los hijos no dan guerra y cuando plantean problemas, cuando la salud acompaña y cuando la enfermedad aparece–, requiere visión sobrenatural, mucho amor al cónyuge y a los hijos; exige mucho dominio de sí y mucha virtud. El matrimonio cristiano asume las características de "un gran misterio" (Ef 5, 32) cuando se vive con plena fidelidad a Dios y a la otra parte, porque marca un camino de gracia y de santidad que introduce en el trasunto de Cielo que la alianza de Dios comunica a los hombres y a las mujeres que lo acogen.

Lógicamente, son los cristianos unidos en matrimonio quienes llevan en este desafío la voz cantante. A ellos les toca mostrar a los demás, con su conducta concreta, cuáles son el modo recto y las verdaderas soluciones a los problemas que se presentan; cómo debe alimentarse constantemente el amor al propio cónyuge y a los hijos para asegurarles una conducta limpia y feliz, con la relativa felicidad que es posible alcanzar en esta tierra. Son criterios de comportamiento que todos conocen, pero que se necesita contemplar en la realidad de la existencia de alguien para convencerse de su eficacia.

Uno de esos criterios, quizá el más general, dice que las cosas del amor familiar –y todas las que de un modo u otro se ventilan en el matrimonio y en el hogar, lo son– no se resuelven basándose en reglamentos y normas prefijadas. Si parece razonable que en una casa no falte un cierto horario y un estilo de vida, también se ve oportuno que la flexibilidad forme parte de los seres de carne y hueso, mientras no se verifica en las criaturas de piedra o de metal. Por eso, las soluciones reclaman en ocasiones un poco de "negociación", proponer una alternativa, sugerir ajustes: unas vacaciones más cortas o más largas, renunciar a un nuevo vehículo o comprar uno más barato, no adquirir un traje nuevo, distraerse con un programa de televisión o de cine en lugar de otro.

De esa manera se hace frente a lo que económicamente no admite otra salida y a lo que quizá significa un daño para la vida espiritual, todo sin descuidar las necesidades materiales y espirituales de las personas. El amor anima a esforzarse para descubrir modos de descansar amenos y eficaces, para encontrar una alternativa simpática a las irremediables renunciaciones. Nada más lejos de una buena norma que contentarse con un seco decir "eso no es posible" o "no iremos allí"; de ordinario, hay que escuchar mucho, comentar amablemente, ofrecer salidas positivas que resuelvan las necesidades de las personas que amamos, de manera que las puedan entender, y aceptar las soluciones o propuestas por razones humanas y cristianas.

Centrar el matrimonio y la familia en el misterio de fe y amor de la Eucaristía

La inserción del matrimonio cristiano en el misterio de Cristo y la Iglesia, permite comprender que la Eucaristía, que renueva la donación de Cristo a su Iglesia dándole vida y configuración, es fuente, asimismo, de la realidad y del desarrollo del matrimonio contraído en Cristo y en la Iglesia.

La Eucaristía, un misterio de fe y de amor, encierra una grande y eterna alianza: Jesús –movido por su caridad perfecta– se queda con nosotros para siempre, reclamando nuestra fe. Ahondando con fe en ese amor, en la entrega eucarística de Jesús, tan al alcance de los ojos y del corazón, los esposos cristianos descubrirán la belleza y la grandeza de su propio amor mutuo bendecido por Cristo.

Aprenderán a quererse más y mejor, contemplando el cariño incondicional del Señor inerte en la Eucaristía. Del amor eucarístico de Jesús se nutrirá la vida teologal de cada uno de los cónyuges, que encontrará su primer campo de manifestación en el ámbito de sus relaciones, como enseñaba san Josemaría: "La fe y la esperanza se han de manifestar en el sosiego con que se enfocan los problemas, pequeños o grandes, que en todos los hogares ocurren, en la ilusión con que se persevera en el cumplimiento del propio deber. La caridad lo llenará así todo, y llevará a compartir las alegrías y los posibles

sinsabores; a saber sonreír, olvidándose de las propias preocupaciones para atender a los demás; a escuchar al otro cónyuge o a los hijos, mostrándoles que de verdad se les quiere y comprende; a pasar por alto menudos roces sin importancia que el egoísmo podría convertir en montañas; a poner un gran amor en los pequeños servicios de que está compuesta la convivencia diaria" {13}.

La alianza de Dios en Cristo pervive, actualizándose continuamente en la Eucaristía, en la efusión sacramental e incruenta de la sangre que sella tal pacto. Comprendemos, pues, que el pacto matrimonial se mantiene actual y joven si se nutre de ese Cuerpo y de esa Sangre que están en su origen y en su fundamento. Los esposos redescubrirán la categoría y el valor de la fidelidad en la entrega del uno al otro y a los hijos, acudiendo al Señor sacramentado, que no se ausenta; que está siempre esperando en el Sagrario; que de nuevo se entrega por nosotros, cuando sobre el altar se hace presente de modo incruento su sacrificio. Siendo almas de Eucaristía, comprenderán la hermosura de la fecundidad del sacrificio escondido del grano de trigo: muere y produce mucho fruto; y sabrán ser esposos fieles y fecundos. Conocerán que dispondrán siempre de ese pan de vida; y que, cuando el vino parezca que se acaba, en la Eucaristía encontrarán siempre a Aquel que bajó a la tierra para añadir vino bueno al amor humano; comprobarán que Jesús se ha quedado para que no desfallezca el cariño, para que la fiesta no se interrumpa.

La alianza matrimonial no se reduce a algo externo y meramente legal, tampoco a un pacto limitado a una transacción concreta; alcanza lo más íntimo de las personas, es totalizante: porque la propia vida se pone en las manos de la otra parte. Se entrega el propio cuerpo; y también la propia sangre, que viene a significar todo el aliento y todo el sacrificio que supone la comunión de vida instaurada con el matrimonio. Los esposos saborearán la trascendencia de su amor, mirándose en el amor de Cristo y de la Iglesia: enraizándose en el Sacrificio de la Misa y comulgando con el Cuerpo y la Sangre del Señor. De ahí, de la entrega de Cristo en la Eucaristía, sacarán fuerzas y luces para asumir también ellos esa donación mutua que compone su propio misterio de fe y amor. Y su entrega, alimentada por la del Señor a través del Santísimo Sacramento, será bendecida: la glorificación del Padre, la edificación y la santidad de la Iglesia.

Releamos estas palabras de Juan Pablo II: "El deber de santificación de la familia cristiana tiene su primera raíz en el bautismo y su expresión máxima en la Eucaristía, a la que está íntimamente unido el matrimonio cristiano. El Concilio Vaticano II ha querido poner de relieve la especial relación existente entre la Eucaristía y el matrimonio, pidiendo que habitualmente éste se celebre "dentro de la Misa". Volver a encontrar y profundizar tal relación es del todo necesario, si se quiere comprender y vivir con mayor intensidad la gracia y las responsabilidades del matrimonio y de la familia cristiana.

"La Eucaristía es la fuente misma del matrimonio cristiano. En efecto, el sacrificio eucarístico representa la alianza de amor de Cristo con la iglesia, en cuanto sellada con la sangre de la cruz. Y en este sacrificio de la Nueva y Eterna Alianza, los cónyuges cristianos encuentran la raíz de la que brota su alianza conyugal, a la que configura interiormente y vivifica desde dentro. En cuanto representación del sacrificio de amor de Cristo por su Iglesia, la Eucaristía es manantial de caridad. Y en el don eucarístico de la caridad, la familia cristiana halla el fundamento y el alma de su "comunión" y de su "misión", ya que el pan eucarístico hace de los diversos miembros de la comunidad familiar un único cuerpo, revelación y participación de la más amplia unidad de la Iglesia; además, la participación en el cuerpo "entregado" y en la sangre "derramada" de Cristo se hace fuente inagotable del dinamismo misionero y apostólico de la familia cristiana" {14}.

Nazaret y Belén: con Cristo en el propio hogar

La comunión de vida que instaura el matrimonio encuentra su centro fundamental en el Misterio eucarístico. Jesús continúa entregándose a su Esposa en el Sacrificio de la Misa; y a través de la Eucaristía, continúa dando a los esposos la luz y la fuerza para que se amen como Él ha amado a su Iglesia, para que den a su Padre nuevos hijos por medio de su amor fiel y fecundo. Para los esposos cristianos, el Sagrario se yergue siempre como la referencia emblemática de su amor.

Cuando los esposos fundamentan su comunión de vida en la Eucaristía, su hogar reproduce espiritualmente la casa de Belén, el hogar de Nazaret. No supone osadía afirmar que se incorporan sobrenaturalmente a la familia de Jesús en esta tierra. María y José vivían centrados en Jesús y unidos por Él. Sus afanes, sus pensamientos, sus ilusiones, sus alegrías, sus dolores pasaban por aquel Hijo que Dios les confió. Las narraciones evangélicas nos relatan cómo Cristo llegó al seno purísimo de María, cuando Ella había descartado la maternidad física, ofreciendo al Señor su virginidad. Mateo nos transmite también cómo Jesús entró en la vida de José, cuando el Patriarca pensaba, ante aquel misterio que le excedía, abandonar en secreto a su esposa, para no difamarla. María y José, que ya estaban desposados, ven reforzado su vínculo santo de amor por la irrupción del Padre que, enviando su Espíritu sobre María, hace nacer de Ella virginalmente a su verbo según la naturaleza humana.

Cristo une, no separa. Al mismo tiempo, la caridad y el cariño añaden categoría al respeto por el otro y valoran sabiamente sus necesidades, de modo que el propio comportamiento espiritual no suponga un peso; evita, por ejemplo, apartarse para rezar cuando lo que urge es reparar una puerta que no cierra, atender una visita, o preparar la cena, puesto que estas mismas actividades se transforman en ocasión de encuentro con Dios, es decir, pueden convertirse en oración.

Lo que separa a los hombres entre sí, lo que lleva un matrimonio al naufragio, suele proceder de la soberbia que pretende enrocarse en "su" razón, y de este modo resiste al don de Dios y aísla al interesado de los demás. He aquí un consejo de san Josemaría a los esposos: "Evitad la soberbia, que es el mayor enemigo de vuestro trato conyugal: en vuestras pequeñas reyertas, ninguno de los dos tiene razón. El que está más sereno ha de decir una palabra, que contenga el mal humor hasta más tarde. Y más tarde –a solas– reñid, que ya haréis en seguida las paces" {15}.

Jesús sacramentado une a los esposos cristianos. Lo hace cuando cada uno por su cuenta se centra en la Eucaristía; y además, de modo muy específico cuando los dos participan juntos en algunas manifestaciones principales de la piedad eucarística. Se difundió hace muchos años el lema: "La familia que reza unida, permanece unida"; y la historia lo ha confirmado. El lema encontraba muchas aplicaciones: bendecir la mesa, rezar en común el Rosario, asistir con el cónyuge y los hijos los domingos a la Misa, y otras devociones más esporádicas. Comprendemos que de todas las manifestaciones, la eucarística precede con mucho al resto; aunque en ocasiones no falten las dificultades de orden logístico.

La importancia de participar juntos en la Santa Misa radica en la presencia de Cristo y de su Sacrificio: es poner a Jesús entre los dos, para que refuerce el vínculo de fe y amor que les une; es poner su entrega entre los dos, para que alimente la entrega de cada uno al otro. Considerar la Misa dominical como un momento esencial de la semana ayuda

a centrar la comunión de vida matrimonial y de la entera familia en el Señor; es tener a Jesús y colocar su entrega en el puesto de honor, por encima de todo; es vivir de Él y por Él y con Él, aunque materialmente el templo esté alejado y no se pueda acudir allí todos los días.

Centrarse en la Eucaristía equivale a meter a Jesús en casa, a entrar en comunión espiritual con la Sagrada Familia que nos lleva como de la mano a la Trinidad Santísima. Vienen bien aquí unos versos de Lope de Vega al final del segundo acto de su obra de teatro sobre San Isidro: "Cristo, cuando acá vivía, / con Josef y con María / eran Trinidad del suelo, / figurando la del Cielo / pues que sólo un Dios había". El hogar cristiano radicado en la Eucaristía, se beneficia del hogar de Jesús, María y José, en el que cada uno pensaba en los demás, y donde el mayor estaba sujeto a los otros dos, a la vez que la esclava del Señor obedecía a quien se consideraba indigno de estar a su lado, porque la humildad sustentaba el verdadero humus del cariño y de la entrega de cada uno.

Cuando los esposos se afanan en que su fe y su amor se desarrollen con los ritmos del amor de Jesús a su Iglesia, tan manifiesto en la Eucaristía, se ajusta ya su hogar a lo que constituye un anticipo del cielo, sin que por este motivo se pierdan la sencillez y limitación que caracterizan las cosas de esta tierra. Lo notaba ya Tertuliano: "¿Cómo describiré la felicidad de ese matrimonio que la Iglesia une, que la entrega confirma, que la bendición sella, que los ángeles proclaman, y al que Dios Padre tiene por celebrado? (...). Ambos esposos son como hermanos, siervos el uno del otro, sin que se dé entre ellos separación alguna, ni en la carne ni en el espíritu. Porque verdaderamente son dos en una sola carne, y donde hay una sola carne debe haber un solo espíritu (...). Al contemplar esos hogares, Cristo se alegra, y les envía su paz; donde están dos, allí está también El, y donde Él está no puede haber nada malo" {16}.

El apostolado de la mesa

Otro momento capital de todo hogar es la reunión para comer, una o dos veces al día, según las costumbres del lugar y las circunstancias concretas de cada familia.

Ya antes, a propósito de la última Cena, considerábamos que el hecho de comer juntos va más allá, trasciende la mera materialidad, para constituir un encuentro interpersonal que manifiesta y fortalece la comunión entre los comensales. La Eucaristía, instituida como banquete sacrificial, se nos entrega como sacramento de la unidad, porque une a los discípulos con el Maestro y de esa manera los une también entre sí: los hace un cuerpo cuya cabeza es Cristo (cfr. 1Co 10, 17). "Efecto de este sacramento es la unidad del cuerpo místico" {17}, recuerda santo Tomás. La Eucaristía conduce a los cristianos a tener los mismos sentimientos del Señor (cfr. Flp 2, 5), a tener "todos un mismo pensar y un mismo sentir" (cfr. 1Co 1, 10): a moverse en sintonía de intenciones, criterios y afectos. La participación de los cónyuges en el banquete eucarístico obrará también en ellos ese efecto de unidad, que sustentará y reforzará la unión profunda –humana y divina– causada por el vínculo conyugal, sellado por el sacramento del Matrimonio. Obrará ese efecto acrecentando también los efectos de aquellos elementos humanos que causan a su vez la concordia feliz de los cónyuges entre sí y de la entera familia.

Todos sabemos que un componente muy importante, por su eficacia, en orden a promover y asegurar la unidad de los cónyuges y de la familia, es justamente la

coincidencia de todos para comer reunidos. Buen momento para demostrar la comunión y, simultáneamente, para crearla por medio de muchos detalles, especialmente con la conversación que se entabla y con la participación de los mismos alimentos. El interés por lo que cada uno dice, por sus gustos, por su reacción ante lo que los demás comentan, evidencian pruebas de cariño que abre puertas a la confianza; así resultará más espontáneo que todos hablen sencillamente de lo que piensan, de lo que han hecho, de lo que les preocupa, de sus proyectos. La corrección en el modo de presentarse a la mesa y de comer, la puntualidad a esa reunión, el detalle y cuidado con que se han preparado y se presentan los alimentos, aunque sean sencillos y económicos, apuntan la medida del respeto y del aprecio a los demás. En la mesa, cada comensal puede aprender mucho y enterarse de tantas cosas; sobre todo, puede aprender a amar en concreto.

Si a todo esto añadimos la memoria actualizada de la presencia de Jesús en medio de los suyos, con sus amigos, comprenderemos que un apostolado muy importante de los cónyuges –cada uno con la otra parte y con los hijos– consiste precisamente en valorar esta reunión, que se transforma en un momento entrañable por su hondo contenido humano y sobrenatural. El Señor ha dicho: "Os aseguro también que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra sobre cualquier cosa que quieran pedir, mi Padre que está en los Cielos se lo concederá. Pues donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt 18, 19-20). Marido y mujer están entonces reunidos y lo están en nombre de Jesús, que ha bendecido su amor por medio de la Iglesia, y lo ha incorporado al que Él profesa a su Esposa.

Viene a la mente el encuentro de Emaús: aquellos dos discípulos invitaron a Jesús a entrar con ellos y a cenar. Lo habían encontrado antes, no querían perder su compañía. Como los esposos cristianos: se han encontrado en el camino de esta vida y han decidido seguir juntos con Jesús, lo han acogido en su casa y en su vida; y Él ha aceptado la invitación y también permanece con ellos mientras comen. Hay que abrir los ojos y descubrir al Maestro. La participación en la Mesa eucarística ayudará a ver al Señor en la mesa común: cada uno en el otro cónyuge, en los hijos (cfr. Mt 25, 40) y surgirá espontáneo el afecto que se convierte en disponibilidad y servicio, en palabra comprensiva y estimulante que disipa la tristeza y el cansancio que quizá se han acumulado durante la jornada de trabajo.

Transmitir la vida y la fe

Dios ha querido aliarse con los hombres para darnos su vida. Y ha dispuesto también que la vida humana se transmita a través de una alianza enamorada, que refleja - porque participa de ese bien– la gran alianza que El instaura con todos.

El misterio de fe y de amor que entraña la alianza matrimonial se relaciona con la vida y con su transmisión: crea una comunión vigorosa que es fuego y hogar, donde nuevos seres encuentran pan y casa. También encuentran fe y amor; y esta adición adquiere suma importancia, porque los padres colaboran en la transmisión de la vida natural y también de la vida sobrenatural. Se admita o no, los hijos son hijos de su cuerpo y también de su alma: de sus convicciones, de sus afectos, del sentido que dan a la vida, de su cultura, de sus ambiciones humanas, de su proyecto existencial.

Algunos invocan la libertad para reducir los aspectos educativos de su misión respecto a los hijos. Ciertamente, se ha de respetar la libertad de los hijos; pero eso no significa que los esposos puedan desentenderse de lo que los hijos hacen o dejan de hacer. Justamente la educación consiste en enseñarles qué deben y qué no deben hacer, exponiéndoles siempre las razones para que ellos comprendan por sí mismos –saquen de su interior: de su inteligencia y de su voluntad– el porqué de sus deberes y de sus derechos.

Educar se identifica con enseñar, acompañar, ir delante, ayudar a abrir camino; y a veces, lo contrario: detenerse para ponderar más despacio una cosa; ir detrás para comprobar cómo ellos se orientan en el camino; callar para que ellos manifiesten lo que piensan y quieren; permitirles una cierta autonomía para que aprendan a desenvolverse con sus propias fuerzas, aun a riesgo de recibir algún golpe. Se ha repetido de mil modos que educar es ciencia y también arte; es también obra de fe y de amor.

Obra de fe de los padres en los hijos, para creerles cuanto dicen, aunque alguna vez se les escape alguna mentirijilla; enseñándoles así la virtud importantísima de la sinceridad que hace a los hombres verdaderamente hombres (a las mujeres, mujeres de verdad), porque los asemeja a Dios que no engaña nunca, ni puede engañar; que comprendan que el demonio se ha aliado con la mentira y la posee como hija (cfr. Jn 8, 44). Fe para confiar en ellos, encargándoles la realización de pequeñas tareas; aguardando a que maduren y logren poco a poco aprender a acabar bien las cosas, sin pretender que las realicen perfectamente y enseguida; renovando esa confianza cada vez que se equivocan, cuando sufren un traspies en el estudio o en la relación con los demás.

Obra de amor a los hijos. Para pensar en ellos, para estudiar sus gestos y sus reacciones, sus palabras y sus preferencias, y disponerse así a comprenderlos, a descubrir sus verdaderos problemas y orientarles hacia la solución oportuna. Para perdonarles cuando desobedezcan o se muestren algo rebeldes. Para insistir con afecto y con la energía necesaria (que es muestra de verdadero amor), cuando observan que no se corrigen, imitando también en esto al Padre de todos (cfr. Hb 12, 5-12). Para dedicarles el tiempo que necesitan, con frecuencia más del que nos parece.

"Dejad que los niños se acerquen a mí" (Mc 10, 14). Jesús dijo estas palabras a los Apóstoles, cuando rechazaron a varios pequeñuelos que le llevaban para que los bendijera. Les dirige a todos los cristianos; por eso ha querido que fueran recogidas en el Evangelio. "...porque de éstos –los que son como niños– es el Reino de Dios" (ibid.). Quizá los discípulos pensaban que el Maestro no debía perder tiempo con esas criaturas, que convenía ocuparse de asuntos más importantes.

Jesús aprovecha una vez más para poner las cosas en su sitio, y atribuye "a los que son como niños" el premio que ha preparado a los pobres de espíritu y a los perseguidos por causa de la justicia, en la primera y en la última de las Bienaventuranzas, como para puntualizar que todos los demás premios anunciados en ese Sermón (ver a Dios, ser consolados, ser saciados, poseer la tierra, ser llamados hijos de Dios) les corresponden también. Jesús enseña que todo el secreto consiste en hacerse niños, en tener sus disposiciones de fe, de confianza indiscutida, de abandono radical, de ilusión constante, de sencilla sinceridad. Y remacha: "Quien no reciba el Reino de Dios como un niño, no entrará en él" (Mc 10, 15). Hay, pues, que volverse pequeños; pero no en la discreción y en el juicio, sino en la malicia y en el engaño. Al Maestro no le importaba estar con los niños y a nosotros no nos ha de importar tampoco estar con ellos y dedicarles tiempo, porque así

aprenderemos de nuevo la sencillez sincera, la piedad profunda, la rectitud inocente, la confianza segura y el abandono feliz.

Desde el Sagrario, Jesús continúa invitándonos, a entregarnos indefensos a la Voluntad del Padre y a la utilidad humana y sobrenatural de nuestros hermanos. El Verbo que todo lo ha creado, en la Hostia y en el Cáliz se deja llevar de acá para allá, se deja partir y trocear y comer... En el silencio y la disponibilidad del Señor Sacramentado, resuenan hoy aquellas palabras suyas: "El que no reciba el Reino de Dios como un niño..."; pero resuenan como una constante invitación con ejemplo persuasivo.

Enseñar a honrar a Dios y a luchar por agradecerle

Aprender de los niños es aprender del Maestro, que tomó carne de Niño por amor nuestro. La Sabiduría increada se abajó a nuestro modo de conocer, ínfimo y sujeto a lo sensible; se avino a las leyes de nuestro razonar y discurrir, lento y progresivo; aceptó crecer en edad, sabiduría y gracia como todos los hombres, que nacen en la debilidad, inermes (cfr. Lc 2, 52). Pero a diferencia de los hombres, el Maestro, en la plenitud perfecta de la madurez humana, siguió siendo Niño: ante su Padre eterno (cfr. Hch 4, 27) y ante nosotros, pues aceptó ser pobre y ser tratado como un cordero manso llevado al matadero, como una oveja que permanece muda ante el trasquilador (cfr. Is 53, 7).

Enseñaba san Máximo de Turín: "Esto dice el Señor a los Apóstoles: "Si no os hacéis semejantes a este niño"... No les dice: como estos niños; sino: como este niño. Elige uno, propone sólo a uno como modelo. ¿Cuál es este discípulo que pone como ejemplo a sus discípulos? No creo que un chiquillo del pueblo, uno de la masa de los hombres, sea propuesto como modelo de santidad a los Apóstoles y al mundo entero. No creo que este niño venga de la tierra, sino del Cielo. Es aquél de quien habla el profeta Isaías: "Un Niño nos ha nacido, un Hijo se nos ha dado" (Is 9, 5). Este es el chiquillo inocente que no sabe responder al insulto con el insulto, a los golpes con el golpe. Mucho más aún: en plena agonía reza por sus enemigos: "Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen" (Lc 23, 24). De este modo, en su profunda gracia, el Señor rebosa de esta sencillez que la naturaleza reserva a los niños. Este niño es el que pide a los pequeños que le imiten y le sigan: "Toma tu cruz y sígueme" (Mt 16, 24)" {18}.

"Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón" (Mt 11, 29). También en el lavatorio de los pies nuestro Maestro se pone explícitamente de modelo, de ejemplo en la mansedumbre y en la humildad, que son virtudes que especialmente nos cuesta vivir, porque quizá son las que entendemos menos. El Maestro humilde y manso insiste: dejad que ellos vengan a mí, aprended vosotros de mí. La alianza de los cónyuges, injertada en la de Cristo con su Iglesia, lleva a esta conclusión: los esposos hacen las veces de Jesús ante los hijos. Dios se ha servido de los esposos –de su capacidad de engendrar, que es como una participación en el poder creador {19}- para dar la vida a nuevas criaturas humanas; y Cristo también quiere servirse de ellos para que les orienten y eduquen como El –nuestro Maestro y modelo– desea. Por eso, no basta que los esposos enseñen, además deben dar ejemplo. Han de repetir lo que Cristo ha dicho y vivir como Él.

"En la obra educativa, y especialmente en la educación en la fe, que es la cumbre de la formación de la persona y su horizonte más adecuado, es central en concreto la figura del testigo: se transforma en punto de referencia precisamente porque sabe dar razón de la

esperanza que sostiene su vida (cfr. 1P 3, 15), está personalmente comprometido con la verdad que propone. El testigo, por otra parte, no remite nunca a sí mismo, sino a algo, o mejor, a Alguien más grande que él, a quien ha encontrado y cuya bondad, digna de confianza, ha experimentado. Así, para todo educador y testigo, el modelo insuperable es Jesucristo, el gran testigo del Padre, que no decía nada por sí mismo, sino que hablaba como el Padre le había enseñado (cfr. Jn 8, 28).

"Por este motivo, en la base de la formación de la persona cristiana y de la transmisión de la fe está necesariamente la oración, la amistad personal con Cristo y la contemplación en Él del rostro del Padre. Y lo mismo vale, evidentemente, para todo nuestro compromiso misionero, en particular para la pastoral familiar. Así pues, la Familia de Nazaret ha de ser para nuestras familias y para nuestras comunidades objeto de oración constante y confiada, además de modelo de vida" {20}.

Las palabras que no van seguidas de una conducta coherente, pueden tener alguna eficacia al principio, después terminan cayendo sistemáticamente en el vacío, porque carecen de credibilidad. En cambio, ¡qué elocuentes las palabras cortas que se traducen en obras consecuentes! Naturalmente, no se trata de vivir como en un escaparate, ni rígidamente atentos a no equivocarse, a no contradecirse. Aprender de Cristo es lo más opuesto a perder espontaneidad: significa ciertamente permanecer atentos a obrar bien, pero a la vez significa obrar con sencillez. No las miremos como cosas incompatibles, porque precisamente permite unir las la capacidad de rectificar, de corregirse. ¡No pueden olvidar los padres que –si su conducta ha carecido de coherencia y la familia lo ha presenciado– aleccionan también a los hijos cuando rectifican delante de ellos, cuando reconocen que se han equivocado y se corrigen! Ese comportamiento encierra una gran lección: la lección de su lucha sincera por actuar bien, sin hipocresías. ¡Qué contento estará el Maestro con esos padres, tan distintos de aquellos fariseos que le apenaban porque no querían ni buscaban convertirse! (cfr. Mt 23).

Mostrar el amor paterno de Dios: educar en la libertad y responsabilidad de los hijos de Dios

La educación cristiana de los hijos reviste una importancia muy particular en un punto: mostrar que Dios es Padre y exponer adecuadamente a los propios hijos que son hijos de Dios y como tales deben comportarse. "La filiación divina –predicó incansablemente san Josemaría– es una verdad gozosa, un misterio consolador. La filiación divina llena toda nuestra vida espiritual, porque nos enseña a tratar, a conocer, a amar a nuestro Padre del Cielo, y así colma de esperanza nuestra lucha interior, y nos da la sencillez confiada de los hijos pequeños. Más aún: precisamente porque somos hijos de Dios, esa realidad nos lleva también a contemplar con amor y con admiración todas las cosas que han salido de las manos de Dios Padre Creador. Y de este modo somos contemplativos en medio del mundo, amando al mundo" {21}.

Con el amor paterno y materno que sienten por sus hijos, incondicional y abnegado, dispuesto siempre al perdón, comprensivo y gratuito, los esposos cristianos transparentan de algún modo el amor paterno de Dios. ¡Qué motivo especialísimo de gratitud hacia nuestros padres, por esa transparencia, recae sobre nosotros! Pero, por desgracia, existe también el contraste de las dificultades de quienes no han gozado de una mediación tan

clara, y sufren las nieblas de una comprensión defectuosa de la paternidad celeste. Sólo Dios puede juzgar lo hondo de la conciencia humana, sólo Él sabe hasta qué punto algunos han carecido de elementos preciosos e imprescindibles para no extraviarse por las sendas del odio y de la desesperación. ¡Cuán verdadera la prohibición del Señor, que nos manda no juzgar a nadie! A la vez, ¡cuánta responsabilidad la de quienes con sus disposiciones legales, políticas, sanitarias; o con su conducta ligera, sensual, superficial, han cerrado a muchas personas el camino humano hacia la Paternidad divina! Los cristianos pedimos que les perdone –y que nos perdone a nosotros– y que nos otorgue la valentía y la claridad de ideas, para prestar con perseverancia el gran servicio de intentar remediar esos males.

Experimentar la realidad del amor paterno/materno es algo que los hijos precisan pero, como resulta obvio, no es suficiente para que ellos descubran su filiación divina. Se requiere la fe y una educación religiosa atenta. De nuevo, la conciencia y el ejemplo de los padres debe ir por delante: son ellos los primeros que han de saberse y sentirse hijos de Dios, y comportarse como tales. Desde otro punto de vista, aflora de nuevo la urgencia de la lucha del padre o de la madre consigo mismo; en este caso, para crecer en la propia acogida y en el personal cultivo diario de este don de la filiación divina. Y de nuevo también nos encontramos con la necesidad de centrar la propia vida personal y la conyugal en la Eucaristía, donde Jesús alimenta y acrecienta la maravilla de nuestra condición filial.

Entonces los gestos cotidianos de la vida empaparán, como por ósmosis, el alma de los pequeños –tan sensible y tan dócil al ejemplo y a la palabra de los padres– con ese sentido filial en relación a Dios. Y así les enseñarán con los consejos y con la conducta a dar gracias al Señor por todo lo que tenemos y recibimos: desde un nuevo hermano o hermana, hasta el alimento, el vestido, el regalo que llega, el pastel de la fiesta, el juguete...; a suplicarle perdón por las ofensas pequeñas o grandes: un enfado, una desobediencia, una mentirota, una reacción de orgullo...; a pedirle ayuda para todo: la curación de una persona querida, la conversión de las gentes alejadas de Cristo, la solución de una catástrofe, superar un examen...

Les enseñarán, de modo especial, a alabar a Dios, honrarle, respetarle, obedecerle, someterse a Él con la disponibilidad de un siervo, con el amor y la confianza de un hijo. Esto requiere educarles en el uso de la libertad, que, como bien consta a todos, comporta muchas cosas concretas, desde el uso del dinero -teniéndolos cortos, para que aprendan a administrarlo, a saber lo que vale, cómo se gasta– hasta el uso del tiempo; hasta el sentido de responsabilidad, para que con valentía asuman las consecuencias de sus acciones y aprendan a preverlas, sin escudarse en falsas ignorancias, que en realidad celan imprudencias de muchos tipos; e igualmente orientarles a la sinceridad y a la sencillez, que son características del Hijo de Dios, que se ha hecho Niño para venir a este mundo y dar testimonio de la Verdad; animarles también a que cultiven la alegría sana, fruto de saberse cerca de Dios, visto como Padre omnipotente y misericordioso; y recordarles la necesidad de la lucha contra el pecado y el esfuerzo por obrar lo que Él quiere hasta en sus mandamientos más pequeños (cfr. Mt 5, 17-19).

En este contexto, y a partir de aquí, se les pueden transmitir las prácticas de piedad propias del cristiano, porque las entenderán con lógica naturalidad, como expresión de su relación filial con Dios: las oraciones vocales, empezando por el Padrenuestro, aprendido poco a poco, y por el Avemaría; la práctica de la confesión sacramental y de algunas devociones eucarísticas, como por ejemplo, la visita al Santísimo Sacramento, donde brevemente hablan a Jesús, que les escucha en el Sagrario.

Habrá que conceder un cuidado especial a inculcarles la infinita misericordia de Dios, de modo que no tengan ninguna vergüenza para volver a él si alguna vez se alejaron por el pecado mortal. La formación de su conciencia, que debe llegar a apreciar claramente lo que se acomoda a la Voluntad de Dios y lo que la contraría gravemente, debe estar perseverantemente templada por la noticia clara de la disposición divina a perdonar todo, siempre y enseguida: no hay pecado que sea más grande que su corazón (cfr. 1Jn 3, 20). Se les ha de ayudar a asimilar "lo que significa para el hombre apartarse de Dios. Pero esta conclusión no es la última palabra. La última palabra la dice Dios, y es la palabra de su amor salvador y misericordioso y por tanto, la palabra de nuestra filiación divina" {22}.

El primer mandamiento de la Iglesia

Consideremos, en fin, la formación eucarística de los hijos; sin este aspecto de la educación, bien enseñado teórica y prácticamente, la fe no quedaría plenamente transmitida a los pequeños. No se requieren grandes discursos ni graves ejercicios asc ticos. Asume gran relevancia, en cambio, dejarles claro que la Santa Misa es la gran devoción cristiana: lo que más agrada a Dios; lo que más alaba y lo que a nosotros nos reporta mayores y copiosos beneficios; el mejor modo de agradecerle todos sus dones, de donde viene precisamente su nombre (eucaristia, en griego, acción de gracias). En consecuencia, ellos entenderán que se hace presente lo más importante que ha sucedido – y se renueva– en esta tierra, la acción más grande y trascendente en que pueden participar.

Precede y acompaña todo esto la explicación precisa de que, en la Eucaristía, difiere lo que perciben los sentidos externos de lo que realmente se opera y sucede en la Santa Misa. Así como los primeros rezos pueden enseñarse a los niños en la más tierna infancia; la formación eucarística, en cambio, debe esperar a que llegue el momento en el que cuenten con el suficiente uso de razón para distinguir entre realidad y apariencia. No les supondr  dificultad, entonces, para comprender que en un crucifijo no est  el Señor, aunque lo represente con un gran parecido; y saber con la fe que en la Hostia consagrada se encuentra realmente Jesús, aunque parezca pan.

Pero la educación eucarística no se limita a estas explicaciones catequ ticas y otras semejantes; tampoco ha de reducirse a enseñar oraciones. Además de todo eso, es preciso iniciar al niño y a la niña en los símbolos litúrgicos y en los ritos eucarísticos, para que poco a poco los vayan entendiendo y asimilando, de modo que efectivamente participen en la Misa y no se queden en simples espectadores. No se les hace justicia cuando se piensa que no estarán en condiciones de ese "entender", que es demasiado complicado para lo que pueden admitir. Ciertamente, esta iniciación debe seguir un plano inclinado; pero, domingo tras domingo, una cosa detrás de otra, por medio de las hojas dominicales o con ayuda de un pequeño misal, los hijos irán penetrando en lo que la Iglesia dice y hace. Es decisivo el ejemplo y la formación de los padres: ellos desempeñan el papel de los principales educadores de la fe, a quienes corresponde llevar los niños a Jesús sacramentado, como aquellas personas que presentaban sus pequeños a Cristo para que les impusiera las manos.

La Iglesia manda, con obligación grave, la asistencia a Misa todos los domingos y fiestas de guardar. Edificar la Iglesia, ser Iglesia doméstica implica, de modo muy

principal transmitir, también este mandato, acogerlo y ponerlo en práctica. Acogerlo, porque no basta cumplirlo y transmitirlo mecánicamente, hay que aceptarlo por lo que es: un mandato que nace del amor y pide amor, un mandato cuya sustancia contiene el cariño del Hijo de Dios a los hijos de los hombres; que genera en nosotros y a nuestro alrededor fraternidad y confianza, que asegura y alimenta nuestra condición de hijos de Dios, y nos convierte en sembradores de paz y de alegría allí donde nos encontremos.

La Carta a los Hebreos advertía ya de la importancia de la Pascua semanal, como hoy la llamamos {23}: "Fijémonos los unos en los otros para estímulo de la caridad y las buenas obras, sin abandonar vuestra propia asamblea, como algunos hacen" (Hb 10, 24-25). No lo dudemos: necesitamos este encuentro semanal con Cristo resucitado que nos muestra sus llagas, como hiciera con Tomás aquella tarde, pensando también en nosotros. "Respondió Tomás y le dijo: ¡Señor mío y Dios mío! Jesús contestó: Porque me has visto has creído; bienaventurados los que sin haber visto han creído" (Jn 20, 28-29). Tomás retornó al Maestro y a la compañía de los otros Apóstoles; nosotros, si acaso estuviésemos en circunstancias semejantes a las suyas, también sabremos retornar a Jesús en la Eucaristía pasando antes –si es necesario– por el sacramento de la Penitencia.

La experiencia cristiana, que se remonta al principio mismo de la Iglesia, enseña que la participación semanal en el Sacrificio eucarístico, lleva al hijo de Dios a recorrer fielmente el camino hasta la identificación plena con Jesucristo.

¡Cuántos cristianos han coronado victoriosamente su paso por la tierra, gracias a la asistencia perseverante y fiel a la Misa dominical! Quizá sus obligaciones familiares o de trabajo, tal vez la distancia, o la escasez de sacerdotes en la región les impedía frecuentar más asiduamente la Eucaristía. Pero les ha bastado ese encuentro semanal para llegar hasta el final, sin desfallecer en el camino: han permanecido unidos a Jesús y así han alcanzado la verdad y la vida en la visión del Padre.

"Haced esto en memoria mía", "perseverad en mi amor". En torno a la Mesa eucarística madura –a imagen del amor entre Cristo y su Iglesia– el amor de los esposos y de los hijos, que se manifiesta en obras de ca –grandes y pequeñas– en el acontecer cotidiano. También las familias de los hijos de Dios reproducen, en sus hogares, el ambiente y el estilo humano y divino de aquella primera comunidad, que se inspiraba constantemente en la enseñanza de los Apóstoles, rezaba y vivía unida, tenía su fundamento en la "fracción del pan" (Hch 2, 42).

V. La Eucaristía y el trabajo de los hijos de Dios

"Bendito seas, Señor, (...) por este pan, fruto de la tierra y del trabajo del hombre (...) por este vino, fruto de la vid y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos" (Misal Romano, Ordinario de la Misa, Ofertorio).

La fórmula del Ofertorio de la Misa pone de relieve la presencia del trabajo humano, en las ofrendas que serán transustanciadas en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo. Los Padres de la Iglesia se detuvieron en su dimensión colectiva: el pan presupone la recolección de muchos granos y el vino nace de muchos racimos. Veían en esto una alusión a la unidad de la Iglesia, compuesta también de muchos miembros reunidos en el único cuerpo místico de Cristo. Baste recordar el testimonio de uno de los escritos más antiguos del cristianismo, que se suele datar antes del final del siglo I, donde se recoge una fórmula de acción de gracias por la Eucaristía: "Te damos gracias, Padre nuestro, por la vida y el conocimiento que nos diste a conocer por medio de Jesús, tu siervo. A ti la gloria por los siglos. Así como este trozo estaba disperso por los montes y reunido se ha hecho uno, así también reúne a tu Iglesia de los confines de la tierra en tu reino. Porque tuya es la gloria y el poder por los siglos por medio de Jesucristo" {1}.

Esta perspectiva se enriquece, si consideramos que la Eucaristía se sirve también de nuestro trabajo humano, no sólo de la fe que nos reúne en un solo cuerpo, y que afecta a nuestro quehacer profesional, dándole altura sobrenatural.

Dar proyección divina al trabajo humano

Dios, después de haber creado a su imagen y semejanza al hombre y a la mujer, los bendijo así: "Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sometedla, dominad en los peces del mar, en las aves del cielo y en todo animal que serpea sobre la tierra" (Gn 1, 28). El Señor bendice al hombre y a la mujer concediéndoles una participación en su poder creador; y a la vez les manda que hagan rendir esa capacidad que les otorga: que su amor sea fecundo y que trabajen. Podemos decir que estamos ante el primer mandamiento divino, recibido cuando el hombre estaba aún en el Edén, es decir, cuando se hallaba en el estado de justicia original; mandamiento que contiene bendición y don, que se refiere a la transmisión de la vida humana y al dominio y al uso del universo visible para bien físico y espiritual de la humanidad.

El trabajo del hombre se rige también por miras temporales, que le son necesarias para caminar en la historia; pero debe apuntar además a horizontes más altos y duraderos, debe ordenarse a la vida eterna, a la que Dios nos convoca por puro efecto de su bondad. A esta meta llega la criatura, tanto a través de las primeras aspiraciones temporales; como a través del sentido sobrenatural que ha de poner, pues antes se vive sobre la tierra y luego en el cielo. El orden sobrenatural al que hemos sido llamados, y en el que nos constituye el Bautismo, "no sólo no destruye ni merma el orden natural (...), sino que lo eleva y perfecciona, y ambos órdenes se prestan mutua ayuda y como complemento respectivamente proporcionado a la naturaleza de cada uno, precisamente porque uno y otro proceden de Dios, el cual no se puede contradecir: "Perfectas son las obras de Dios y rectos todos sus caminos" {2}. La certeza de que esa meta definitiva se alcance después no significa que quepa descuidarse aquí abajo: marginarla mientras se camina por la tierra, significaría reducir el ser humano a lo efímero de la existencia temporal. Por eso, valorar como es debido la dimensión histórica del trabajo humano no significa prescindir ni entorpecer su proyección en la eternidad; como tampoco el justo aprecio de la dimensión sobrenatural de esa tarea laboral conduce a subestimar sus exigencias terrenas y sus logros temporales.

Dios, que nos ha querido colaboradores suyos, para embellecer y perfeccionar lo que Él crea (cfr. Gn 1, 28-30; 2, 5.15), desea también servirse del trabajo –recapitulado en la elaboración del pan y en el cultivo del vino, que resumen lo necesario para la sustentación de los hombres– para confeccionar el sacramento del Cuerpo y de la Sangre de Cristo. De este modo, se nos recuerda en la Misa que con nuestro quehacer –vivificado sobrenaturalmente por la fe que obra por medio de la caridad– edificamos el cuerpo místico de Cristo, la Iglesia.

Trabajar pensando en el Pan que viene del Cielo

En la sinagoga de Cafarnaún, Cristo dijo a los que había alimentado el día anterior multiplicando los panes y los peces: "Trabajad no por el alimento perecedero, sino por el alimento que permanece para la vida eterna" (Jn 6, 27). Ellos le habían buscado hasta encontrarlo de nuevo en aquel pueblo, quizá porque les parecía estupendo ese modo de resolver su necesidad de comer: sin trabajar. Cristo les invita a levantar la mirada por encima de lo inmediato, a sobrepasar el apremio de la vida material y descubrir las obras de Dios (cfr. Jn 6, 28), el poder divino de vivificar eternamente; les llama a creer en Él como Salvador.

Las palabras de Cristo son siempre actuales: siguen proponiendo al hombre de hoy que no encierre el horizonte de su trabajo en la provisión de los elementos necesarios para la subsistencia corporal; que piense en su tarea –la que le corresponda– como un medio para buscar también alimento para su alma. El Maestro recuerda a los hombres de entonces, y a los de hoy, el deber de trabajar por sustentar el cuerpo y el espíritu, por alcanzar el fin temporal y el fin eterno.

San Juan Crisóstomo comenta que quien trabaje atento exclusivamente a las necesidades de este mundo conseguirá sólo eso, un pan que pasa y se seca, que no dura siempre {3}. San Agustín entiende que Cristo ha dicho expresamente en la sinagoga de Cafarnaún: trabajad no pensando de modo exclusivo en el provecho material, trabajad

también pensando en mí {4}. Es preciso, pues, trabajar para conseguir el pan de la tierra y el pan del cielo; construir la propia casa aquí abajo y preparar también la mansión celeste; acabarlo bien, con la mente en Dios y en los demás, y no deteniéndose pobrementemente en el propio yo terreno; hemos de tender a resolver nuestras propias necesidades y a la vez, servir a Dios y a los otros, como advierte san Pablo a los de Éfeso (cfr. Ef 4, 28).

En su comprensión de la cuarta petición del Padrenuestro -"danos hoy nuestro pan de cada día" (Mt 6, 11)-, la Tradición cristiana considera que se refiere al pan que alimenta el cuerpo, y que se aplica también a Aquel que confiere la vida eterna. En este doble significado podemos descubrir también el mensaje, extraordinariamente importante, de que el trabajo sirve para nuestro paso por la tierra y para el premio eterno, si al esfuerzo humano se añade el deseo de cumplir la voluntad de Dios. El Padre, escribe san Gregorio Magno, bendice nuestros campos y nuestros esfuerzos con los frutos que producen; y nos bendice también con su Hijo que es pan de vida eterna {5}.

Comprendemos bien que pedimos uno y otro, porque los dos nos hacen falta para recorrer el camino en este mundo. El pan corporal sirve al celestial: es la materia sobre la que se pronuncian las palabras del sacerdote en la Consagración eucarística; y le sirve también porque nuestra condición terrena pide primero satisfacer las imprescindibles exigencias corporales, para poder desarrollar las actividades propias del espíritu. Por su parte, el pan celestial da razón última y sentido definitivo al caminar humano y por tanto, al comer, al beber y a todo lo que constituye el trabajo. El hombre tiene hambre de pan material, pero esa hambre se sacia pronto; queda siempre por saciar la otra hambre, la del pan que da vida eterna, la del alimento que nos nutre hasta llegar a Aquel que ansía nuestro corazón inquieto, como señalaba san Agustín {6}.

Una tentación acecha al hombre de todos los tiempos, también hoy; la de presentar como incompatibles el pan temporal y el celeste: considerar que la finalidad temporal y la trascendente del trabajo no admiten conciliación; o simplemente conceder tanto espacio del día y esfuerzo a la prosecución del aspecto intramundano, para juzgar que ya no quedan ganas ni fuerzas para pensar en fines sobrenaturales.

En el primer caso, se acepta una antropología cerrada a la trascendencia, como si la negación de la relación de la criatura con su Creador se diese como la condición imprescindible de su propia afirmación; en el otro, no se pone coto a la búsqueda de logros terrenos –en la práctica, se afronta la existencia como si no hubiera una vida perdurable–, y así se excluyen el modo y las horas para alimentarse del pan que ha bajado del cielo y nos espera en la Eucaristía.

Si cae en esa tentación, el caminar terreno no produce fruto sobrenatural (cfr. Jn 6, 53). En última instancia, esas conductas adquieren la exclusiva orientación del alimento que ansían. Quien sólo planea procurarse el pan que se agosta, desgraciadamente terminará sus días consumidos en la sequedad de lo efímero; en cambio, quien ansíe y coma el pan de vida eterna, verá florecer sus días en la esperanza de la juventud eterna de Dios.

Comprendemos la urgencia de la cuarta petición del Padrenuestro, en perfecta sintonía con las tres anteriores y con las tres que le siguen, como si articulara las primeras con las segundas. Alimentado con el pan celeste, el hijo de Dios glorifica al Padre, trabaja por su reino, cumple su voluntad; ese mismo alimento le facilita extender a los demás el perdón que él mismo ha recibido antes de acoger el cuerpo del Señor, le defiende en las tentaciones y le libra del maligno. Con ese alimento sagrado, el cristiano saborea cada vez

